

ALA
RESISTE
POR LA
VICTORIA

URUGUAY
análisis
y propuestas

Partido por la Victoria del Pueblo

URUGUAY **análisis** **y propuestas**

Partido por la Victoria del Pueblo

CONOSUR
serie política 2



EDICIONES CONOSUR

Apdo. 916. Madrid

I. S. B. N.: 84-85528-02-6

Depósito Legal: M. 14.102-1979

Imprime:

Artes Gráficas Iberoamericanas, S. A.

Tomás Bretón, 51. Madrid - 7

Con el propósito de ser portavoces de las expresiones de los pueblos que combaten por su liberación, ofrecemos este documento en que el Partido por la Victoria del Pueblo -- PVP-- de Uruguay, plantea su táctica para enfrentar la lucha de Resistencia y por el socialismo en ese país.

Creemos continuar así, el diálogo esclarecedor y la necesaria polémica.

Nuestras paginas quedan abiertas a todas las fuerzas comprometidas en la misma causa.

NOTA PRELIMINAR

La mayor parte del trabajo que aquí presentamos, reúne un grupo de informes elaborados entre noviembre de 1977 y abril de 1978. Son fruto de un esfuerzo colectivo, de un debate amplio y profundo, simultáneo a la realización de intensas tareas políticas, particularmente las de reorganización y resistencia clandestina dentro de nuestra patria. Se recogen en estas páginas las reflexiones del conjunto del Partido, en particular, las realizadas en la Conferencia Nacional Extraordinaria de noviembre de 1977, y en la Junta Representativa de abril de 1978.

Estos informes son análisis y orientaciones sobre los que se basa la práctica actual del partido en todos sus frentes de trabajo. Son, en orden respectivo, un análisis de la situación económica y política de la dictadura; una propuesta de líneas generales tácticas para la acción en esta etapa; unos apuntes para una interpretación del periodo 1968-1976 y, en cuarto lugar, un balance autocrítico sobre la línea desarrollada por nuestro Partido en los últimos años.

Habiendo sido elaborados hace más de un año, hemos decidido publicarlos en la convicción de su plena vigencia, y de que pueden aportar a un debate fraterno y constructivo entre las distintas fuerzas populares, entre todos los compañeros que militan en la lucha antidictatorial y por la construcción de una alternativa revolucionaria y socialista en nuestro país.

Por último, es preciso establecer que estos documentos forman parte de una tarea de reflexión, elaboración y confrontación con la práctica, que está en curso. Procuraremos en los próximos meses ir complementándolos y enriqueciéndolos con nuevos aportes.

Partido por la Victoria del Pueblo.
Núcleo Central de Conducción.
Marzo de 1979.





GERARDO GATTI

obrero gráfico y dirigente de su sindicato hasta que fuera requerido por las FF. CC. en septiembre de 1972. Miembro fundador de la Convención Nacional de Trabajadores, integrante en 1965 de su primer Secretariado Ejecutivo.

Promotor del trabajo común de los sectores de intención revolucionaria, fue de los gestores principales del acuerdo político que posibilitó la salida de «Epoca», y director del diario en el momento de su clausura. Desde el comienzo, al frente de nuestro partido.

En 1975, nuestro primer Congreso en la clandestinidad lo designa Secretario General.

Es secuestrado en Buenos Aires el 9 de junio de 1976.

En noviembre de 1977 la Conferencia Nacional Extraordinaria lo designa por unanimidad

Presidente del Partido por la Victoria del Pueblo.



LEON DUARTE

obrero de FUNSA. Más de 20 años en la dirección de su sindicato. Integraba el Secretariado Ejecutivo de la Convención Nacional de Trabajadores cuando fue secuestrado en Buenos Aires el 13 de julio de 1976.

Animador incansable de las luchas populares, uno de los principales promotores de la Tendencia, junto a Gerardo Gatti y Hugo Cores impulsó la creación de la Resistencia Obrero Estudiantil (R.O.E.).

Director de nuestro semanario «Compañero». Al frente de la clase obrera durante la gloriosa Huelga General.

En 1975 presidió nuestro primer Congreso en la clandestinidad.

En noviembre de 1977 la Conferencia Nacional Extraordinaria lo designa por unanimidad

Vicepresidente del Partido por la Victoria del Pueblo.

primera parte

**LA SITUACION ECONOMICA
Y POLITICA DE LA DICTADURA**

algunos aspectos del contexto mundial y regional

A) Evolución de la recesión mundial y su impacto en el capitalismo uruguayo

Desde 1973, y en particular 1974, todos los eslabones de la cadena imperialista sufren los efectos de una grave crisis económica, precipitada por la crisis petrolera, pero que se incubaba desde hace años y tiene sus causas profundas en las contradicciones del proceso de acumulación en los países centrales del mundo capitalista. Los efectos más visibles de esa crisis han sido la recesión económica, unida a un intenso proceso inflacionario y un crecimiento vertiginoso de la desocupación en los países «centrales». A pesar de una cierta recuperación en USA, Japón y Alemania, la situación sigue sin ser resuelta y ningún vocero de los países imperialistas se anima a pronosticar la evolución próxima de la crisis.

Salvo para el caso de los países productores (y especialmente exportadores) de petróleo, los efectos más graves de esa crisis general se han hecho sentir en los países capitalistas, dependientes o periféricos. En efecto, como es inherente a las relaciones entre países capitalistas, los más fuertes han tratado de desplazar el máximo de los efectos de la crisis hacia los más débiles, entre ellos por supuesto el Uruguay.

El efecto global más significativo de esa crisis general sobre la economía uruguaya fue llevar a un callejón sin salida a los intentos de la dictadura (y sus soportes burgueses) por reencontrar un camino de acumulación capitalista «local», pero integrado y sometido a las nuevas exigencias del capital monopólico internacional. A pesar de la miseria impuesta a los trabajadores (eufemísticamente llamada por el gobierno y los economistas burgueses «traslado de ingresos de los asalariados hacia el sector empresarial»), la expulsión de más del 15 por 100 de la población activa hacia el exterior, la mayor rentabilidad

de los empresarios y el mayor volumen de exportaciones (obtenida con menor consumo interno y mayor explotación de los trabajadores), el país retuvo cada vez menos porcentaje de su excedente económico, trasladándose una parte creciente del mismo hacia los países capitalistas centrales.

Sus propias contradicciones y el aumento de la lucha de clases los «animó» a recurrir a la dictadura terrorista para tratar de salir del paso. Hoy el fracaso de un nuevo «despegue» es patente, pero es evidente que la burguesía no está dispuesta a reconocer que lo que ha fracasado en el Uruguay es la vía de desarrollo capitalista y dependiente.

Aún cuando muchos voceros de los centros imperialistas temen que nos acerquemos a un «crack» similar al de 1929, ello no significa que las fuerzas revolucionarias y socialistas deban esperar un hundimiento económico espontáneo del capitalismo mundial y su correspondiente debilitamiento político-militar. Sólo la lucha de clases política (en el centro y en la periferia) pueden lograr una «ruptura» en los eslabones más débiles y realizar nuevos avances en tal o cual país, hacia el socialismo.

En esa perspectiva desde ya se puede decir que la actual crisis capitalista (situada en un contexto mundial más favorable a las luchas por el socialismo que las de 1929) ha disminuido el margen de maniobra objetivo de las fracciones burguesas «periféricas» y, muy particularmente, en nuestro país. Si la crisis mundial no es reabsorbida rápidamente es posible suponer que ese margen de maniobra se reducirá aun más. Eso no hace sino aumentar nuestra responsabilidad política, en el sentido de realizar los máximos esfuerzos para contribuir a la elevación del nivel de conciencia, de organización y de lucha del pueblo trabajador, y dar pasos significativos en la lucha por la implantación de un régimen de transición socialista en nuestro país.

Las grandes crisis y las guerras han sido parteras de revoluciones, sólo en aquellos países donde el pueblo y sus organizaciones fueron capaces de actuar en el momento oportuno y con un análisis justo de la situación, dentro de una estrategia realmente revolucionaria.

Las victorias recientes de los movimientos asiáticos y africanos de liberación nacional —pero dirigidos por partidos de orientación socialista revolucionaria— son ejemplos elocuentes de cómo un análisis estratégico justo, y sostenido por organizaciones capaces de llevar adelante una lucha prolongada, pueden en cierta coyuntura hacer «saltar» algún eslabón débil de la cadena imperialista.

B) Algunos elementos recientes de la evolución en el Cono Sur

En el marco de lo dicho más arriba es importante señalar que todos los regímenes «fascistizantes» de la región han visto agravado su panorama económico, sin que se vean perspectivas a corto plazo de cómo podrían salir del atolladero.

La situación en el Uruguay se analiza detalladamente en los capítulos siguientes.

Chile continúa en medio de la crisis económica estructural más grave de las últimas décadas, crisis a la que fue empujado por la aplicación que hizo la Junta de las «recetas» de Friedman, con sus consecuencias de vertiginoso empobrecimiento popular y de entrega de la economía a las transnacionales y a un puñado de grupos monopólicos nacionales (grupo Piraña, etc.).

Argentina también pasa por una grave recesión que exagera las luchas intestinas entre los sectores burgueses sin que hasta el momento pueda verse con claridad «hacia dónde va» el plan económico de la dictadura. A pesar de las declaraciones del gobierno, y de la fuerza que ya tenía en el país el capital monopólico internacional, por el momento está lejos de iniciarse un período de acumulación acelerada y dirigida por el capital extranjero, como sucedió en su momento en Brasil. Hasta ahora predomina el proceso de crisis de sectores no monopólicos nacionales, la rebaja brutal de los salarios, la crisis del mercado interno y el tratamiento privilegiado al sector agroexportador.

En cuanto a Brasil, el hecho más significativo del último período es la crisis de su «milagro» extranjerizante y monopólico. Todos los analistas prevén un prolongado período de estancamiento relativo, muy alejado de la manida promesa de que «una vez agrandada la torta» se pasaría a repartirla entre el pueblo.

La crisis capitalista mundial, y el consecuente aumento del proteccionismo en los países imperialistas, agregan nuevos límites graves al aspecto agresivamente exportador del modelo y obligan a los sectores burgueses a replantear las relaciones entre crecimiento «hacia afuera» y mercado interno, previstas por la dictadura.

Todas esas contradicciones en el seno de los bloques burgueses dominantes, por medio de dictaduras militares, se ven agravadas por las dificultades propiamente políticas e ideológicas que encuentran para traducir su doctrina de la «Seguridad Nacional» en nuevas formas de Estado y en nuevas bases de legitimidad estable.

A ello contribuye en buena medida el marco de profundo aislamiento popular y las manifestaciones crecientes —aunque diversas según el país— de resistencia de los trabajadores, de amplios sectores de la pequeña burguesía, e incluso de ciertos sectores burgueses.

La miseria popular, la crisis de las expectativas de sectores pequeño-burgueses, la entrega de la economía a los monopolios extranjeros y sus aliados locales, la ausencia de partidos que logren encuadrar un apoyo político a los gobiernos (con excepción parcial del ARENA en Brasil) y la continuación en el uso de los métodos represivos, son todos factores de debilitamiento del intento común de estabilizar y legitimar las dictaduras en el marco declarado de una «nueva institucionalidad».

La permanencia de formas más o menos activas de resistencia obrera y popular, el despertar de manifestaciones de oposición en los sectores medios, la reticencia en aumento de sectores burgueses perjudicados, el creciente aislamiento político internacional de esas dictaduras (sobre todo Chile y Argentina) y la nueva inflexión táctica del imperialismo norteamericano con respecto a las violaciones de los «derechos humanos», son elementos que permiten afirmar que, más allá de las apariencias, en el futuro próximo, esos regímenes seguirán marcados por una inestabilidad política y social relativa.

Al mismo tiempo es detectable desde ya una disminución lenta pero real de los márgenes de impunidad política casi total con que se manifestó el terrorismo de Estado en todas las dictaduras del Cono Sur.

El análisis anterior no modifica la definición correcta que nuestro partido realizó en instancias anteriores en cuanto al carácter defensivo —estratégica y tácticamente— en que se encuentran las fuerzas populares y revolucionarias en esta etapa de la lucha de clases, en la región y en nuestro propio país. Simplemente apunta a la posible modificación de algunas de las condiciones en que han de desenvolverse las relaciones de fuerzas políticas en el período próximo.

En lo inmediato es muy probable que se mantenga —aunque bajo formas más selectivas— la represión al movimiento obrero, a las luchas populares y a las organizaciones políticas o político-militares, que luchan contra las dictaduras y por avanzar hacia el socialismo en la región.

Es también previsible que se mantenga la colaboración internacional de los servicios de seguridad y el intento de crear un «bloque» de las dictaduras sureñas contra la



ALVAREZ, VIDELA, PINOCHET, GEISEL.
bloque de dictaduras sureñas para salvar la «civilización occidental».

presión creciente de las protestas populares y de la opinión pública mundial.

Sólo el fortalecimiento del movimiento popular en todas sus formas y la unificación de las fuerzas políticas de izquierda, alrededor de un programa capaz de acumular todas las fuerzas opuestas a las dictaduras, será capaz de ir modificando la correlación de fuerzas y hacer fracasar todos los intentos de «lavado de cara» tácticos que hoy se apresuran a prometer los sectores más lúcidos de las clases dominantes en cada una de las dictaduras del Cono Sur.

Esta necesidad estratégica de fortalecer el movimiento obrero y popular en cada país —y de defender su auto-

mía política— se ve reforzada por las razones generales ya analizadas y que pueden resumirse en la lección histórica de que todos los procesos revolucionarios que triunfaron lo hicieron gracias a la tenacidad, la claridad de la línea política y la independencia revolucionaria de sus propios pueblos. Es la lección que en los últimos veinte años nos dieron Cuba, Vietnam, Guinea Bissau, Mozambique y Angola. Sin ese basarse en primer lugar en sus propias fuerzas, y sin su independencia en lo esencial frente a todos los «bastones de mando», muchos de esos procesos no habrían culminado y la solidaridad ante su lucha hubiera sido desdibujada por los intereses estratégicos de los Estados que les dieron un apoyo esencial.

Pero, además, esa necesidad se ve aumentada en el Cono Sur, donde no sólo está claro que la demagogia imperialista no puede ir nunca más allá de favorecer aquellos cambios políticos que no afecten la reproducción capitalista en la región, sino que la propia forma que hoy día toma la disputa de China, la URSS y los países del COMECON con el campo capitalista (en particular dentro del «patio trasero» del imperialismo) ha mostrado irrefutablemente en estos años, que ella no implica necesariamente un enfrentamiento global con estas dictaduras, en el plano diplomático, económico y propagandístico.

Nadie puede soslayar el significativo elemento «estabilizador» que representa para gobiernos como el de Brasil, y sobre todo hoy día el de Argentina, el importante intercambio comercial, los créditos y la venta de tecnología que la URSS mantiene con ellos. Una consideración similar vale para China, en particular con respecto a Chile. Pero, tanto o más importante que ese aspecto, es la ausencia o la timidez en el plano de la propaganda y de la acción diplomática, de denuncias contra el carácter reaccionario, despótico y proimperialista de todos y cada uno de esos regímenes.

Por otra parte, la situación geopolítica actual es tal que la lucha popular contra las dictaduras contrarrevolucionarias del Cono Sur no cuenta con el apoyo político y logístico, capaz de dar un impulso rápido y significativo a la legítima resistencia armada contra esos regímenes terroristas y contra las fuerzas reaccionarias que les dieron nacimiento.

Esta situación vale tanto para partidos revolucionarios independientes como el nuestro, como para las fuerzas que se mueven en estrecha relación con la Unión Soviética. El hecho de que los partidos comunistas chileno y uruguayo —por ejemplo— definan a estas dictaduras como estrictamente fascistas y sostengan que representan un

grave peligro para la paz mundial, hasta el momento no ha modificado en nada esta situación.

el modelo económico de la dictadura cívico-militar y sus resultados

A) La contundencia de los hechos

«El modelo general, que ha buscado implantar la dictadura es el clásico modelo 'ortodoxo', propuesto por el imperialismo y sus lacayos para la región en esta etapa. Sus objetivos centrales son la disminución del déficit en los gastos públicos, la drástica contención del proceso inflacionario, la eliminación de las actividades económicas no competitivas en un régimen de libre concurrencia internacional, el equilibrio de la balanza comercial y de pagos con el exterior y en general la 'puesta en orden' de la economía desde una perspectiva burguesa e imperialista, incluyendo el máximo de incentivos a las inversiones extranjeras.»

Este análisis hacia nuestro partido hace tres años y aún mantiene su validez. Queda claro que de lo que se trata para la dictadura es de hacer efectiva una política de «liberalismo económico» y de «apertura al exterior» del espacio económico nacional, con todas sus implicancias negativas para los trabajadores y también para ciertos sectores de la burguesía. A pesar de los múltiples recambios presidenciales y ministeriales, esta política antinacional y antipopular se ha mantenido, tanto en el plano económico como en el político.

Es para instrumentar esta política, cuyas grandes líneas ya estaban planteadas desde 1968 y que hoy, aplicada en forma más explícita y coherente lleva el nombre pomposo de «Plan de Desarrollo Nacional», que las fracciones dominantes de la burguesía uruguaya han ido produciendo sucesivas modificaciones a sus formas de dominación política; es para cumplir con esos objetivos burgueses y proimperialistas que se ha hundido al país en la represión política creciente. Ayudada por las condiciones existentes en el resto de los países del Cono Sur, la dictadura se ha permitido formas de terrorismo estatal abierto y en buena medida impune. Han contado para ello con el aval a veces tácito y otras explícito del imperialismo, que se ha cuidado muy bien, incluso luego de la elección de Carter, de formular críticas respecto al plan económico de la dicta-

dura, aunque ahora toman distancia frente a sus «excesos» represivos y sus claras connotaciones fascizantes.

Al día de hoy cabe preguntarse: ¿cuál es el saldo de la gestión de una dictadura que contó como ningún otro gobierno anterior (gracias al empleo de la represión violenta) con la posibilidad de aterrorizar a los trabajadores y al conjunto del pueblo, suspender el funcionamiento normal de los sindicatos y de los partidos e ilegalizar toda forma de expresión organizada de la oposición?

En el terreno económico, salvo el aumento de las reservas monetarias y de las exportaciones no tradicionales, ninguno de los objetivos básicos propuestos por los tecnócratas proimperialistas, asociados con la cúpula militar fue obtenido: el gasto público desfinanciado sigue siendo enorme; la inflación sólo fue controlada parcialmente y en 1977 llegó casi al 60 por 100; la balanza comercial sigue siendo fuertemente deficitaria y la deuda externa continúa creciendo aceleradamente (+ 15 por 100 en 1977); las inversiones extranjeras de tipo productivo siguen sin llegar; el estancamiento agrario se mantiene; la inversión privada ha disminuido relativamente, pasando de 3/4 a 2/5 de la inversión total; el mercado interno se ha contraído; la distribución del ingreso es cada vez más regresiva; etc., etc.

Para apreciar más claramente la magnitud de ese fracaso, es bueno analizar con cierto detalle la evolución de algunos indicadores económicos en los últimos años.

a) **Producto Bruto Interno.** Mientras el PBI promedio de América Latina creció en 16 años 131 por 100, el de Uruguay sólo lo hizo en un 18 por 100. En los cinco años que van de 1973 a 1977 el crecimiento fue de 12,2 por 100, lo que representa una mejoría, aunque está lejos de resolver las enormes exigencias de desarrollo productivo que enfrenta el país desde hace veinte años.

La dictadura es plenamente consciente de ese hecho y por ello recurrió hace unos meses al increíble expediente de inflar a posteriori sus propias cifras oficiales. Hasta fines de 1977 el Banco Central daba estas cifras de PBI:

1973	1974	1975	1976	1977
0,9	1,6	3,6	2,6	3,5

Desde abril de 1978, sin ofrecer ninguna explicación el propio Banco Central decidió darle un «empujoncito» a los años 1974 y 1975:

1973	1974	1975	1976	1977
0,9	3,1	4,4	2,6	3,5

lo que permite al ministro Arismendi hablar de un crecimiento acumulado de 14,5 por 100.

Estos aumentos no modifican la tendencia general al estancamiento, especialmente neta en el sector agrario que sigue descendiendo desde hace décadas. Un fenómeno similar se produjo en la producción para el mercado interno, la que sólo creció un 1 por 100 anual en el quinquenio.

A pesar de que el sector industrial (sobre todo para la exportación) representa la mayor parte del crecimiento, el porcentaje del Producto bruto industrial sobre el total en 1977 (**27,7 por 100**) apenas supera el 26.1 por 100 del año 1972.



SAMUEL COHEN
VALENTIN ARISMENDI
ALEJANDRO VEGH VILLEGAS
tecnócratas proimperialistas
dirigen el despojo

Ese lento crecimiento del PBI se ve aun más relativizado por los efectos negativos del marco capitalista mundial al cual está atada nuestra economía. La quita introducida por el deterioro de los términos del intercambio internacional (en favor de los centros imperialistas) y la sangría generada por el pago de dividendos, royalties, servicio de deuda externa, etc., hacen que en esos cinco años de dictadura, el Ingreso Bruto Nacional sólo haya aumentado en un 1,8 por 100 (por habitante, — 1,4 por 100), y que los bienes y servicios disponibles para la población crecieran apenas un 3,4 por 100 (por habitante 0,2 por 100). En una palabra, la clase obrera uruguaya trabaja cada vez más para alimentar las ganancias de los monopolios extranjeros y de una minoría de capitalistas locales.

b) **Balanza comercial y de servicios.** Uno de los objetivos declarados por la dictadura desde sus primeros «cónclaves» económicos era eliminar la fuerte presión ejercida por las importaciones sobre nuestra balanza comercial. En un primer momento imaginaron un rápido aumento de las exportaciones tradicionales de carne y lana. Ante el rápido fracaso de esa vía instrumentaron una serie de incentivos a las exportaciones llamadas «no tradicionales». Privilegiaron así abiertamente a un reducido núcleo de industriales, forzaron las cadencias de producción y constriñeron al máximo el consumo popular, para poder exportar contra viento y marea. Cinco años después el resultado es justamente el inverso y el déficit no ha hecho sino aumentar, hasta llegar en 1977 a los 122,5 millones de dólares. Y ello a pesar de que, en 1977, se importó casi un 10 por ciento menos de bienes que en 1970.

Empecinada la dictadura en su política librecambista (mientras los Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea siguen aumentando las barreras proteccionistas), se cuida muy bien de informar que su política proimperialista y de miseria popular conlleva la aceptación de un empobrecimiento creciente de nuestro país. Quizás más grave que el déficit comercial en aumento, es el hecho de que hoy día exportamos el doble en volumen físico para recibir a cambio casi la mitad de dinero en dólares constantes.

A este déficit propiamente comercial se agrega el aumento constante de la deuda externa (1.311 millones de dólares en 1977) y de los pagos al exterior por intereses de la deuda, dividendos de las empresas extranjeras, licencias, regalías por transferencias tecnológicas, fletes en barcos extranjeros, etc. (el balance de «servicios» pasó de un déficit de 60,8 por 100 millones de dólares en 1973 a 168,2 millones en 1977).

A esta grave situación estructural se agregarán en el futuro inmediato los efectos de la ya comenzada reducción de reintegros a la exportación y la baja de la protección arancelaria a las importaciones. Más allá de los discursos todo empuja pues a un agravamiento de la situación económica en este terreno.

c) El salario real y el nivel de vida de los trabajadores.

Uno de los pocos aspectos del «modelo» que sí se cumplió inexorablemente en estos años fue el de hacer descender el valor del salario real promedio, y con ello la parte de los salarios en el total de los ingresos. Luego del descenso brusco, impuesto por la congelación de salarios de 1968, el clima electoral y de lucha popular los hicieron remontar en el año 1971. A partir de ese momento su descenso se continuó, según el siguiente detalle (índice con base 100 en 1971):

1971	1972	1973	1974	1975	1976	1977
100	82,9	81,6	80,9	73,7	69,4	62,0

Debe tenerse en cuenta que éste es el salario promedio para todo el país. Como se sabe, cada vez menos trabajadores obtienen ese salario, ya sea porque trabajan menos horas por semana, o menos días por mes; además no todas las empresas pagan el salario «oficial». Por otra parte ese promedio esconde grandes diferencias internas, como por ejemplo en el sector público, donde el promedio aparece inflado por los sueldos de los militares.



alrededor de las ciudades se ensanchan los cinturones de miseria

Con un salario mínimo cuatro o cinco veces inferior al presupuesto básico de una familia tipo, decenas de miles de trabajadores deben aceptar horarios de doce y hasta catorce horas diarias, amén de la pérdida de toda una serie de prestaciones sociales que los patrones escamotean cada vez con mayor impunidad.

Nada extraño es entonces que en esos años el consumo global de los trabajadores descendiera un 16 por 100 y la masa salarial un 34,1 por 100, mientras el ingreso de los empresarios crecía a un 27,1 por ciento.

Para aumentar la rentabilidad de los capitalistas se hizo pagar al pueblo, empobreciendo su consumo, restringiendo el acceso a la educación y a la salud, rebajando el nivel de la vivienda y sometiéndolo a restricciones materiales cada vez más duras. Las propias cifras oficiales lo confirman: en cinco años el peso relativo de los ingresos salariales (frente al ingreso público y de los capitalistas) descendió del 42,2 por 100 a 27,9 por ciento.

Todo esto la dictadura lo sabe perfectamente. Tanto lo sabe que forma parte de sus objetivos principales para mantener satisfecho al capital monopólico. Tanto lo sabe que todos sus proyectos para «redimensionar» las empresas y hacerlas «competitivas» van a profundizar aún más el costo social de su política. Más miseria, y como correlato necesario, también más desocupación y más emigración.

La reciente liberación de los precios del agro produjo inmediatamente un neto aumento del costo de vida y aceleró nuevamente la inflación. El resto de medidas liberalizadoras para el sector «real» de la economía (como le gusta decir a la dictadura) profundizará aún más la baja del salario real y la concentración en pocas manos de la riqueza nacional.

d) La desocupación y su contracara, la emigración. Como se sabe nuestro país tiene una tasa muy baja de crecimiento natural de la población. A primera vista su economía no debería de encontrar grandes dificultades para ofrecer trabajo a todo el mundo. Sin embargo, la dramática realidad es que el capitalismo uruguayo es cada vez más incapaz de funcionar al servicio del país. El plan económico de la dictadura y del imperialismo están al servicio del gran capital y no del pueblo trabajador.

Nuestros obreros, nuestros empleados, nuestros técnicos e intelectuales, no sólo ganan salarios de hambre. Por centenares de miles se ven imposibilitados de trabajar y empujados al exilio. Para el gobierno se trata de simples «fricciones» de la adaptación a una economía «libre y mo-

derna». Para los trabajadores es un argumento definitivo del carácter antinacional y antipopular del proyecto económico de la burguesía uruguaya. Más de 350.000 compatriotas han debido expatriarse en estos años, para poder ganar su vida y mantener su familia. Más del 15 por 100 de nuestra población activa vende hoy día su fuerza de trabajo a capitalistas de otros países. Y, a pesar de esta sangría sin precedentes en el Uruguay del siglo XX, la desocupación, lejos de disminuir, se desarrolló bajo la dictadura. Luego de haber fluctuado entre 7 y 9,5 por 100 durante 10 años, desde 1976 saltó a más del 12 por 100. Ni el leve crecimiento del PBI, ni el rápido aumento de las exportaciones no tradicionales pudieron crear el número de empleos necesarios. Por eso hoy día más del 45 por 100 de los desocupados son jóvenes que recién ingresan al mercado de trabajo.

La profundización de la política de liberalización a ultranza y de apertura creciente de nuestras fronteras económicas no hará sino agravar esta situación. Los datos oficiales sobre la emigración reciente son una triste confirmación de ese proceso irreversible, si no se cambia radicalmente la política económica del país.

La libertad total de cambios, la apertura al capital extranjero y la liquidación en curso de las industrias que ocupan más mano de obra, podrán aumentar las reservas internacionales de divisas y enriquecer a ciertos monopolios. Lo que no podrán hacer es sacar al país de su dependencia creciente y ofrecer a nuestro pueblo un nivel de vida y de empleo satisfactorio.

B) Lo que fracasó es el capitalismo dependiente

Las fisuras del modelo económico de la dictadura son de tal magnitud que cada día que pasa ve multiplicarse las críticas y propuestas públicas de un número creciente de sectores productivos y comerciales. El propio Ministro de Economía y Finanzas y varios militares, se vieron obligados a lamentarse públicamente de la «incomprensión» de los empresarios frente a las «virtudes» del nuevo despegue, supuestamente en marcha.

Luego de un período de expectativas —y de temor a represalias como las que cayeron en su momento sobre Pagés o Corso— todo parece indicar que frente a la no resolución de los grandes problemas estructurales del capitalismo uruguayo, se han exacerbado las contradicciones corporativas entre fracciones burguesas: latifundistas vs

pequeños y medianos productores y vs. industriales y el Estado; industriales exportadores protegidos vs. productores para el mercado interno; productores en general vs. intermediarios y financistas; sectores monopólicos vs. no monopólicos, etc.

Un ejemplo claro de cómo sus propias contradicciones les atan las manos, es el de las medidas aplicadas para mejorar la balanza comercial. Para ello impulsaron el incremento de las llamadas «exportaciones no tradicionales». Esto requiere darle «incentivos», es decir, subsidios que permitan a dicha industria competir con posibilidades en el mercado internacional. Y, con ello, perjudican no sólo a los asalariados sino también a los sectores de la burguesía que no producen para la exportación. Estas fracciones protestan cada vez con más fuerza y esto, junto con el déficit fiscal y las presiones norteamericanas, obligó ya a disminuir tales «incentivos», lo que a su vez hace protestar a los sectores «exportadores» protegidos. Por otro lado, la prometida expansión ganadera quedó sólo en palabras, y la baja en los precios internacionales más el porcentaje de «retención» que les siguió haciendo el Estado, ha provocado una protesta creciente de esta fracción de la burguesía. A su vez el endeudamiento creciente fue estrangulando el margen de maniobra del gobierno en otros planos.

Las luchas entre fracciones burguesas no sólo se han mantenido, lo que es lógico, sino que incluso han impedido que la dictadura haya podido aplicar hasta ahora la globalidad de su plan de liberalización total de la economía, lo que le valió la violenta crítica del sector de extrema derecha que se expresa en la revista «Búsqueda».

«En más de una oportunidad en los últimos cuatro años pudo pensarse que el régimen imperante en el Uruguay tomaba por el camino de la economía de mercados. En San Miguel las autoridades hablaron el lenguaje de la desestatización y la libre empresa... el gobierno triunfó con Vegh. Por la lucidez en designarlo y por el coraje de dejarlo hacer, los éxitos del Ministro se reflejaron sobre el régimen. Pero éste, inexplicablemente, se ha resistido a extraer las consecuencias elementales que se derivan de ese episodio. Y en todos los sectores del frente económico, menos en el financiero... el gobierno se aferra a las prácticas de siempre, al insólito dirigismo vernáculo, a la estrategia una y mil veces perdedora, causante a la vez de nuestra frustración económica y de nuestro deterioro político.»

Si se piensa en los lazos estrechos que unen a los Vegh, los Peirano y los Ramón Díaz, con Jorge Batlle y su círculo, cobra más importancia la convergencia de las crí-

ticas «políticas» de Jorge Batlle con el intento de curarse en salud en la misma «Búsqueda» cuando dice:

«Cuando el fracaso de la orientación actual se vuelva manifiesto, seguramente se alzarán voces que imputarán el insuceso al liberalismo económico. Como ese día no está lejano es preciso que nos adelantemos a desmentirlas... La esencia del sistema es un dirigismo exacerbado. El fracaso no será un fracaso nuevo: apenas una etapa más en nuestro descenso por la vieja pendiente resbaladiza.»

A confesión de parte... sólo queda agregar que lo central del impase burgués reside en que la política económica de la dictadura es para ellos en esta etapa «la única política posible», sin romper con las relaciones de producción capitalista en el país y sin romper con la cadena imperialista en lo internacional. Y hoy, una tarea es imposible de llevar adelante sin la otra. La propia crisis capitalista mundial ha venido a demostrarlo y ha servido para confirmar el carácter ilusorio de toda política burguesa pretendidamente «nacional» que intente asegurarse un espacio propio de acumulación ampliada.

Salvo en el plano financiero, donde la política de la dictadura ha satisfecho al gran capital bancario directamente ligado o subordinado al imperialismo, el largo proceso de crisis y estancamiento no ha sido revertido. En contrapartida se ha desnacionalizado aún más la economía, se ha generado una gigantesca deuda externa que compromete al país por muchísimos años, se ha mantenido la ineficiencia del sector público, se ha reducido el mercado interno, se ha retrocedido en el reparto del ingreso nacional, etc.



allí están los generales Alvarez, Méndez, Vadora y Linares Brum; el contraalmirante Sanjurjo, el brigadier Paladini y el vicealmirante Marquez; el presidente Méndez, Vargas Garmendia, Hamlet Reyes, Alejandro Rovira, Valentín Arismendi y Walter Ravenna. Era la primera jornada del «cónclave de Solís». Hoy ya nadie se atreve a recordar sus famosos objetivos generales.

Este fracaso de sus propios objetivos, a pesar del enorme despojo hecho al nivel de vida del pueblo y a la expulsión del país de más del 15 por 100 de los trabajadores, tiene su origen, tanto en las propias contradicciones internas del capitalismo uruguayo, como en el agravamiento de la crisis capitalista mundial y sus efectos inevitables en el país, mientras no se rompan las cadenas de la dependencia.

Qué «ventaja» para la dictadura si hubiera podido decir: «sí, matamos, torturamos, encarcelamos, perseguimos a los trabajadores, castigamos a todos los opositores y aquí están los resultados, hemos sacado al país de su crisis».

No habría otra justificación mejor desde su punto de vista, tanto para los militares que ensangrentaron el país, como para los burgueses que con su apoyo explícito o con su silencio cómplice los dejaron actuar en estos años. Pero ni siquiera pueden mostrar los resultados. Finalizado el plazo del pomposo Plan Nacional de Desarrollo para 1973-1977, ya nadie se atreve a recordar sus famosos objetivos generales: «crecimiento del ingreso por habitante, de la ocupación, de las reservas internacionales y una mejor distribución del ingreso...».

Es necesario propagandear intensamente en el seno del pueblo, hastiado del terror y la miseria, que la caída de la dictadura es hoy algo prioritario pero que no resolverá los grandes problemas que la crisis del capitalismo le ha echado sobre los hombros. Que el bloque social burgués ha perdido en el Uruguay su capacidad económica y política de ser una clase dirigente. Es necesario luchar por que las grandes masas comprendan que la inviabilidad de las soluciones capitalistas confirman el carácter estratégicamente justo de un proyecto socialista para Uruguay. Que son las propias condiciones objetivas las que hacen que la burguesía de nuestro país sea cada vez más pro-imperialista y cada vez menos «nacional», para poder mantener sus privilegios y su dominación de clase. Desde hace veinte años sus proyectos económicos —con dictadura o sin dictadura— han significado una traba histórica insuperable para el desarrollo de las fuerzas productivas y han representado una verdadera destrucción de las bases materiales y humanas del desarrollo material y social del pueblo uruguayo.

En el marco de la actual estrategia del imperialismo para la región, la integración, también dependiente, a la economía de sus dos grandes vecinos, lejos de resolver los problemas de fondo, no haría sino agravar la situación, cambiando las formas de desnacionalizar la riqueza creada

por los trabajadores uruguayos al servicio de los grandes monopolios.

Es en este marco que adquieren todo su carácter ilusorio y tramposo los planteos desarrollistas, expresados por economistas burgueses que proponen «mejorar y completar» el proyecto económico en curso, de los cuales el Contador Faroppa es su más brillante portavoz desde las páginas de «El Día».

Por eso son débiles y engañosas las esperanzas de sectores de la burguesía «liberales» en lo político, pero que no cuentan con un proyecto económico realmente alternativo.

Por eso también debe desenmascarse todo proyecto reformista que se base, estratégicamente, en la creencia de que la «burguesía nacional» uruguaya puede, en el mediano plazo, impulsar un tipo de política económica capaz de garantizar el desarrollo de las fuerzas productivas, una acumulación capitalista local y las bases materiales para una cierta atención de las exigencias económicas de la clase obrera, de otras categorías de asalariados y de las clases pasivas.

Más allá de los acuerdos políticos con esos sectores, en vista a una acumulación de fuerzas para voltear la dictadura, es tarea principal hoy, para los revolucionarios, propagandear al máximo los objetivos socialistas entre los trabajadores y señalar esas falsas ilusiones de una «vuelta atrás», al mito de la democracia capitalista con contenido social amplio.

Este bloqueamiento económico estructural del capitalismo uruguayo es uno de los elementos determinantes de la fractura del sistema de dominación política tradicional, aplicado por la burguesía en nuestro país, bajo sus formas de «democracia representativa».

Son estas mismas dificultades las que se combinan con los elementos propiamente políticos e ideológicos de la situación, generando la compleja coyuntura por la que atraviesa actualmente la dictadura. Coyuntura de carácter no catastrófico, que no ha de provocar por sí sola la caída del régimen, pero que desnuda sus flancos débiles y obliga a intensificar la lucha del campo popular.

crisis del modelo de dominación

A) Instalación de la dictadura

Tal como el partido lo ha venido señalando en su prédica desde hace un año, en ese período se produjo un agravamiento sensible de las dificultades de la dictadura para consolidar su capacidad de reproducirse políticamente, como forma de dominación estable. Percibir adecuadamente y a tiempo los síntomas de esa crisis, en el proyecto de implantación durable del nuevo tipo de Estado y de régimen de gobierno, es una condición necesaria para definir una táctica política justa, en la coyuntura.

Este agravamiento progresivo es la resultante de un proceso complejo e intrincado donde se combinan simultáneamente y con interdependencia, la crisis de las bases económicas del régimen, de su legitimidad y de los mecanismos ideológicos de dominación.

Para situar correctamente el significado político de esa crisis, su relación con los objetivos tácticos y estratégicos del campo del pueblo y definir así la forma de intervención concreta del partido en la coyuntura, sin caer en falsas expectativas ni en el oportunismo, es necesario ubicarla en la perspectiva del conjunto del proceso de avance de la dictadura cívico-militar, y a su vez analizar las distintas etapas por las que ésta ha atravesado.

Desde hace diez años nuestro partido caracterizó la situación uruguaya como entrando en un período de agudización de la lucha de clases y de exacerbación de los intentos de la burguesía local y del imperialismo, por imponer una reestructuración económica reaccionaria y anti-nacional. También señalamos cómo, para llevar adelante esa política, los sectores en ascenso de la burguesía más ligada al imperialismo iniciaban un proceso de destrucción de las formas de dominación de tipo «democrático-representativo», que hasta ese momento le habían permitido reproducirse como clase dominante.

En realidad, desde el 27 de junio mismo, y desde la huelga general, la dictadura se instaura con la imposibilidad de resolver los problemas decisivos que componen la sociedad uruguaya y vive en su seno, en sus aparatos políticos de dominación, la condensación del conjunto de contradicciones de toda la sociedad.

La evolución de la dominación dictatorial ha sido sinuosa, pautaada por continuos cambios en la cúpula, por alianzas y compromisos de clase, de alzas y bajas en su homogeneidad interna.

El intenso proceso de lucha de clases que se vivió en Uruguay desde mediados de la década del sesenta hizo temblar los cimientos de la dominación política burguesa. Las múltiples formas de resistencia popular se extendieron a las relaciones económicas, a las instituciones tradicionales burguesas, a los aparatos ideológicos, condensándose todo en la lucha de clases política y militar, en el cuestionamiento o enfrentamiento del poder mismo.

Esa crisis general, histórica, de la dominación capitalista, los contornos agudos de la lucha de clases, son las bases de las cuales parte una brutal contraofensiva burguesa, que modifica a su favor la situación de la correlación de fuerzas y que, abandonando los caracteres liberales y pluralistas de antigua dominación, implanta un tipo de Estado crispadamente autoritario, con comportamientos de tipo fascizante.

Todo el período de la dictadura constitucional de Pacheco es un intento de aplicar el proyecto antipopular que se vio trabado, no solamente por las agudas contradicciones entre las distintas fracciones burguesas en lucha, y por las propias condiciones impuestas por las reglas del sistema político y sus bases de legitimación ideológica (las que eran violadas en forma creciente pero «provisional»), sino que el hecho principal que signa ese período es la importante movilización en el campo del pueblo (sindical, política, militar, ideológica), y la imposibilidad de la clase capitalista de quebrar esa resistencia en el marco de la «legalidad burguesa» que aún seguía siendo el principio de legitimación del sistema de dominación.

Es ante ese impase político que se precipita la consolidación del acuerdo estratégico de clases y fracciones burguesas que da sustento a la nueva etapa de dictadura cívico-militar, con predominio de los métodos represivos y terroristas de dominación, y de los sectores más reaccionarios y proimperialistas del bloque en el poder. Se trata de una concertación económica y política que va más allá de los intereses corporativos inmediatos de cada fracción burguesa, y que encuentra su punto de coincidencia en la voluntad de quebrar la autonomía y la combatividad de las distintas manifestaciones de lucha popular. Tanto de aquellas que expresan a los obreros y trabajadores en general, como las que expresan a las diversas capas de la pequeña burguesía, en particular urbana.

Se trata de una alianza estratégica de los sectores burgueses, pero que no excluye importantes contradicciones

secundarias sobre la manera de llevar adelante la represión, o sobre la profundidad de la remodelación jurídica y del tipo de Estado que se quiere implantar.

Todo el período de Bordaberry está marcado por el intento de aniquilamiento del movimiento popular en sus diversas expresiones, el desmantelamiento «de facto» del sistema político-institucional, y el desbordamiento del papel represivo de las FFAA, respecto a las expectativas de los sectores más significativos de los «representantes políticos» de la burguesía (no sólo la oposición de Por la Patria, sino también del grupo de Jorge Batlle y la declaración conjunta del 9 de agosto del 75, de los «viejos políticos» desplazados).

En particular desde junio de 1973, pero en gran medida ya desde febrero, puede decirse que la dictadura tuvo como sostén y conducción a las FFAA, la institución menos desgastada, puntal idóneo para la coerción brutal y que, en sus primeros pasos se encubrió con un lenguaje demagógico, destinado a neutralizar amplios sectores descontentos de pequeña burguesía y de burguesía media, aprovechando el oportunismo y el análisis erróneo de la coyuntura hecho por importantes sectores reformistas del movimiento popular.

Para entender este desbordamiento militar (y los actuales intentos de sectores burgueses reaccionarios de tomar a las FFAA como únicos chivos expiatorios de los «males» de la dictadura cívico-militar) debe tenerse bien claro que si bien las FFAA son solicitadas en lo represivo por toda la burguesía, y su accionar ha servido estratégicamente los intereses del sistema capitalista local y del imperialismo, ellas no sólo no se embanderaron con ninguna fracción en particular, sino que llevan adelante una política propia de ocupación del espacio político y social, en tanto institución.

Ello no invalida la conclusión de que las consecuencias de su gestión favorecieron objetivamente los intereses económicos inmediatos de las fracciones burguesas dominantes, particularmente al capital financiero, al alto comercio importador-exportador, la industria de exportación protegida (incluyendo a los frigoríficos), y en general a las empresas multinacionales, muchas veces profundamente imbricadas o asociadas con esos sectores.

Todas las fracciones de la gran burguesía dominante carentes de mayoría parlamentaria apoyan en bloque durante esa fase la irrupción de los militares al poder. Otros capitalistas medios y sectores pequeñoburgueses, hastiados por la descomposición del Estado tradicional apoyan con reserva y, sobre todo, siguen con expectativa la evolución de las FFAA en el poder.

Son momentos en que el miedo burgués a la pérdida de su dominación política, e incluso a la no realización de sus intereses económicos, provocan la percepción de la necesidad de una contraofensiva política exterminadora contra las fuerzas populares y refuerzan los mecanismos de solidaridad interburguesa. Los intereses económicos contrapuestos, las tensiones políticas internas pasan a un segundo plano. E incluso las «resistencias» de los políticos profesionales y de los partidos tradicionales —aunque con diferencias de tono— pasan a un plano secundario, son autosilenciadas, o quedan en el plano de las declaraciones.

A la vez, sobre la escena política continental los intereses del imperialismo yanqui convergen en una contraofensiva general por dotar a su «patio trasero», a su zona geopolítica clave, de regímenes fuertemente autoritarios que salieran al paso a las crisis convulsionantes de las instituciones burguesas liberales, ahuyentando el peligro de nuevos quiebros revolucionarios, populistas o exclusivamente autonomistas.

En nuestro país es total el compromiso del imperialismo en la instauración de la dictadura, en el apoyo irrestricto a su política económica, e inclusive en la campaña represiva criminal, cuyos excesos hoy critican demagógicamente.

La impunidad de la ofensiva terrorista de la dictadura fue ocasionando inmenso daño y gravísimas pérdidas a casi todas las organizaciones sindicales y populares. La correlación de fuerzas se fue modificando en un sentido fuertemente desfavorable para las fuerzas populares que lucharon y luchan por el derrocamiento inmediato de la dictadura. Son decenas de mártires asesinados, miles que viven la tortura y la cárcel, miles expulsados por hambre y persecución, cientos de miles que viven bajo la bota del terror impune, la miseria brutal, la pérdida de sus conquistas sociales más elementales.

B) Los tropiezos de la «nueva institucionalidad reaccionaria»

La dictadura contó en los meses inmediatos a su instauración con una serie de factores que le permitieron acuñar una imagen de fuerza monolítica. En el curso de los años posteriores varios de esos factores fueron cambiando, convergiendo desde distintos planos hacia un desgaste progresivo de la dictadura, un aumento creciente de sus contradicciones y de su inestabilidad política (con las características especificadas en otras partes de este documento).

La contraofensiva reaccionaria ha entrado en una fase particularmente compleja. Si bien han logrado, por un lado, asestar grandes golpes desarticuladores sobre las fuerzas populares, disminuyendo la amenaza inmediata de un enfrentamiento político global a la dominación de la clase burguesa, por otro lado no han cosechado más que una actitud de oposición cuantitativa y cualitativamente crecientes, tendencia imposible de revertir por los métodos represivos criminales y con el mantenimiento de la miseria popular.

Estos dos factores (disminución del peligro de «subversión organizada» y oposición creciente «no reprimible») actúan como progresivo disolvente del compromiso ultrarreaccionario que, a nivel político, cohesionó a los distintos grupos y fracciones dominantes, en los primeros tiempos de la dictadura.

Esa tensión adquirió una expresión aguda en la polémica de 1976, sobre la consolidación y perspectivas del modelo político, y estalló a la luz pública con la crisis que desplaza a Bordaberry. A partir de ese momento la polémica se fue intensificando y se vio reforzada por el cambio táctico de la administración Carter y por el aumento de las denuncias y las condenas a nivel internacional.

El debilitamiento de la cohesión política en el bloque dominante es muy interdependiente con otro proceso simultáneo: la agudización de la pugna por intereses económicos fraccionales, por cambios de la redistribución y reasignación de la acumulación capitalista realizada. Un hecho decisivo, que acumula y ensancha las tensiones, es el fracaso de los principales objetivos económicos de la política gubernamental. Pese al enorme despojo hecho al nivel de vida del pueblo y a la expulsión del país de más del 15 por 100 de los trabajadores, la fase particularmente crítica del capitalismo mundial y las condiciones propias del espacio capitalista uruguayo, han echado por tierra las esperanzas burguesas de despegue y crecimiento autosostenido.

En consecuencia también se echan por tierra las posibilidades de redistribuir ingresos hacia sectores burgueses o pequeñoburgueses desplazados. Es más, se ven obligados a ir desmontando los principales canales de redistribución y empleo que se radicaban en el Estado. Hoy asistimos a una política permanente de cesantías y disponibilidad (Acta Institucional núm. 7), recorte de obras sociales y beneficios jubilatorios, aumento fiscal incesante a productores y no productores, etc.

En el campo interno de la burguesía, esa misma situación económica [que logra algunos oasis de mejoramiento

en el Ministerio Vegh) ha desatado una feroz guerra de presiones por la redistribución y utilización de la lenta acumulación interna, por otra parte brutalmente recortada por el deterioro de las «relaciones de intercambio», en el marco de la crisis mundial capitalista.

Ese tironeo se da a múltiples puntas simultáneas entre ganaderos e industriales; entre industriales exportadores y no exportadores; entre productores y financistas; entre varias fracciones burguesas y el aparato de Estado, especialmente dispendioso en el rubro seguridad, etc.

Desde el mismo día del golpe de Estado, la clase obrera y los asalariados en general se opusieron a la dictadura. Esta, a través de su represión terrorista, ha desarticulado e impedido toda forma legal de expresión sindical clasista o política, organizada. Pero con ello no han podido evitar la permanencia e incluso el ensanchamiento de la actitud opositora de la gran mayoría del pueblo. Ello no significa ignorar el real efecto de desorganización ideológica popular que obtuvo la dictadura, al privar a sus organizaciones del espacio de debate y acumulación a ese nivel.



9 de julio de 1973: el repudio de las grandes mayorías nacionales impidió a la dictadura toda legitimidad.

Sin embargo, la influencia fundamental de la tradición democrática representativa, el liberalismo político en la ideología de la inmensa mayoría del país y las formas diversas e intensas en que se manifestó la lucha de clases, han hecho fracasar los intentos de la dictadura de legitimar un Estado arbitrario, despótico y de coerción terrorista, y la empuja a desplazar nuevamente su discurso «legitimante» hacia las aguas de la «soberanía popular» y de la «restauración institucional».

La actual crisis de legitimidad, la agravación del desgaste del régimen, la lucha interburguesa, por imponer tal o cual forma de dominación política, no podría entenderse sin ese límite objetivo que representan los múltiples frentes de oposición a sus medidas.

Esa oposición es la que se expresa a veces en formas de resistencia primaria y espontánea, cada vez más frecuentes; es la que se expresa en la sobrevivencia y accionar —aunque limitados por la represión— de fuerzas de izquierda; es la que se expresa también en amplios sectores pequeñoburgueses y burgueses medios, representados por Ferreira Aldunate, quien, desde el 27 de junio de 1973 y como consecuencia del repudio generalizado del conjunto de los trabajadores, ha puesto con su oposición otro escollo importante a los repetidos intentos de legitimar y fortalecer la dictadura.

La oposición antidictatorial, la resistencia global durante todo el periodo, algunas veces activa, muchas otras pasiva, debe comprenderse a partir de diversos factores. Entre ellos, la tradición de lucha obrera en nuestro país, el carácter clasista de sus organizaciones sindicales y su línea independiente frente a los intentos de manipulación burguesa. En los últimos 15 años, la agudización de la crisis marcó el peso creciente de las tendencias combativas dentro del movimiento obrero, en particular desde 1968. El propio PC, condicionado por el estado de ánimo y la conciencia de sus bases y los sucesivos golpes recibidos desde 1974, y ante el fracaso de sus expectativas en ciertos sectores militares, pasó a participar en forma creciente en ese proceso de resistencia.

Un factor decisivo en la exacerbación de las contradicciones políticas interburguesas es sin lugar a dudas, el papel que han cumplido las FFAA —en particular sus mandos— en la conducción global del proceso.

A partir de junio de 1973 las FFAA debieron agregar progresivamente a su función de carceleros y torturadores, el desgastante papel de organizadores, representantes y negociadores de las fracciones burguesas dominantes.

como clase en sí y frente a los otros grupos de la sociedad. Dada la suspensión de los partidos políticos debieron intervenir, mediar y laudar en las distintas contradicciones que se desarrollan a diario frente a cada problema.

La incapacidad política respecto al manejo de los problemas globales del Estado, la inexistencia crónica de un liderazgo claro en su seno, la inevitable rigidez introducida en lo político por un aparato jerárquico y verticalista, la ausencia de cánones estables de negociación —incluso intraburguesa— y la discrecionalidad como ley general, impidieron a las FFAA cumplir satisfactoriamente el papel de organizadores políticos de la dominación burguesa.

Por otra parte, el intento de asumir la función de representación y organización política de los intereses burgueses tiene, como contrapartida, el enorme costo económico que se expresa en el presupuesto de seguridad, y los privilegios y las prebendas enormes con que se ha dotado la casta militar.

Muchos antiguos representantes civiles de la burguesía toman oportunistamente distancia frente a las responsabilidades del gobierno y sus excesos de arbitrariedad, y pugnan por recuperar un cierto terreno propio en la conducción del país.

Sin embargo, debido a una correlación de fuerzas interna que todavía les daba el predominio, las FFAA apoyándose en los sectores ultrarreaccionarios de la burguesía, profundizaron el control militar de decisión y ejecución en todos los ámbitos de la sociedad. Se desplaza a Bordaberry. Se institucionaliza la dirección militar del Estado (lo que el Vicealmirante Márquez llama el «título de propiedad del proceso») a través del Consejo de la Nación y la Junta de Oficiales, se rejerarquiza el COSENA y se crea un super-ministerio de control y coordinación en manos militares (SEPLACODI).

Durante más de un año, ese proceso se agudizó por un nuevo empuje de las FFAA en el control y la dirección de las Intendencias, de los Entes, la enseñanza y muchos otros organismos estatales. Ese avance sostenido en la militarización del Estado es el marco actualmente imprescindible para la continuación de una nueva fase del proceso de remodelación reaccionaria de toda la sociedad.

Los mandos militares y civiles buscan sustituir la discrecionalidad del mandamás del momento, por reglamentaciones más estables e institucionalizadas. Tratan de extender un control propio, absoluto y rígido, a todas las áreas claves: el Poder Judicial (Acta Institucional núm. 8)

y la reforma «dura» del Código Penal, la enseñanza, las relaciones laborales (paritarias impuestas, proyecto de reglamentación sindical), la depuración de los cuadros de la Administración Pública (Acta Institucional núm. 7). Las propias FFAA se ven amenazadas en su unidad interna tanto por las rivalidades personales interburguesas como por el repudio popular a su gestión. Esos conflictos crecientes llevaron a los mandos a la necesidad de reformar el artículo 198 de la Ley Orgánica, a encarcelar, sancionar o pasar a retiro a decenas de oficiales de la Marina y del Ejército.

Las FFAA son plenamente conscientes de que han violado abiertamente la legalidad y que han cometido crímenes, violencia y despojos de tal magnitud, que cualquier repliegue, cualquier disminución de la presión policiaco-terrorista, puede desatar la oposición resistente activa y culminar con su caída y con el «arreglo de cuentas». La situación económica desesperante de amplias masas que conlleva la aplicación estricta del actual modelo económico, sigue y seguirá actuando como razón poderosa entre los mandos militares y los sectores más reaccionarios de la burguesía, para mantener las formas despóticas de dominación y las FFAA en el primer plano de la escena política.

Por otra parte, al tener que hacerse cargo de la conducción del Estado y al eliminar al personal político-civil, se han desplazado al seno de las FFAA las apetencias de poder, las rapiñas por áreas de influencia, la corrupción más desenfundada. Han metido sus pies en el pantano y cuanto más caminan, más se hunden en él, y más difícil se les vuelve un retorno hacia atrás.

C) La fase actual: impase político y «gatopardismo»

La suma de todos estos factores económicos, políticos e ideológicos, ha dejado paso a una nueva fase de la dictadura, que si bien está pautada en rasgos generales por la mantención de la ofensiva ultrarreaccionaria, su aspecto nuevo es la exacerbación de las contradicciones interburguesas, así como su mayor expresión pública en relación al período anterior.

Es necesario detenernos ahora en estas últimas, ya que por su carácter agudo adquieren hoy una especial gravitación en el desarrollo de la lucha de clases y en particular en la situación del movimiento popular.

El hecho que aparece en la escena política con una dimensión antes no conocida, transformándola, es la irrupción de una corriente interna de la dictadura que, tomando distancia con la condición hasta hoy predominante, pasa a la lucha directa por la imposición de una línea alternativa para la dominación político-burguesa.

Esa corriente, que va tomando perfil cada vez más definido desde la crisis del 76 (caída de Bordaberry), tiene como principales sostenedores a representantes importantes de grupos burgueses (Vegh y «Búsqueda», sectores financiero y multinacional), representantes políticos civiles (Jorge Batlle), y a la diplomacia norteamericana, los que a su vez buscan un terreno de entente posible con ciertos jefes militares.

Esta «corriente», por llamarla de alguna manera, se opone en general, y a veces desde distintos ángulos y con distinta intensidad:

- a) A las aristas más criminales del terrorismo repressivo.
- b) A la mantención de las FFAA como principal ámbito de negociación y síntesis de las contradicciones interburguesas.
- c) A la inestabilidad y el estilo discrecional con que se han regulado y se regulan los distintos intereses fraccionales.
- d) Al discurso ideológico ultrarreaccionario que deja al desnudo la ausencia total de legitimidad del régimen, y lo aísla frente a las amplias masas populares.
- e) A la forma de regular las contradicciones surgidas con la administración norteamericana a partir del giro táctico impulsado por Carter.

Dentro de la línea de sus proposiciones alternativas, que al día de hoy han quedado manifiestas, encontramos:

- a) La mantención de la ofensiva antipopular con un estilo más discreto y selectivo, buscando dejar el menor flanco posible a las críticas jurídicas —nacionales e internacionales— de violación de la propia legalidad burguesa.
- b) La búsqueda de mecanismos de regulación estable de los intereses sectoriales de la burguesía, creando ámbitos institucionalizados de resolución en organismos civiles tales como partidos políticos «renovados», gabinetes y Consejo de Estado, sin que

ello signifique la eliminación de las FFAA como órgano principalísimo de reaseguro.

- c) Recubrir la dominación despótica con mecanismos de validación pseudo-representativos (elecciones «controladas», plebiscito), buscando levantar la imagen del régimen ante importantes sectores conservadores de la burguesía media y la pequeña burguesía, donde siguen pesando los remanentes de la vieja tradición democrática burguesa.
- d) Fortalecer al régimen, a través de un nuevo discurso ideológico que intente rescatar girones del discurso democrático burgués, de tremendo peso en la enorme mayoría del pueblo, en busca de disminuir los frentes de oposición y de atenuar las tensiones más agudas.

Como representantes de sectores burgueses en el poder, son conscientes de que el modelo económico y la historia inmediata de la lucha de clases, exigen la mantención de las formas despóticas de dominación y se oponen radicalmente a una vuelta atrás, a la democracia burguesa y al liberalismo político. Su objetivo no es una apertura política seria, sino un recambio de modelo dictatorial, más racional, menos aislado, y que deje fuera del sistema político legal a toda la izquierda y a sectores burgueses radicalizados.

El levantamiento que hacen de determinadas banderas como elecciones, funcionamiento de los partidos políticos tradicionales, institucionalización por mecanismos constitucionales, se mezclan por su formulación imprecisa —y es nuestro deber aclarar bien sus diferencias— con las que levantan sectores de oposición a la dictadura. Especialmente un amplio espectro de políticos tradicionales desplazados por el golpe y que pugnan por volver a la escena.

Dentro de las FFAA también se hacen sentir tanto las presiones ejercidas por estos sectores burgueses como por el creciente descontento popular y el aislamiento internacional. Los tironeos internos entre los mandos y las diversas camarillas castrenses, la ruptura de la disciplina militar y las depuraciones consecuentes, son todos indicadores inocultables de esa nueva situación.

Cada vez más sectores ligados a la dictadura —tanto civiles como militares— se ven así empujados a buscar salidas políticas a la situación. Es en ese contexto que las FFAA anuncian su voluntad de realizar un plebiscito cons-

titucional! en 1980 y una elección amañada, con candidato único, para 1981. Naturalmente que se trata de una operación en el seno del modelo dictatorial y que no significa en sí misma ninguna ruptura con las líneas fundamentales del proceso en curso. Se trata de una maniobra destinada a «cambiar algo para que todo siga como está».

La prueba es que al mismo tiempo se profundiza la política económica en sus aspectos más antipopulares y proimperialistas, que se elude toda referencia a una posible amnistía para los miles de presos políticos y exilados, que se buscan las formas «legales» de impedir la libre organización sindical y política, que se mantiene todo el aparato represivo, etc.

De todos modos esas nuevas contradicciones y titubeos en la cúpula dictatorial abren fisuras que inmediatamente les hacen temer lo peor para su proyecto de dominación. Ni las fuerzas de izquierda organizadas, ni los sectores blancos liderados por Wilson Ferreira Aldunate se han dejado engañar por la maniobra y eso le quita espacio a la dictadura para que su plan pueda desarrollarse sin contratiempos. A ello se agregan las reacciones desesperadas de los sectores más fascistas del régimen —tanto civiles como militares— los que no titubean en romper sus propias reglas de juego y tratan de impedir por el terror todo cambio en la situación política.

Esos elementos, unidos a un lento proceso de reanimación de la resistencia popular y de sectores hasta ahora relativamente pasivos como las iglesias cristianas, configuran una situación compleja para el régimen.

Huérfana de todo apoyo político organizado, temerosa de aceptar pequeñas aperturas que amenazan con el desborde opositor, amenazada por la ruptura del monolitismo castrense y embretada por una situación económica que asfixia a amplios sectores, la dictadura se encuentra en un verdadero impase político.

Ante ese panorama se agranda la responsabilidad de las fuerzas opositoras y muy en especial de las fuerzas obreras y populares. Cada día que pasa se hace más urgente no sólo profundizar el rearme del movimiento popular, sino también avanzar en la convergencia y unificación de la lucha antidictatorial, levantando un programa político mínimo que abra una alternativa popular a las maniobras gatopardistas de la dictadura y dé un marco acumulativo de lucha al profundo odio acumulado por el pueblo.

segunda parte

**PROPUESTAS TACTICAS GENERALES
PARA LA ETAPA**

la caída de la dictadura

El objetivo principal de esta etapa de lucha es el derrocamiento de la dictadura. La derrota política del programa del bloque de fracciones burguesas dominantes. No se trata entonces de promover un simple cambio de personas ni tampoco de conformarse con lo menos malo de promesas vagas y demagógicas. Se trata de derrocar políticamente a los grupos y mecanismos en que se asienta el régimen ya sea en su forma actual, ya sea en cualquier otra que con leves cambios pretenda continuarla.

Hoy hasta los grupos menos ultrarreaccionarios de la burguesía reniegan de la democracia liberal, y sólo usan sus retazos como forma de enganchar consenso. Saben muy bien que una cierta apertura democrática liberal, si bien podría tener un momentáneo efecto anestésico y confusionista en las filas de la oposición, replantearía casi inmediatamente una aguda lucha de clases dentro de organismos que no están en condiciones de absorberla con seguridad, en beneficio de la burguesía. Esto lo tienen bien claro las distintas corrientes dictatoriales al punto de intentar desde el año 1977 compatibilizar la pantomima liberalizadora, la promesa de plebiscito en 1981, con la extensión de las reformas autoritarias a todos los ámbitos de la sociedad.

La caída de la dictadura es un paso decisivo para mejorar las posibilidades de acción del movimiento popular, porque desgasta el modelo de dominación impuesto en esta etapa por la clase dominante y el imperialismo. Es decisiva en tanto sus consecuencias en el campo de las libertades permite un desenvolvimiento rápido y multiplicador del movimiento popular que la ha derrotado. El proceso de lucha antidictatorial significa la experiencia política a gran escala de las masas populares y las deja en situación más favorable para profundizar la lucha revolucionaria, para extender y consolidar sus organizaciones de base y su partido político.

Este objetivo central de derrocar la dictadura debe ir indisolublemente unido a la lucha por implantar una alternativa, una salida política antidictatorial.

Esta no puede ser otra que un Gobierno Provisorio, cuyo carácter exprese la lucha y los intereses mínimos comunes, de los principales sectores opuestos a la dictadura y el bloque burgués dominante. Un gobierno provisorio que barriendo con la pesadilla que hoy azota al pueblo, recoja las más inmediatas aspiraciones populares.

De todos modos hay que tener bien claro que ese gobierno no será necesariamente sólo transitorio, sino también un gobierno en crisis.

El movimiento popular y nuestro partido deberán luchar por que la salida a la crisis se oriente en un sentido que permita crear condiciones favorables para un cambio revolucionario, sin que ahora pueda preverse el ritmo de ese proceso. Para ello combatiremos las concepciones reformistas de tipo burgués, pequeñoburgués o de base obrera, que probablemente intentarán imponer una utópica salida desarrollista y liberal a los problemas económicos y políticos fundamentales que enfrenta el Uruguay desde hace más de veinte años. A la vez será necesario enfrentar las aspiraciones retornistas de los viejos políticos desacreditados, o de nuevos dirigentes burgueses que tratarán de apoyarse en la larga tradición nacional de «democracia representativa» para intentar confundir al pueblo.

Será solamente la capacidad de movilización del pueblo, sus partidos y sus sindicatos clasistas los que, usando todas las formas de organización y lucha que se puedan ir dando en la coyuntura, pueden lograr una profundización del proceso y evitar una nueva frustración de las masas, retomando para ello la honda tradición de protagonismo obrero y popular y sus banderas políticas más avanzadas.

Por eso desde el Congreso de 1975 planteamos la necesidad de que ese Gobierno Provisorio debe no sólo aplicar una serie de medidas políticas y económicas de urgencia, sino también convocar a una Asamblea Constituyente, elegida por el pueblo, con el objetivo de definir los marcos jurídico-políticos de la nueva institucionalidad. Esta consigna no sólo tiende a impedir que la nueva constitución se defina entre bambalinas, sino que trata de favorecer un espacio político que permita la expresión orgánica de los intereses y el programa de la clase obrera y de las otras categorías sociales que viven de su trabajo, para ir afirmando organismos de poder popular que controlen cada uno de los resortes del Estado y de la sociedad civil.

Dada la actual situación de debilidad política de la clase obrera y, en general, de todos los sectores populares, la unidad en el proceso de resistencia es un objetivo principal para derrotar la dictadura. Es por lo tanto tarea de primer orden profundizar una confluencia antidictatorial que agrupe a los distintos partidos políticos y fuerzas de la oposición, incluyendo las de signo liberal burgués. Una unidad que opere como multiplicador de las fuerzas populares, como respaldo y promotor de la lucha de resistencia abierta, hasta hoy aislada y débil, dada la impunidad del terror estatal.

¿Significa lo anterior definir como teóricamente necesaria una etapa democrática burguesa y por ello entregar la conducción del proceso a los sectores políticamente liberales de la burguesía?

No. Significa en primer lugar reconocer que las formas y las estructuras de dominación dictatorial que vivimos, van llegando a una fase particularmente compleja. La caída de la dictadura, la derrota de su programa oligárquico ultrarreaccionario, es un objetivo que interesa no sólo a la clase obrera y a los trabajadores, sino también a amplias capas medias hoy desplazadas, inclusive a algunos sectores burgueses propietarios, muchos de los cuales dejarán de ser aliados cuando se enfrente la realización de los cambios profundos imprescindibles.

La decisión de impulsar un frente antidictatorial atiende justamente al hecho de que las fuerzas populares están debilitadas, de que hay sectores burgueses que se oponen abiertamente a la dictadura cívico-militar, de que hoy por hoy ni el partido ni las organizaciones de intención revolucionaria pueden dar pasos decisivos para derrocar a la dictadura con sus solas fuerzas, y de que por lo tanto sólo una bandera unitaria puede aparecer como seria y viable ante los ojos de la mayoría de la población. Dejar esas banderas en manos de los reformistas, o de la burguesía liberal constituiría un grave error de análisis político y facilitaría que la lucha de los revolucionarios contra la dictadura fuera capitalizada por otras fuerzas.

Trabajar en torno a este objetivo exige formar una alianza táctica lo más sólida posible, sobre la base de un programa mínimo común y un comportamiento unitario, en la coordinación efectiva de las luchas. Para que efectiva-

mente se multipliquen las fuerzas, y para impedir que cuajen pantomimas aperturistas o las migajas de participación que la dictadura proponga al ala liberal burguesa de la oposición.

En este período de la cadena imperialista mundial, el proyecto capitalista dependiente (único posible para la burguesía), es hoy incapaz de encontrar un camino de desarrollo que sirva de basamento para una nueva dominación burguesa estable en el Uruguay.

La alianza policlasista antidictatorial tiene como objetivo desembarazarnos del enemigo táctico principal y abrir una lucha por las salidas de fondo. Es entonces una salida política transitoria a una situación táctica muy particular, la que abre el espacio estratégico para la lucha por un proyecto socialista para Uruguay.

La resistencia durante y después de la huelga general demostró que sobre la clase obrera fue donde recayó la mayor responsabilidad y los mayores sacrificios.

La inviabilidad en la actual situación económica de una salida burguesa desarrollista, el agotamiento histórico del camino liberal burgués en nuestro país, en cuanto a resolver los problemas materiales y políticos del pueblo, el papel protagónico y el nivel de conciencia adquirido por la clase obrera en medio de la lucha política de los últimos diez años, permiten pensar que existen en el desarrollo y profundización de la lucha resistente, mejores condiciones históricas para que ésta se proponga hegemonizar política e ideológicamente la alianza con otros sectores sociales.

La jerarquización que hoy hacemos de la lucha antidictatorial por las libertades supone, aun en el plano táctico, la lucha política e ideológica de la clase obrera por la hegemonía entre sus aliados, en torno al proceso de transformaciones revolucionarias y a su programa de transición al socialismo. De esta forma la búsqueda de un programa y una convergencia policlasista no supone ni la identificación con los valores e intereses burgueses, ni ir a remolque de sus propuestas. Por el contrario, exige bregar con la mayor fuerza posible, a partir de puntos de vista obreros y socialistas frente a cada uno de los problemas tácticos: las libertades públicas y la libertad de todos los presos, la política de salarios, el programa económico para salir de la crisis, la cuestión educativa y los problemas de la organización político-institucional.

Para que a la caída de la dictadura los trabajadores no sean una vez más defraudados y postergados; para que el

país no sea sacudido por crisis sin salida que den un respiro y una vía de retorno a los burgueses ultrarreaccionarios, debemos lograr la confluencia de las vertientes políticas de intención revolucionaria. Una confluencia sobre bases nuevas, en condiciones de transformarlas en una alternativa política revolucionaria, con gran apoyo de masas y sólida conducción teórico-política.

Para alcanzar ese objetivo estratégico tenemos como punto de partida la posibilidad de hacer confluir a los sectores de la clase trabajadora y el pueblo, enraizados en la experiencia de la Tendencia. Fundamental experiencia política de masas que, a pesar de las debilidades teóricas y políticas de los movimientos y organizaciones que la componían, expresaba en sectores muy numerosos y crecientes la conciencia de que en un marco de capitalismo dependiente era inviable una salida que contemplara los intereses populares. Avanzar en ese camino hoy día presenta a primera vista algunas condiciones desfavorables. Históricamente el movimiento de masas en el Uruguay ha sido hegemonizado, sobre todo a nivel político, por partidos reformistas de amplio consenso obrero y lenguaje marxista. Aunque ya desde 1962 y sobre todo en el período posterior a 1967 la lucha obrera y popular puso en cuestión esa hegemonía, la ideología liberal burguesa, que no existió en vano durante 50 años, dejó fuertemente impregnados sus valores en el movimiento de masas, cosa que fue recogida por los partidos reformistas.

Hasta hoy esta concepción dominante ha sido incapaz de autocriticarse —ni siquiera parcialmente— respecto a la derrota objetiva a que condujo al movimiento popular. Su proyecto sobre las «vías para aproximarse al poder» también fue categóricamente derrotado, especialmente en Chile y en Uruguay, y su conservación en bloque no tiene en cuenta las nuevas condiciones de lucha que plantea la dictadura terrorista. Ni siquiera el grave error político de las expectativas sembradas no sólo en fracciones militares, que cambian cada día, sino en el apoyo a los pronunciamientos públicos de los mandos militares, ha sido objeto de la menor referencia autocrítica, al menos en forma pública.

Sin embargo, sería un error pensar que esos fracasos y la dificultad actual de esa corriente para reestructurar el viejo sistema de alianzas bajo su hegemonía política, significan el acta de defunción de su influencia. La ausencia de un proceso crítico y generalizado sobre sus planteamientos, la base social importante, con que contaba antes de la implantación de la dictadura, y la sobrevivencia en amplias capas de trabajadores de elementos ideológicos propios del llamado «Uruguay batllista», muestran que

esos efectos negativos sólo podrán ser contrarrestados por un largo proceso de lucha ideológica y experiencia política de los trabajadores y de otras capas sociales.

Dentro de lo fue el ámbito de Tendencia las dificultades no son menores. Los duros embates represivos y la incapacidad para producir un balance autocrítico a fondo, han desarticulado a muchos grupos, sumiendo en la perplejidad a sus militantes. Subsisten además concepciones erróneas, expresadas fundamentalmente en las vacilaciones ante la necesidad de forjar un partido que sea una real alternativa al reformismo, y en la supervivencia de viejas formas de lucha política que han fracasado sucesivamente.

Teniendo como objetivo la construcción de un ámbito coordinador de las fuerzas sociales, influidas por lo que era la Tendencia, sabemos que eso no es, no devendrá en lo inmediato, un polo revolucionario. Sería utópico pretender saltarse etapas por una crispación cortoplacista. Hay herencias de la forma pequeñoburguesa en la lucha política que exigen un combate sin tregua y una superación permanente. Tenemos que fijarnos como objetivo, el desplazamiento en el seno de estas fuerzas sociales de las concepciones incapaces de hacerles recorrer un camino de acumulación de fuerzas, de fortalecimiento de las organizaciones populares y sus aliados, condición que puede permitirle pequeñas pero significativas y sucesivas victorias.

¿Por qué carriles podrá la reconstitución de un ámbito revolucionario devenir en el centro político alternativo?

- Haciendo hegemónica una visión profunda del proceso de lucha de clases de los últimos años, que marque claro las vías erradas por las que transitaron las distintas expresiones de Tendencia y la política funesta del reformismo en la hegemonización del movimiento popular.
- Sintetizando una visión justa de la realidad nacional, de la situación del movimiento popular y de las tareas principales de la resistencia y posteriores.
- Constituyendo un instrumento organizador y promotor de las luchas, verdadera columna vertebral de la resistencia.
- Combatiendo a través de la lucha ideológica el mito del «retorno» a las formas de democracia burguesa, que engendraron esta dictadura y que se mostraron incapaces de atender los reclamos básicos de las fuerzas populares en esta etapa histórica.

En el camino hacia la forja de ese instrumento político revolucionario —que supone ser capaces además de expresar los intereses históricos de todos los trabajadores y no sólo de su vanguardia— nuestro partido está en condiciones de aportar su fuerza y su experiencia. Otros grupos y compañeros tienen sus aportes a hacer. Vamos decididamente a evitar toda visión ombliguista y autosuficiente, que podría alimentar la concepción de que en estos momentos difíciles para el movimiento obrero y popular el camino de la convergencia debe hacerse sobre la base del reconocimiento expreso de la justeza absoluta de nuestros planteos políticos.

Aspiramos sí a que integren nuestro partido los cuadros y militantes que vienen de otros horizontes y que adopten nuestra línea política. Pero no confundimos esa política de puertas abiertas, de cara hacia el futuro, con la política de alianzas. Aspiramos a hacer prevalecer nuestros puntos de vista, que consideramos justos y fruto de años de aciertos y errores en la lucha de clases. No eliminamos la exigencia de someterlos permanentemente a la crítica y a la confrontación con la realidad ni los ponemos como condición para los pactos y acuerdos posibles en el necesario proceso de confluencia de las fuerzas y los militantes de intención revolucionaria.

Sabemos que todavía existen diferencias objetivas y subjetivas, en buena medida heredadas del pasado, y por eso no confundimos convergencias y alianzas con identidad total. Es más, prevemos que ciertas diferencias seguirán subsistiendo por largo tiempo y surgirán quizás otras nuevas, en tanto la alternativa político-revolucionaria no expresará los intereses y la forma de hacer política de un solo sector social sino de varios. Lo importante es que un partido exprese los intereses políticos de la clase obrera y logre hegemonizar las expresiones de los otros sectores en un sistema de alianzas que éstas acepten y vean como fructífero en un proyecto revolucionario alternativo de carácter nacional, enraizado en la historia del país, heredero de sus símbolos y de su tradición libertaria.

A eso aspira nuestro partido. Que las aspiraciones se conviertan en realidad será un proceso largo que exigirá ir perfilando la capacidad de diálogo con las bases sociales de la resistencia, ir encarando en ellas sus verdaderos intereses revolucionarios, ir adquiriendo frente a ellas el prestigio y la confianza que sólo da estar al frente de cada combate. Ni atrás ni afuera. Ni en el exterior, ni en el desensille hasta que aclare, sino dentro de la clase obrera y el pueblo y al frente de sus luchas.

objetivos a plantearse ahora

La actual situación del país pone en primer plano la resistencia en torno a los pilares políticos donde se asienta el poder de la dictadura, aprovechando y profundizando sus contradicciones más agudas, sus fisuras más claras, oponiendo a sus planes y orientaciones en todos los niveles, propuestas políticas alternativas que canalicen el amplio repudio popular.

Hoy día amplios sectores de las capas medias pequeño-burguesas, intelectuales, estudiantes y sectores de la burguesía liberal, viven en forma dramática el problema de la libertad y la democracia, del terror y la arbitrariedad.



la represión se sigue sintiendo en las calles de Montevideo

En los lugares de trabajo, al clima de terror imperante se suman la política de despojo al nivel de vida de los trabajadores, la arbitrariedad, la prepotencia y el revanchismo patronal. La baja brutal del nivel de vida a que han sido sometidos todos los sectores asalariados del país, en primer lugar los obreros industriales y rurales, pero también los peones, los empleados públicos y privados, los jubilados y gran parte de los pequeños comerciantes y de los profesionales, han ensanchado la base social de oposición a la dictadura, planteando la posibilidad de catalizar a partir de la clase trabajadora, una convergencia policlasista antidictatorial.

Comenzar a expresar en resistencia activa el odio y la opresión extremas que vive el pueblo, exige el desarrollo de iniciativas políticas que por su carácter claro y realizable venzan la barrera del terror represivo, promoviendo instancias de lucha a partir de pequeñas reivindicaciones que ayuden a fortalecer, unificar y organizar a los distintos sectores populares, alrededor de las banderas políticas que expresen de manera clara las aspiraciones más sentidas.

A partir del programa aprobado en nuestro congreso de 1975 debemos formular una plataforma táctica que se adecue a las contingencias impuestas por la situación actual. La plataforma táctica que va a guiar nuestra acción pretende unificar los hechos de resistencia y darle una salida práctica acumuladora:

- a) Vigencia plena de las libertades públicas (asociación, reunión, prensa, etc.) y anulación de toda la legislación represiva, creada en los últimos años (Ley de Seguridad, Estado de Guerra, Reformas de Códigos).
- b) Libertad para todos los presos políticos y derecho al regreso de todos los perseguidos.
- c) Anulación de todos los Actos Institucionales y los organismos creados a partir de ellos.
- d) Legalización de la CNT y restitución a su empleo de todos los destituidos por motivos políticos y gremiales.
- e) Elevación inmediata del salario real con escala móvil de ajuste automático al alza inflacionaria.
- f) Programa económico de emergencia, que, golpeando los intereses oligárquicos e imperialistas, frene el agudo deterioro económico y la entrega del país a los monopolios internacionales.
- g) Juicio público de los principales civiles y militares responsables de los crímenes contra el pueblo.
- h) Derrocamiento de la dictadura, formación de un Gobierno Provisorio que exprese las fuerzas sociales y políticas antidictatoriales y de cumplimiento a las aspiraciones populares más urgentes y sentidas.
- i) Definición de la nueva institucionalidad a través de una Asamblea Constituyente y no en conciliábulos de la cúpula cívico-militar.

enfrentar las maniobras de «lavado de cara»

La dictadura camina irreversiblemente por la senda del desgaste y del aislamiento. Su andamiaje está sujeto a tal cantidad de presiones y fisuras que los sectores más lúcidos del régimen se ven obligados a intensificar las maniobras. Su objetivo es preservar la continuidad dictatorial, «institucionalizarla», barnizarla con legitimaciones fraudulentas estilo Pinochet, decorarlas con la participación de algunos viejos políticos reaccionarios. Sus intenciones son, claro, más ambiciosas. Quieren controlar la reaparición de los partidos políticos tradicionales, crear sus nuevas direcciones, manipular las antiguas, embretar al viejo personal político burgués en el lavado de cara de un modelo político, en el fondo invariablemente autoritario y opresor.

Confundir, maniobrar y separar las amplias capas de la oposición burguesa liberal de un movimiento popular consecuentemente antidictatorial y seducirlas con una transición hacia una democracia autoritaria «viable» se perfila como la ambición más audaz y peligrosa de los mandos civiles y militares.

Las perspectivas inmediatas nos plantean, como tarea principal e insoslayable, la reanimación de las luchas populares de resistencia activa contra la dictadura por las más sentidas banderas políticas y económicas:

- A las maniobras confusionistas oponerles el desmascaramiento interno y externo de su carácter fraudulento y despótico.
- A la política del terror estatal, la resistencia clandestina, las formas y criterios de organización más seguros.
- A los intentos de aniquilar el sindicalismo clasista y poner un chaleco de fuerza jurídico a las justas reivindicaciones gremiales, oponerle la defensa de la CNT y las direcciones legítimas de la clase obrera y demás trabajadores, e impulsar con fuerza un profundo proceso reorganizador.
- Al muro de silencio de la censura y la prensa oficialista, oponerle todas las formas de propaganda clandestina que difundan la verdad de lo que pasa en el país.
- A los desesperados intentos de conseguir consenso, promover su más total aislamiento.

- A los intentos de aliviar sus tensiones oponerle una iniciativa creciente que meta una cuña en sus contradicciones internas empujando más y más sectores a la oposición decidida.
- A su política de dividir la oposición y reprimir por separado, oponerle la más sólida unidad de las bases y las organizaciones políticas de la oposición, en la resistencia antidictatorial.

los diferentes planos de la política de alianzas

a) El eje principal: la convergencia antidictatorial

Hemos insistido permanentemente, en nuestra propaganda y en nuestras iniciativas últimas, en la necesidad vital de la unidad antidictatorial y más que nunca en esta fase difícil de la resistencia. Las heridas infligidas por la ofensiva reaccionaria son graves. Nuestro planteo unitario en lo táctico recoge la constatación de que las fuerzas populares están todavía debilitadas, de que hay fuerzas de la burguesía y la pequeña burguesía liberal que mantienen una oposición real y a través de ellas se siguen expresando sectores del pueblo.

Bajo esas condiciones, la bandera de la unidad amplia se transforma en un arma efectiva de aislamiento del enemigo y de poder ofensivo. El espíritu unitario que guió, el apoyo que, en ese momento a través de la ROE, nuestro partido dio a la declaración del Partido Nacional — Frente Amplio en julio de 1973, que se plasmó luego en la idea del Frente Nacional de Resistencia y se concretó en la convocatoria, junto a los líderes reunidos en México en julio de 1977, para trabajar por la conformación de un frente antidictatorial no son fórmulas de gabinete sino la más urgente necesidad de la resistencia que hoy se libra en nuestro país.

El proceso unitario en el seno de la oposición tiene aún que vencer importantes escollos y por ello será necesariamente lento y trabajoso. Los golpes represivos han sido muy duros, muchas organizaciones han sido desarticuladas o han estado al borde de ello. Gran cantidad de militantes y dirigentes han sido empujados al exilio y en todos los casos la relación entre sus núcleos del interior y del exterior es aún débil. Por otra parte, las diferencias heredadas del pasado entre la oposición blanca y la iz-

quierda, y en el seno mismo de la izquierda, siguen siendo importantes.

Nuestra concepción de la convergencia antidictatorial no es una concepción formalista, de acumulación de siglas y adherentes que no tienen influencia ni compromiso efectivo con la lucha que se libra en Uruguay. La concebimos como producto de la lucha resistente, de sus experiencias, de sus necesidades, del papel protagónico del movimiento de masas. Es en definitiva una acumulación de esfuerzos resistentes, de voluntades opositoras responsables y comprometidas, sin sectarismos ni ambiciones satelizantes. Partimos, sin embargo, de una situación difícil: por un lado la atomización y desaparición de organizaciones, sus debilidades internas, los desenfocos de la realidad, los métodos para encarar las relaciones políticas, y en cierta forma, la ausencia de autocríticas de las concepciones que han demostrado ser erróneas. Por el otro, las dificultades de una convergencia táctica con partidos burgueses que tienen objetivos estratégicos divergentes a los de las fuerzas revolucionarias.

Solo concebimos la forja de la unidad en medio de una disputa político-ideológica en el seno del pueblo. Los resultados concretos de esta política de alianzas dependerán de la incidencia concreta de nuestras fuerzas en Uruguay y de la potencia transformadora de nuestras iniciativas políticas. Son condiciones muy importantes para dar avances sustanciales: el lento rearme organizativo de los partidos, el fortalecimiento de su compromiso con la lucha en nuestro país, la madurez de las relaciones entre las organizaciones. No creemos en una política de pactos formalistas o estructuras artificiales.

b) La situación en el plano de las fuerzas políticas

En julio de 1977, en México, varias organizaciones y corrientes de izquierda (Partido Comunista, Partido Socialista, Erro y Partido por la Victoria del Pueblo), a través de sus dirigentes en el exilio, manifestaron públicamente y por primera vez desde el golpe de Estado, una serie de coincidencias programáticas mínimas para enfrentar la dictadura. Esta «Declaración de México» fue un mojón importante en el camino de la convergencia antidictatorial, aunque sus resultados y los hechos posteriores fueron insuficientes.

Por un lado abrió un camino real hacia la convergencia y generó la dinámica unitaria que no existía hasta ese momento. Puso el tema de la unidad antidictatorial en el

orden del día concreto de todas las organizaciones, y de miles de militantes dentro y fuera del país. Además permitió la coordinación en varias acciones concretas de denuncia de la dictadura, en organismos internacionales y en la prensa internacional.



Méjico, julio de 1977: en procura de una nueva dinámica unitaria.

Sin embargo, no sólo ha dado aún pocos frutos en el terreno principal de la coordinación de las luchas resistentes dentro del país, sino que además ha dado lugar a una serie de malentendidos y se ha visto objetivamente trabada por alguna de las fuerzas firmantes en México.

a) Algunos sectores interpretaron erróneamente que el frente antidictatorial ya quedaba constituido a partir de esa declaración, lo que era un error de hecho y sobre todo de concepción, pues dejaba de lado la necesaria correspondencia entre un frente de ese tipo con la reanimación de las luchas populares dentro de Uruguay y sus necesidades, así como con la incorporación de importantes sectores políticos opositores a la dictadura, que aún no estaban dispuestos a integrar un frente de ese tipo (nos referimos en particular a los sectores del Partido Nacional liderados por el Senador Wilson Ferreira Aldunate).

b) Por otro lado ese impulso unitario también fue entecido por aquellos sectores políticos que piensan que el Frente Amplio con su composición actual (y sin haber realizado el imprescindible balance político de los últimos años de crisis del movimiento obrero y popular) sigue siendo «una herramienta unitaria que no puede ser sustituida», por lo menos para los sectores de izquierda. Proponer ese camino no es realista ni constructivo, porque no tiene en cuenta la realidad de las actuales fuerzas

populares organizadas, y actuantes en la resistencia interior, y porque no atiende a la desaparición o paralización de muchas organizaciones que constituían el Frente Amplio antes del golpe, la prisión o muerte de muchos de sus dirigentes, y la toma de distancia con su forma actual de funcionamiento por parte de otras fuerzas que lo integraban.

Además, y fundamentalmente, porque esa propuesta parece ignorar que los elementos de cohesión política que se daban en la coyuntura de 1971 ya no son vigentes y deben ser reformulados, para encontrar un nuevo espacio de convergencia, como lo ha demostrado la imposibilidad de reconstituir esos acuerdos con varias de las fuerzas que integraban el Frente Amplio y que siguen existiendo.

c) A su vez en el último año se ha producido un indudable avance en la actitud opositora del Partido Nacional, y muy especialmente de su líder en el exilio, el senador Wilson Ferreira Aldunate. Sin abandonar la posición reacia a formar un frente o a asumir compromisos formales con la izquierda en esta etapa, sus reiteradas declaraciones públicas señalan sin ambigüedades el carácter inaceptable de la maniobra pseudo-aperturista de la dictadura y de su plebiscito disfrazado de «elecciones» para 1981. De mantenerse con coherencia en esas posiciones podrá decirse que se habrá acercado objetivamente a una parte de los reclamos populares, al poner como condición para toda solución política, la libertad de todos los presos políticos y sindicales, y la restitución de los derechos políticos para todos los partidos sin excepción.

Estando bien claro para nosotros que estos acuerdos básicos para enfrentar a la dictadura no borran las importantes diferencias programáticas y de clase, que retomarán su vigencia táctica una vez volteado el régimen y aplicadas las medidas básicas de emergencia, esta convergencia actual representa un paso de indudable importancia política que debe ser profundizado, en particular a nivel de la coordinación de medidas de resistencia.

C) Avanzar simultáneamente en varios planos

Estos años de dictadura y de resistencia no han pasado en vano. La situación del movimiento popular y la relación de fuerzas en su seno han variado mucho respecto a la realidad previa al golpe. Por eso hay que evitar orientarse por esquemas anacrónicos o manejarse con siglas y fórmulas organizativas formalistas y congeladas. También

hay que evitar un cortoplacismo exitista y divorciado de la realidad de la lucha resistente en el interior. Esta actitud de mirar de frente las dificultades objetivas es la mejor defensa contra la tentación de lanzarse en empresas políticas inciertas y necesariamente pasajeras.

Cada vez estamos más convencidos de que nuestra consigna de trabajar incansablemente por la unidad de todas las fuerzas opositoras a la dictadura, exige simultáneamente el fortalecimiento de las organizaciones obreras y populares. Por eso nuestro partido ha dedicado y dedica el grueso de sus fuerzas a la reanimación de las luchas populares de resistencia, a la reorganización del movimiento obrero, al desarrollo de la prensa clandestina, al fortalecimiento de su organización interna y a la discusión política entre las bases, para avanzar colectivamente sobre los errores estratégicos y tácticos que permitieron el avance de la contrarrevolución en los últimos años.

Al mismo tiempo mantendremos los esfuerzos por seguir avanzando en la convergencia con todas las organizaciones y todos los uruguayos dispuestos a resistir a la dictadura hasta su derrocamiento, a través de varios ejes de trabajo paralelos y complementarios:

- a) Una política de amplios acuerdos de trabajo en la base, con los militantes de todos los orígenes en cada lugar de trabajo, de estudio y de todas las categorías sociales y profesionales.
- b) Una política de acuerdos y alianzas más elaboradas, a través de una discusión de nuestras propuestas globales y un balance de los errores del pasado, con todos los agrupamientos resistentes más o menos formales o espontáneos que se han ido reconstruyendo en Uruguay y que aglutinan militantes de origen dispar pero con un pasado común de lucha y de intención revolucionaria.
- c) Un esfuerzo por desarrollar y estabilizar un ámbito formal de diálogo, de coordinación y de acción conjunta de las fuerzas organizadas de la izquierda. También en ese plano la prioridad ha de pasar por los acuerdos y la acción en el país, pero incluye —en un movimiento combinado— las discusiones, los acuerdos con los dirigentes de esas fuerzas que se encuentran provisionalmente en el exterior.
- d) Por fin seguiremos impulsando iniciativas que apunten a profundizar los acuerdos de acción común dentro y fuera del país, con las fuerzas sociales y políticas de los partidos tradicionales, que mantengan una actitud antidictatorial consecuente.

Manteniendo con claridad las diferencias programáticas y la identidad de cada fuerza, se trata aquí de ampliar las bases de la resistencia activa y de intensificar el acercamiento en la lucha, de los militantes de distintos orígenes e ideologías.

los grandes ejes del trabajo del partido en esta etapa

Es partiendo de esos objetivos generales, de las condiciones concretas y las fuerzas humanas a volcar, que nos planteamos cómo ir transformando la situación. Hay muchas tareas a realizar, y en distintos planos, todas deben confluír y articularse en la acción global de la lucha de masas y del partido. Es esa acción global, es esa articulación jerarquizada de tareas y frentes diversos lo que permite acumular y cristalizar objetivos en una misma dirección política.

El trabajo de masas, la resistencia por todos los medios posibles, la política de alianzas, la forja interna y el trabajo internacional, son todos esfuerzos que directa o indirectamente apuntan a mejorar la correlación de fuerzas y a acrecentar la influencia transformadora del partido en la lucha de clases.

Los lineamientos políticos del accionar revolucionario en esta etapa trágica de la vida del país no se inscriben en el vacío, ni surgen de lucubraciones abstractas salidas de la cabeza de iluminados de gabinete. Nuestra acción se nutre de la rica experiencia de lucha de clases de los últimos 15 años, aprendiendo de los errores propios y ajenos, teniendo en cuenta las tradiciones institucionales del país, el largo ejercicio de las libertades políticas de nuestro pueblo, la larga experiencia de lucha resistente clandestina y el repudio de las grandes mayorías nacionales a las prácticas totalitarias de la dictadura.

Pero no podemos olvidar que para hacer avanzar las propuestas revolucionarias en el marco de la lucha antidictatorial, es necesario tener bien presente el relativo retraso de las condiciones subjetivas. Retraso que se expresa en la sobrevivencia en amplios sectores populares de viejos esquemas ideológicos y culturales, heredados de la burguesía, así como en la permanencia informal de expectativas respecto a muchos de los antiguos mecanismos de intermediación política: partidos tradicionales, ley de lemas, supuesto rol independiente del Estado frente a las clases sociales, espejismo parlamentarista, etc.

Estos elementos retardatarios e históricamente superados por el propio accionar de la dictadura y sus sostenes burgueses, tenderán a reconstituirse apenas se llegue a instaurar un cierto espacio de juego político más abierto y explícito; ya sea espontáneamente, ya sea por la acción de sectores reformistas, tanto burgueses como de base obrera.

Por eso es que nuestro partido está llamado al mismo tiempo a trabajar sobre esas bases objetivas y a desarrollar con constancia una prédica que haga comprender que el viejo Uruguay capitalista y liberal ha muerto, y que sobre sus ruinas es necesario dar un paso adelante y proponer un nuevo modelo histórico para esta etapa de la lucha de clases en nuestro país.

Ya desde el Congreso de 1975 habíamos elaborado algunos elementos de análisis y programáticos que apuntaban a ese proyecto político alternativo. Sin embargo, los errores e insuficiencias que antes señalamos hicieron ineficaces una buena parte de los planes tácticos, elaborados para llevar adelante estos objetivos en el seno de las masas.

Por eso en esta etapa, cuando encaramos como tarea central la reanimación de las luchas populares y el avance de las ideas y el programa revolucionario en el marco de la lucha contra la dictadura, debemos hacerlo evaluando globalmente el sistema de fuerzas en presencia y definir nuestra táctica política en todos los frentes en función de esa evaluación.

Es necesario evitar en todo momento una sobreestimación de nuestras propias fuerzas como partido; es preciso tener claras las limitaciones de las posibilidades propias en cuanto a la modificación inmediata de la correlación de fuerzas. En la reanimación de las luchas la acción de la vanguardia es condición necesaria pero no suficiente, en tanto aquélla depende también de otros factores tales como: la profundización de la crisis económica producida por la política gubernamental; el agravamiento de las contradicciones políticas en el seno de la dictadura, particularmente entre fracciones militares; la actitud que asumirán los sectores políticos burgueses y pequeñoburgueses aún dubitativos; la actitud que vayan tomando otros sectores de la oposición; la evolución de la situación política en Brasil, Argentina y el resto del Cono Sur, etc.

La acción del partido es de todos modos fundamental en lo que atañe a estimular y catalizar estos factores y orientar en forma eficiente las fuerzas que se van acumulando en el campo del pueblo.

La verificación de las previsiones, la justeza de las banderas y consignas, los logros en el plano organizativo, la confianza ganada por los cuadros partidarios en condiciones tan difíciles para la lucha, son los elementos de la actividad táctica que van forjando la receptividad a la alternativa revolucionaria que se propone ser el partido.

A) La propaganda clandestina

El trabajo propagandístico cumple en esta coyuntura un papel fundamental en el proceso de reanimación de las luchas populares. En los últimos años, bajo la bota terrorista, la rebeldía popular se expresó en diversas publicaciones clandestinas que circulaban denuncias de atropellos y fraudes, junto a consignas llamando a la resistencia.

Desde el 1 de mayo de 1978 ha reaparecido en Uruguay nuestro periódico «Compañero» que busca darle a esa iniciativa popular, un instrumento propagandístico permanente, organizador y estimulante. La prensa clandestina hoy adquiere la mayor importancia por varios factores. En primer lugar es indudable que la vivencia fragmentada, que la dictadura se esfuerza por imponer, constituye un factor debilitante. La disposición para acciones de resistencia suele vivirse de manera aislada, casi como circunstancia individual, sin el efecto de reafirmación y estímulo que constituye saber que se trata de una necesidad y disposición colectivas. Por ambos factores buscamos con nuestro periódico tender a mostrar que el repudio es generalizado y ejemplificar con cada número distribuido continua y establemente cómo la resistencia es posible, cómo el esfuerzo organizativo rinde frutos.

En el marco de la situación actual del movimiento popular, la circulación estable del periódico y los pequeños boletines se convierte en un valioso instrumento de reorganización. A través de los canales por los que se vierte en ellos la información y los de su propia circulación, se van creando formas amplias de relaciones clandestinas cuya extensión se vuelve tanto más importante en cuanto se convierte en caja de resonancia de las banderas y consignas de la resistencia, de los análisis y propuestas orientadoras.

En definitiva un instrumento imprescindible para nuestro trabajo de masas en todos los frentes.

Nuestras propuestas para el trabajo resistente de masas parten del nivel de conciencia y el estado de ánimo concreto de los trabajadores y de las otras capas sociales aliadas, tratando de modificarlo y profundizarlo. Ese cri-

terio es central para evitar todo vanguardismo inútil y para lograr dar el paso siempre difícil entre una propuesta justa y su eficacia política concreta; dificultad aun mayor en una situación como la actual donde se hace difícil vencer la barrera del terror, y donde toda acción opositora o reivindicativa cae dentro de lo que el régimen considera delito y es reprimida por la violencia física y la aplicación de la Ley de Seguridad del Estado y el Código Militar.

COMPAÑERO

Periódico del Partido por la Victoria del Pueblo
Nº66 - Año VII - Segunda Epoca - Montevideo, 19 de octubre de 1978



Seregni



Ivonne Trias



Jaime Pérez



Sendic



H. Rodríguez



Cariboni

¡AMNISTIA!

venciendo mil dificultades, asumiendo los necesarios riesgos, desde mayo del 78 «Compañero» clandestino vuelve a circular en el Uruguay.

Los mecanismos de reproducción del partido deberán asentarse fundamentalmente en el acierto de sus propuestas políticas y en el estilo adecuado de trabajo, en la eficacia y firmeza ideológica de sus militantes y en una correcta relación política con las masas.

De todos modos tenemos bien claro que el aumento de la presencia y la propaganda resistente van una vez más a excitar la vocación represiva de la dictadura.

En estos términos está planteado el trabajo. No hay otra forma de encararlo que a través de los criterios de clandestinidad que hemos definido hace tiempo y reafirmado en el Congreso. Criterios justos, insoslayables para cualquier práctica seria, no ya revolucionaria, sino simplemente opositora en las actuales condiciones de terrorismo estatal.

Desde ya debemos saber que, aunque las cosas se hagan bien, los resultados serán extremadamente lentos. La correlación de fuerzas es absolutamente desfavorable para las fuerzas populares, en el país y en la región. No estamos a salvo de nuevos golpes represivos; lo único seguro es que el P.V.P. y los trabajadores seguirán luchando, empecinadamente hasta la victoria final.

B) El trabajo sindical

Teniendo bien claro el rol político y social decisivo que debe jugar la clase obrera y los trabajadores en el avance de la revolución uruguaya y apoyándose en la riquísima experiencia organizativa y de lucha clasista de nuestros sindicatos, antes y después del golpe de Estado, el partido sigue definiendo su espacio principal de trabajo en ese sector social. En particular entre aquellos grupos que han participado activamente y con heroísmo en la lucha de resistencia de los últimos diez años. Pero también en medio de las nuevas generaciones de obreros y empleados, que sólo han conocido la represión y la arbitrariedad y la prepotencia de los patrones y los militares, en sus lugares de trabajo y en su vida familiar y social, y que deben realizar el aprendizaje práctico de la lucha política y sindical clasista, organizada y combativa.

Este trabajo se asienta en la permanencia de la larga tradición de sindicalismo clasista de los trabajadores, atiende al rotundo fracaso de la dictadura en su intento de crear sindicatos controlados y sumisos, pero a su vez tiene en cuenta el enorme efecto desacumulador que re-

presenta la ausencia de una gran parte de los cuadros sindicales con experiencia, que han sido despedidos, detenidos o empujados a la emigración.

Expresa por fin la continuidad de nuestra larga y permanente tarea de prédica y organización en el movimiento obrero, en diferentes períodos y a través de distintas expresiones públicas (FAU, ROE, Sindicatos de Tendencia), la que hunde sus raíces en las mejores tradiciones del sindicalismo uruguayo. Recoge en particular la referencia histórica de nuestra participación en importantes luchas reivindicativas, por la defensa de la autonomía clasista de los sindicatos, por la construcción de la unidad orgánica de los trabajadores, en solidaridad con los estudiantes y la Universidad, en solidaridad con los presos políticos y sindicales, y en defensa de las libertades populares amenazadas (*).

Y como telón de fondo, el trabajo de reanimación de la lucha sindical y reivindicativa, se apoya en el análisis de la grave situación social y económica que la política de la dictadura le ha creado a la gran masa de trabajadores y sus efectos potencialmente explosivos:

- Rebaja del 50 por 100 del nivel medio de los salarios de aquellos que pudieron mantener un trabajo estable y a tiempo completo.
- Implantación de un clima policial y de represión arbitraria en los lugares de trabajo.
- Agravación de los índices de desocupación total y parcial y frustración de las nuevas generaciones, las que, ellas solas, representan casi la mitad de los desocupados.
- Implantación de un ritmo desenfrenado de trabajo en nombre del aumento de la productividad y un empeoramiento creciente de las condiciones materiales y de seguridad en la producción.

(*) Para referirse sólo a algunas de ellas puede mencionarse la huelga solidaria con el Transporte en 1952; las luchas obrero-estudiantiles de 1958; la lucha por la creación de la CNT y la participación en el Congreso del Pueblo; las jornadas de lucha bajo la consigna de «UTAA en el campo, FUNSA en la ciudad» del 1 de mayo de 1968; la gran huelga bancaria de 1969; las luchas textiles, de la bebida, de TEM, SERAL, ATMA, FUNSA, BP Color, BAO, GHIRINGHELLI y la carne; el conflicto de la Salud de 1970 y la creación de los hospitales populares; la lucha contra la Intervención en la Enseñanza Secundaria y los liceos populares; las movilizaciones de 1972 y 1973 por la libertad de todos los presos y contra la tortura; y tantas otras acciones que mostraron el papel creciente que iba adquiriendo la lucha combativa de los trabajadores, que luego se manifestó como una de las vertientes principales de la Huelga General de junio-julio de 1973.

Esta realidad objetiva inocultable para los trabajadores, así como los otros factores mencionados, han permitido una sobrevivencia clandestina y embrionaria, pero real, de los viejos instrumentos de lucha obrera que hoy se trata de revitalizar. Al mismo tiempo han generado el desarrollo incipiente de nuevas formas organizativas, más o menos espontáneas, que deben afirmarse e integrarse al conjunto de la lucha obrera organizada.

La labor del partido en esta área está estrechamente ligada a la difusión de su propaganda clandestina, a su política de impulso a la lucha reivindicativa bajo todas sus formas, a la defensa de los sindicatos clasistas, a la revitalización de la Convención Nacional de Trabajadores, así como a la lucha sin tregua por la liberación de todos los sindicalistas presos y secuestrados por el régimen.

Esta defensa de los organismos legítimos de los trabajadores va de la mano con una actitud abierta y no ritualista respecto a las nuevas formas reivindicativas —legales o ilegales, abiertas o clandestinas— que la lucha obrera y sindical y la evolución política vayan creando en este período tan particular de la lucha de clases. Ninguna forma de lucha, ningún resquicio en el andamiaje de la dictadura debe ser descartado a priori por la clase obrera, en la defensa de sus intereses inmediatos o estratégicos.

De todos modos está claro para nuestro partido el profundo significado histórico que en nuestro país tienen los niveles de organización unitaria, alcanzados por la clase obrera y todos los otros sectores asalariados. Es así como, al mismo tiempo que se deberá estar atento al proceso de reorganización del movimiento obrero y a las posibles nuevas formas originales que de la experiencia vayan surgiendo, deberemos tener presente que la tarea de reorganización no puede sino partir de ese nivel alcanzado en la unidad del movimiento y la extensión de su organización.

Por eso, con esa decisión unitaria, deberemos enfrentar decididamente cualquier intento por identificar la CNT con cualquier partido y exigiremos que todos los puntos de vista que influyen organizadamente en el movimiento obrero sean respetados. Deberemos promover una auténtica democracia obrera en el seno de la organización sindical, que en esta etapa de resistencia clandestina pasa fundamentalmente por el establecimiento de una plataforma que se ajuste objetivamente al estado real del debate de los trabajadores, de modo de no introducir consignas políticas que no sean el fruto de una amplia discusión, y que en los hechos trasladan burocráticamente decisiones partidarias, acarreando gérmenes de división. Si este ca-

mino equivocado se siguiera recorriendo, produciría una parcelación orgánica del movimiento sindical, de acuerdo a las influencias políticas, lo que sólo facilitaría la tarea de los enemigos de clase en las etapas futuras.

Otra línea de trabajo esencial en el esfuerzo de reanimación de la lucha sindical en esta etapa, es la preservación de la tradición de solidaridad y de convergencia orgánica de los trabajadores de todas las categorías (obrerros, empleados, maestros, profesores, etc.), así como la vieja y rica experiencia de solidaridad obrero-estudiantil.

La importancia estratégica que nuestro partido le asigna a su trabajo en el seno de la clase obrera requiere la superación de toda ilusión «sindicalista» y su falsa expectativa de que la lucha sindical puede bastarse por sí misma en la lucha por el poder político revolucionario, por más combativa y clasista que ella sea. Conscientes de que hoy más que nunca toda lucha reivindicativa tiene un profundo significado político, en la lucha contra la dictadura ultrarreaccionaria, y de que ella sólo puede encararse sin cortoplacismos voluntaristas, es necesario defender en medio de la acción y el debate ideológico una diferenciación bien neta entre el espacio sindical y el espacio político de la lucha de clases. Es esta misma diferenciación la que permite dar con más eficacia la batalla contra todos los subproductos corporativistas que necesariamente tiende a crear la lucha sindical, en particular en este período de dura represión política e ideológica a las organizaciones políticas de la clase obrera.

C) Los trabajadores del campo

Desde hace muchas décadas el espacio de las luchas sindicales y políticas de clase ha sido ocupado casi totalmente por los trabajadores urbanos. Ello corresponde en buena medida al carácter predominantemente urbano de nuestra clase trabajadora, pero también a las dificultades que siempre tuvieron las fuerzas populares y revolucionarias, para realizar un trabajo político y organizativo, adecuado a las necesidades concretas y a las condiciones materiales e ideológicas de los trabajadores del campo.

Sometidos a una explotación extrema y a condiciones de dominación política hondamente ancladas en la tradición de la burguesía agraria, tanto los sectores minifundistas como los asalariados agrícolas y ganaderos, constituyen en buena medida el sector «olvidado» de nuestra clase trabajadora.

La rica experiencia de los cañeros del norte, así como el trabajo sindical entre los arroceros, tamberos y otros sectores de trabajadores rurales, deben profundizarse y transformarse en un elemento importante del trabajo de nuestro partido y de las fuerzas populares.



la marcha de los cañeros de U.T.A.A. llega a Montevideo.

La política agraria de la dictadura, cada día más favorable al gran latifundio y a los capitales agro-industriales ligadas al imperialismo, han de profundizar necesariamente el proceso de proletarización y de explotación en el campo. Para enfrentarla no basta con denunciar el latifundio y las multinacionales y hablar de la reforma agraria. Es necesario también realizar un trabajo lento y paciente

que movilice a esos sectores y los haga actores directos de las luchas en el campo.

Se trata sin duda de una tarea difícil por las tradiciones de impunidad patronal y de las fuerzas represivas en ese sector. Pero tanto su importancia económica como la transformación creciente del capitalismo agrario hacen estratégicamente imprescindible esa tarea.

D) Otras áreas del trabajo resistente de masas

Uno de los efectos más claros de la política de represión indiscriminada de la dictadura ha sido justamente el de crear un descontento y una actitud de rechazo en prácticamente todos los sectores sociales de nuestro pueblo. Ante la violencia de la represión y el estrangulamiento de toda actividad social y cultural autónoma —que ha llegado hasta los condominios de habitación y los clubes sociales y deportivos barriales— la gente ha ido desarrollando formas organizativas originales y camufladas, con un contenido y una significación política bastante diversos, pero que tratan de constituirse en reductos de discusión política libre, de estímulo mutuo a pequeños actos de resistencia o de solidaridad, y de vehículos para pasar y recibir información. Son nucleamientos que a menudo reúnen gente de diversas extracciones políticas, pero que guardan lazos hechos en la Huelga General y en las luchas políticas, sindicales o barriales, previas al golpe. A ellos se agregan a menudo grupos de jóvenes que encuentran allí un mínimo espacio de formación y estímulo para contrarrestar el discurso omnipresente y mentiroso de la dictadura.

Dentro de su modestia estos agrupamientos tienen su importancia, y el trabajo del partido está orientado a desarrollar y contribuir a que puedan jugar un papel cada vez más activo en el fortalecimiento de la resistencia.

E) La enseñanza y el movimiento estudiantil

La educación es una de las actividades donde la obra destructora del régimen se ensañó con más ahínco y donde la depuración del personal adquirió un carácter más profundo y más masivo. Ello representa sin duda un obstáculo objetivo a la reactivación de las luchas en este sector. Sin embargo, la propia gravedad de la situación y la

larga tradición democrática y libertaria de los docentes y del estudiantado, ha permitido mantener focos constantes de rebeldía y permite pensar que poco a poco estos sectores irán tomando un lugar significativo en la lucha por las libertades políticas y por la reconquista de la autonomía en la enseñanza y su democracia interna.

En particular el movimiento estudiantil da muestras de inquietud y rebeldía frente al régimen semipolicial, impuesto por las autoridades y frente al catastrófico nivel técnico de la enseñanza que reciben.

También en este sector el trabajo del partido se esfuerza por organizar, apoyar y profundizar la voluntad latente de lucha que existe actualmente y de canalizarla, articulada con el trabajo en los sectores obreros y preservando la vieja tradición unitaria en este campo.

La lucha por la autonomía, por la restitución de los despedidos y por la libertad de todos los estudiantes, maestros y profesores presos, seguirá siendo una bandera central de nuestro trabajo en el sector de la enseñanza.

F) La solidaridad con los miles de presos, desaparecidos, destituidos y sus familias

Como lo hemos hecho en todos estos años difíciles, en esta etapa sigue teniendo un gran lugar en las preocupaciones de nuestro partido el esfuerzo solidario con los miles de compañeros que han pagado con su libertad o con su vida, la lucha por la emancipación económica y política de la clase obrera y del pueblo uruguayo, así como con sus familiares.

Esta lucha solidaria es en primer lugar una obligación moral hacia los miles de presos políticos y sindicales que la dictadura trata de destruir en sus campos de concentración. Obligación moral también hacia la centena larga de presos desaparecidos, tanto en Uruguay como en Argentina y Paraguay, y sobre los cuales ningún vocero civil o militar del régimen ha podido dar una explicación sobre su paradero.

Lucha solidaria que es también un acto de lucha resistente de alto contenido político, pues tiende a mantener y aumentar la presión acusadora contra los responsables civiles y militares de tanto atropello y vejación a lo más sano de nuestro pueblo. Justamente cuando sectores de la dictadura tratan de perpetuarla, cubriéndose, precipitadamente con jirones de la vieja democracia, con excusas como la de Giambruno en la ONU —los excesos son res-

ponsabilidad de los oficiales medios»—, o con silencios cómplices como los del teniente general Alvarez —«no se permitirá ninguna forma de revisionismo sobre lo actuado por las FFAA»—.

Lucha que enfrenta la escandalosa maniobra orientada hacia la implantación de una «nueva democracia», que guardaría como rehenes a los miles de presos, y dejaría en el olvido a los cien desaparecidos.



la amnistía no vendrá de regalo.
Vamos a arrancarla con la lucha popular.

Esta lucha solidaria debe profundizarse y ampliarse a los más vastos sectores sociales, alimentando el reclamo creciente por una **amnistía total y sin restricciones** a todas las víctimas de la dictadura.

Amnistía para los presos, para los requeridos, para los exilados políticos y para todos los destituidos de su trabajo por razones políticas y sindicales. Amnistía que no supone por cierto un acto de clemencia sino un retroceso impuesto por la lucha popular. Menos aún supone borrar los crímenes de los grandes responsables de estos años negros para el pueblo uruguayo.

Seguiremos entonces impulsando —junto a las otras tareas de esta etapa de resistencia— las campañas de denuncia y solidaridad, dentro y fuera de fronteras. Colaborando para ello con todos los uruguayos dispuestos a luchar en este terreno y coordinando lo más posible con las otras fuerzas políticas, sin ningún sectarismo ni mezquindad oportunista.

Como es lógico nos sentimos solidarios en primer lugar con nuestros compañeros víctimas de la represión. Pero al mismo tiempo sentimos a todos los presos, muertos y desaparecidos, como nuestros presos, muertos y desaparecidos, porque son parte del pueblo que lucha, y porque junto con ellos tendremos que continuar el combate por el socialismo y la libertad, cuando los hayamos arrancado de las garras de la dictadura.

el terror estatal y el derecho a la rebelión popular

Las estrategias predominantes en el movimiento popular, durante el período de ascenso de la lucha de clases que va desde 1968 a 1973, fueron incapaces de impedir el avance de la contrarrevolución y la implantación de una dictadura apoyada sin tapujos en la fuerza de las armas.

Ni el reformismo, ni el foquismo, ni la llamada acción directa a todos los niveles, pudieron resolver el problema central de cómo enfrentar la violación sistemática de las libertades y el uso indiscriminado de la violencia por parte del bloque burgués y sus aliados imperialistas. Ello impidió que la enorme voluntad de lucha de las masas movilizadas y la gran acumulación de fuerzas, realizada en esos años, pudieran contener y avanzar sobre la contraofensiva oligárquica, consolidando conquistas ya logradas y profundizando la lucha por una salida popular a la crisis.

Este fracaso debe ser autocrítico sin falsos pudores por las fuerzas populares, como condición imprescindible para no repetir en el futuro los mismos errores. Esa autocrítica y el debate grave y difícil que la debe acompañar, rebasan el campo de la táctica y hacen al problema estratégico de las formas de lucha y las condiciones de victoria de la revolución en nuestro país y en América Latina.

La burguesía y sus aparatos políticos han sufrido en los últimos años un viraje hacia una forma de dominación netamente despótica. Chile, Argentina, Bolivia y todo el ámbito regional muestra la reiterada dificultad de consolidar conquistas populares en el marco legal y pacífico de la democracia burguesa tradicional.

Desde la implantación del Estado de Guerra Interno en abril de 1972, y aun más claramente desde el 27 de junio de 1973, es claro que las condiciones históricas concretas en que el pueblo y los trabajadores deben enfrentar el problema del uso de la violencia en su lucha política, se modificaron sustancialmente.

Desde hace cinco años los sectores dominantes del bloque burgués y el imperialismo abandonaron todos los visos pacifistas y legalistas con que disfrazaban la voluntad de defender sus privilegios, la entrega del país y la explotación de los trabajadores.

Hace por lo menos cinco años que en el Uruguay fue la propia burguesía y su brazo armado —las FFAA y la policía— las que, al cerrar todo espacio de lucha social y política legal, legitimaron y revitalizaron la vieja tradición oriental —desde Artigas, los 33 Orientales y tantos héroes nacionales— de la sublevación contra la tiranía, de la subversión contra los déspotas.

Por supuesto que la clase obrera y el pueblo uruguayo quieren vivir en paz y trabajar solidariamente por un país rico, culto, independiente, respetuoso de las libertades populares y que haya eliminado la explotación del trabajo de los más en beneficio de los privilegios de los menos. Pero nuestro pueblo y nuestra clase obrera no confunden esa paz, con la paz de las prisiones, del hambre y el terror que la dictadura cívico-militar le ofrece como chantaje contra su indestructible espíritu libertario.

Esa «paz» y esa «legalidad» han recubierto el ciclo más sangriento y masivo de violencia burguesa contra el pueblo que ha conocido nuestro país en este siglo y probablemente en toda su historia.

Por eso, frente a un régimen de dictadura terrorista que cierra todos los caminos legales para la lucha popular por el pan, el techo, la cultura y las libertades políticas y sindicales, nuestro partido defiende con fuerza y sin nin-

guna ambigüedad el justo derecho a usar todos los métodos de lucha que sean política y técnicamente eficaces, para debilitar y derrotar a la dictadura.

La experiencia fracasada del foquismo dejó claro, entre otras cosas, que el desarrollo de comandos armados no constituye en esta fase un ámbito de acumulación en sí mismo, sino que debe ser un medio de fortalecer la lucha política de masas y de acumular fuerzas en torno al partido, a la alianza de tendencia y al movimiento popular en general.

La caída de la dominación capitalista no dependerá principalmente de un crecimiento logístico del aparato armado. Lo fundamental es la eficacia con que el partido haya logrado preparar al conjunto del movimiento de masas, dirigiendo al cual se puede ir construyendo la fuerza capaz de lograr un desenlace victorioso aun en el nivel militar.

Por eso es que sin vanguardismos ineficaces, sin aventurerismos inconducentes, estando siempre sólidamente ligados al nivel de conciencia y combatividad de las masas, y articulando nuestra acción con el conjunto de la lucha política de resistencia, el partido ha de impulsar en esta etapa todas las formas de acción que sirvan mejor al desarrollo de la lucha de clases.

Conscientes de la actual correlación de fuerzas en el país y en la región, privilegiamos en esta fase de reorganización del movimiento popular —luego de un largo período de reiteradas y graves derrotas— la tarea central de la consolidación política y organizativa de sus luchas de resistencia. Hoy debe tener prioridad dar continuidad y ampliar la propaganda clandestina, revitalizar la lucha reivindicativa y resistente de masas, generalizar y agitar las banderas políticas generales, revertir los factores ideológicos desmoralizadores.

En el marco de esas tareas, y directamente articuladas con ellas, nos esforzamos por impulsar y organizar todas las formas de resistencia que expresen el repudio popular a los personeros civiles y militares del régimen, a sus símbolos más visibles y a sus lacayos en las fábricas, los centros de estudio, las oficinas y los barrios. Teniendo siempre como norte el fortalecimiento en todos los planos de los trabajadores y sus organizaciones, en la larga y difícil lucha por derrocar a la dictadura y avanzar hacia el socialismo.

Sin desaprovechar ninguna de las fisuras y retrocesos del régimen, pero sin desarmarse ante los cantos de sirenas y las expectativas fáciles sobre un retroceso elegante y sin sacrificios de este régimen dictatorial.

tercera parte

UN BALANCE DEL PERIODO 1968-1976

balance enmarcado en la experiencia de la Tendencia

Como decíamos en la introducción general a este trabajo, una comprensión política adecuada del momento actual de la lucha de clases y del programa de lucha de las fuerzas populares y de intención revolucionaria para este período, no puede hacerse sin remontarse por lo menos hasta el período de agudas confrontaciones sociales, abierto en 1967 en el país.

Hacer ese esfuerzo por abrir un debate serio de la historia reciente suponía en primer lugar realizar un esfuerzo autocrítico sobre nuestra propia línea política en ese período. Pero a su vez esa autocrítica sería incomprensible sin situarla en el conjunto del proceso de luchas populares y en la rica tradición de luchas de lo que configuró la llamada Tendencia.

Nuestro partido fue actor desde la primera hora de ese esfuerzo por expresar la combatividad y la voluntad de lucha de amplias masas obreras y estudiantiles que se negaban a aceptar en forma directa o disimulada los planes reaccionarios de adecuación capitalista a la crisis y, en particular, su correlato de vaciamiento democrático y brutal rebaja de los salarios y el nivel de vida.

En líneas generales puede afirmarse que las resistencias de toda índole opuestas por los trabajadores y amplias capas medias y juveniles, impidieron que el proceso de reestructura capitalista constituyera un «parto sin dolor». Esta resistencia fue provocando a su vez un proceso de lento endurecimiento de la política de la burguesía que fue pautaada por la reforma constitucional de 1966, el gobierno de Pacheco, la escalada represiva de 1972, los golpes de febrero y junio de 1977 y la dictadura cívico-militar.

En ese proceso, en el campo popular se vivió la dialéctica de las direcciones reformistas con base popular y los sectores de Tendencia que expresaban en forma relativamente primaria la voluntad de sectores cada vez más numerosos de rechazar las soluciones conformistas o conciliadoras con el espacio legal tolerado por las clases dominantes.

En ese contexto a la Tendencia le tocó cumplir en el seno del movimiento popular un papel de avanzadilla y de dinamizador en el interior de ese proceso de resistencia.

Como respondía a necesidades reales de los trabajadores y de las capas medias duramente afectadas por la crisis, su influencia fue realmente importante a pesar de su heterogeneidad política y organizativa.

La Tendencia fue suficientemente fuerte como para cuestionar el modo reformista de conducir el proceso y su método para enfrentar el empuje reaccionario de las fracciones burguesas en ascenso. Pero careció de las condiciones políticas para constituirse en una alternativa revolucionaria real, que le disputara con éxito el terreno a la hegemonía reformista en el movimiento de masas.

La Tendencia tuvo sus primeros jalones en el «acuerdo de Epoca» de 1967 que pretendía hacer avanzar la unidad política de las fuerzas de intención revolucionaria, teniendo como eje las coincidencias en torno a las resoluciones de la conferencia de la OLAS realizada en Cuba ese mismo año.

Frustradas las perspectivas políticas abiertas por este acuerdo, la Tendencia se desarrolló fundamentalmente a nivel de las luchas sindicales y estudiantiles, con todas las limitaciones que ello implicaba.

Es a la luz de esta realidad histórica que debe entenderse el balance crítico de nuestra propia trayectoria política. No como capítulo aparte sino como integrando un proceso general de retraso en las condiciones «subjetivas» y en el proceso de desarrollo de las propuestas ideológicas, políticas y organizativas de los sectores de intención revolucionaria.

Cuando hoy día nos planteamos como continuadores de esta tradición no lo hacemos con un espíritu de retórica ni de referencia mistificada a un pasado en gran medida heroico. Queremos rescatar lo que en esa historia hay de profunda vinculación con la voluntad revolucionaria de amplios sectores obreros y populares, y al mismo tiempo queremos avanzar sobre las limitaciones y errores que trabaron su desarrollo.

las responsabilidades del reformismo

Al mismo tiempo debemos abrir con espíritu constructivo —pero también con rigor y sin falsas reticencias o pudores— el amplio debate crítico sobre los errores y las

responsabilidades de los sectores reformistas que fueron mayoritarios en la conducción del movimiento popular hasta la implantación de la dictadura.

Esa labor es hoy de primera importancia para el movimiento obrero y popular y se constituye en una de las condiciones imprescindibles para superar los errores cometidos y avanzar en el camino hacia el socialismo en nuestra patria.

Ese debate franco y profundo, simultáneo a una política de convergencia unitaria en la lucha contra la dictadura, ya ha sido ampliamente desarrollado por las fuerzas políticas de otros países del Cono Sur, víctimas del embate contrarrevolucionario. Como una muestra entre muchas otras posibles citamos un enunciado del Secretario General del Partido Socialista Chileno, que decía en su libro «Dialéctica de una derrota»:

«Es necesario, entonces, que Chile perciba el esfuerzo de una autocrítica real, animada por una irrenunciable voluntad rectificadora... que sea capaz de sacudir los errores, las mezquindades y los sectarismos que oscurecieron su quehacer.

»No debemos perder de vista un hecho históricamente trascendente: el saldo demoledor de la derrota no se contabiliza sólo en la nación destruida, sino también en la envergadura de la frustración provocada. Son los factores subjetivos los primeros que debemos recomponer: la pérdida de fe y confianza en la dirección... y la resistencia de ellas (las masas), a dejarse movilizar tras otra gran empresa histórica, cuyo desenlace pudiera ser de nuevo... el abismo.

»Para los dirigentes del movimiento popular... el deber de desarrollar una autocrítica es urgente e insolayable. La lucha continúa y es necesario impedir que los errores cometidos continúen proyectándose en combates futuros.»

fundamentos de una crisis generalizada

Los últimos diez años han visto producirse una transformación cualitativa de las condiciones de la lucha de clases en nuestro país, incorporado como nunca antes al proceso de avances y retrocesos, éxitos y fracasos, del proceso revolucionario en América Latina.

El cambio profundo, producido en las condiciones de acumulación en los países capitalistas y en el conjunto de la cadena imperialista desde la década de los cincuen-

ta, modifica irreversiblemente las formas históricas de vinculación del capitalismo uruguayo con el exterior, agrava su propia crisis de reproducción y abre un largo período de crisis en el sistema político y en las formas tradicionales de dominación de clase de nuestro país.

Desde principios de los años sesenta, pero particularmente desde 1967 en adelante, las distintas formas de populismo con hegemonía burguesa sufren un proceso de descomposición a doble vertiente, dialécticamente interconectadas entre sí.

Por un lado, se hace inocultable la crisis de las bases materiales que hicieron posible que las fracciones agro-exportadoras (en particular los grandes ganaderos), la burguesía industrial «protegida» (ligada al mercado interno) y el gran capital comercial-financiero, apoyándose todos ellos en el rol organizador del Estado, hicieran compatible su rol subordinado al imperialismo con un espacio de acumulación material propio. Y también con la hegemonización política e ideológica de la clase obrera, los demás asalariados y las numerosas capas pequeño-burguesas, en particular la intelectualidad.

Esas circunstancias aceleran la descomposición del viejo sistema de cuasi monopolio bipartidista (Partido Colorado y Partido Nacional), profundamente interpenetrado con los aparatos estatales, y pieza maestra del control político-ideológico sobre las clases populares, por parte del bloque burgués en el poder.

Por otro lado, la clase obrera industrial, la pequeña burguesía urbana y en general amplias capas populares, enfrentan la crisis económica con un intenso proceso de movilización política y organizativa, que les hace dar pasos significativos en el proceso de autonomizarse políticamente de los partidos burgueses y que tiene como uno de sus efectos principales poner al desnudo, agravándola, la crisis profunda en la capacidad de la burguesía para perpetuar su dominación «pacífica» de clase.

Es el período en que se lanzan las grandes movilizaciones obreras y populares de los años 1967-68 y 69, que dan una primera respuesta al golpe de timón reaccionario y proimperialista, inaugurado por Pacheco y su flamante dictadura constitucional. Es el período de paulatino crecimiento del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), vector principal de la guerrilla urbana. Es el período de consolidación organizativa y legitimación creciente de la Convención Nacional de Trabajadores, proceso en el cual nuestra organización, y otras, juega un papel de significación. Las salidas a la crisis del capitalismo uruguayo



noviembre de 1968:
obreros y estudiantes resisten el reajuste reaccionario.

empiezan a interesar directamente a grandes masas y no sólo a los cuadros políticos dirigentes.

Esta primera fase de exacerbación de las contradicciones del capitalismo uruguayo y de la lucha de clases, que adopta formas cada vez más manifiestas y de masas, se produce bajo la fuerte influencia de los éxitos de la Revolución Cubana y marcada por sus efectos, tanto sobre la clase dominante y el imperialismo, como sobre las masas y las organizaciones populares.

Ya el golpe brasileño, el asesinato del Che en Bolivia y la invasión a Santo Domingo, han mostrado hasta dónde están dispuestos a ir el imperialismo y las clases dominantes locales, para intentar cortar en sus inicios las manifestaciones políticas y político-militares de la rebelión popular.

En el campo del pueblo, junto a un gran espíritu combativo de las bases y de algunas de sus vanguardias políticas, en nuestro país, pesa estratégicamente tanto el contrapeso del largo periodo reformista (ya sea de origen burgués como de base obrera), como el carácter primario y muchas veces inmaduro de los sectores de intención revolucionaria.

Dentro de un contexto de lucha particularmente unitario (si se lo compara con otros países de la región), en ese periodo se polarizan las fuerzas populares entre aquellos grupos hegemonizados por el Partido Comunista y, por otro lado, los sectores que van conformando la llamada Tendencia, entre los cuales se encuentra nuestra organización.

En resumen, la convulsionada historia de estos últimos años fue pautada por una amplísima irrupción de masas, por la conformación de la Tendencia y orientaciones que frente a los problemas claves de la lucha de clases, impulsaron distintas opciones y alternativas.

Los temas principales que unieron y polarizaron al movimiento popular uruguayo, que encauzaron y dirigieron sus embates frente al enemigo, que atravesaron la polémica entre sus vanguardias políticas, no son otros que:

- El grado de desgaste de la dominación burguesa.
- El tipo de crisis de sus instituciones.
- El programa y las alianzas tácticas.
- Las vías y métodos para luchar contra el régimen.
- El enmarque de esas luchas en una estrategia de acumulación de fuerzas para la toma del poder y la revolución socialista.

1971: inviabilidad de una salida electoral

La oligarquía y los sectores más reaccionarios de la burguesía respondieron a la crisis con el «pachecato». Violación continua de la Constitución, medidas de seguridad permanentes, avasallamiento de las libertades y conquistas populares, vaciamiento del rol del Parlamento, dominio creciente de las FFAA, cipayismo frente al capital extranjero fueron moneda corriente de ese régimen de transición entre el liberalismo y la dictadura terrorista. En ese momento lo llamamos Dictadura Constitucional porque, utilizando ciertas instituciones y cobertura legalista, su contenido se fue transformando en cada vez más dictatorial, antidemocrático, crecientemente represivo y macartista.

Este vaciamiento de las instituciones y valores del liberalismo tradicional, con el telón de fondo de una crisis económica agudísima y de carácter estructural, de un accionar guerrillero creciente y un movimiento reivindicativo obrero y de masas en ascenso, hacía inviable una salida popular en el marco electoral, pacífico y legal.

La oligarquía y sus personeros políticos no habrían de permitir jamás la utilización de las instituciones tradicionales para la realización efectiva de un programa antimperialista y antioligárquico, firmando su acta de defunción, sobre todo en esa coyuntura histórica en que estaban objetivamente respaldados por el apoyo estratégico de la política agresiva del imperialismo para el continente.

Tal era, sin embargo, la ambición de la alianza frente-amplista. Sus «30 medidas», los discursos de sus dirigentes, su propaganda y su acción concreta, contribuían objetivamente a deformar ante los ojos de las masas movilizadas los caminos hacia los cuales conducía la situación del país y la contraofensiva reaccionaria.

Ni los sectores escindidos de los partidos tradicionales, fuertemente impregnados de la ideología liberal batllista, ni el tozudo electoralismo de los partidos reformistas de izquierda (que es distinto de la utilización del nivel electoral en la lucha de clases), podían salirse de los marcos tramposos de la escalada cívica pachequista y conducir la intensa movilización política de masas de 70-71 por un camino históricamente viable.

En el terreno de los métodos y las vías para la lucha política convergen dos errores complementarios que contribuyen a retrasar —y a la postre a dejar desarmado— el avance político y organizativo de las fuerzas populares.

Por un lado, es el planteamiento de las distintas fuerzas reformistas, que centraron su propaganda y su accionar entre las masas exclusivamente en el terreno del accionar legal (sindical, cultural y parlamentario), creando una inmensa expectativa en la posibilidad de dar pasos más o menos irreversibles dentro de un sistema político «democrático» que, en realidad, estaba tambaleante pero que aún suponían duradero y revitalizable por la inyección de las fuerzas populares (CNT en lo sindical y social; Frente Amplio en lo político).

Por otro lado, el carácter foquista de la concepción política y el accionar del MLN, si bien introducen un factor de ruptura con la larga tradición reformista de la izquierda uruguaya, se alejan del trabajo político y organizativo en las estructuras de masas y refuerzan las tendencias cortoplacistas y apartidistas de los militantes obreros, estudiantiles y de otras capas medias, que estaban decepcionadas de la ineficacia revolucionaria de las organizaciones políticas de la izquierda tradicional.

La particularidad del foquismo del MLN —aparte de su carácter urbano— residía en que, si bien menospreciaba el trabajo político partidario en el campo sindical, al mismo tiempo le concedía de hecho al Partido Comunista la tarea histórica de ocupar ese terreno hasta sacarle el máximo de «conciencia reformista» posible. La acumulación de fuerzas entre ambas vertientes vendría en su momento por agregación de campos autónomos, esperando utópicamente que el movimiento de masas —incluyendo los sindicatos y la propia base del PC— sería totalmente hegemonizado por el MLN, gracias al influjo de la dinámica política que debían generar las acciones armadas.

Esta forma de accionar del MLN se liga directamente a una subestimación de la capacidad de respuesta político-militar de la clase dominante, y ello refuerza la ilusión de una victoria rápida y la creencia en que las otras organizaciones políticas y las fuerzas sociales y sindicales serán arrastradas y determinadas por su propio accionar.

Luego de varios años de discusiones —pautados por momentos de convergencia y de distanciamiento— nuestra organización toma distancia definitivamente con el planteo del MLN, por considerarlo una concepción errónea de lucha política, una concepción errónea de acumular fuerzas en la perspectiva de una lucha prolongada por la creación de un poder popular y la participación de amplias masas en la liquidación del dominio burgués e imperialista en el Uruguay.



el M.L.N. subestimó
la posibilidad de que las FF. AA. dieran una respuesta criminal

Hoy nos autocriticamos el no haber aportado al debate político público nuestra posición sobre ese punto en el momento, lo que contribuyó sin duda a retrasar una toma de conciencia de los sectores de intención revolucionaria sobre los errores del foquismo. Una muestra de ello es, por ejemplo, que a fines de 1971 y comienzos de 1972 nuestro partido elabora una síntesis de su posición sobre los aciertos y las limitaciones del accionar del MLN, documento que, a pesar de su importancia política no hicimos público en ese momento.

En todos estos años combatimos sí, duramente, el callejón sin salida en el que embretaban las direcciones reformistas al movimiento popular. Mantuvimos un intenso accionar en el terreno de masas (obrero, estudiantil y barrial) y practicamos formas de acción armada, tanto de autodefensa como de propaganda, enmarcándolas siempre en una perspectiva de defensiva estratégica y de subordinación política a la acción global de nuestra organización.

Es indudable, sin embargo, que nuestra línea de trabajo político global fue limitada por sobrevivencias de tipo anarco-sindicalista y empirista, las que contribuyeron al hecho de que no pudiéramos, en esos años, cristalizar un movimiento político partidario y una tendencia homogénea, dentro de los sectores sociales que influíamos. Más ampliamente: disminuyeron la influencia de nuestras orientaciones sobre el conjunto de las masas movilizadas. Sin duda esos errores también contribuyeron en buena medida a un aislamiento relativo del partido y a una mayor debilidad de la alternativa revolucionaria dentro del campo popular.

acumulación de fuerzas y vías hacia la revolución

Finalmente, todo el período de luchas contra la dictadura constitucional pachequista y su prolongación hasta el golpe de Estado de 1973, fue atravesada por la polémica sobre las «vías» que debía recorrer el movimiento popular en su avance hacia la revolución uruguaya. El tema está presente por tres factores convergentes: el impacto de la Revolución Cubana y la existencia de varios focos de lucha armada en América Latina; el desarrollo técnico y el impacto social de la guerrilla urbana en Uruguay, principalmente del accionar del MLN; la crisis política aguda de la burguesía uruguaya y la intensa movilización y combatividad demostrada en esos años por amplísimos sectores de obreros, funcionarios y estudiantes.

Si bien el MLN inicia sus acciones de expropiación y propaganda armada varios años antes, es indudable que el debate sobre las «vías» cobra real urgencia política cuando se inicia la gran ofensiva represiva de Pacheco y cuando la intensa movilización de masas supera las expectativas de las direcciones políticas, mostrando la capacidad de resistencia y de realizar importantes ofensivas tácticas por parte de los sectores más avanzados del pueblo.

En ese momento nuestra organización define claramente la necesidad de una estrategia revolucionaria que incluya la lucha armada para el acceso al poder y la necesidad de comenzar, bajo dirección partidaria, acciones de tipo comando que fueran pertrechando y capacitando a las vanguardias para enfrentamientos de tipo insurreccional, reconociendo que aún no existían las condiciones objetivas y subjetivas para que la lucha armada frontal pudiera convertirse en una consigna de acción inmediata y principal.

Al mismo tiempo defendíamos la necesidad de un partido que dirigiera el movimiento de masas y la importancia capital de no confundir estrategia de lucha armada (que supone la necesaria labor agitativa de un partido entre las masas), con el foquismo urbano.

Dentro de las limitaciones de nuestra línea político-militar en esos años defendíamos la tesis justa de que el avance reaccionario y represivo no podía ser detenido solamente con la agitación política legal y el avance de la unidad en el campo del pueblo, como sostenía en particular el Partido Comunista. Tampoco el camino de la guerrilla urbana foquista podía culminar en el Uruguay con la

derrota de la burguesía y sus fuerzas represivas, sino con la derrota del propio foquismo.

La línea del Partido Comunista en esos años tuvo una influencia profundamente negativa para el futuro posterior de la lucha de clases. Porque su posición sobre la estrategia de acceso al poder en esa etapa era errónea y porque su importante influencia en la clase obrera hizo que sus posiciones pesaran en forma decisiva sobre el conjunto del proceso.

Al definir todo el período 1967-1971 como fundamentalmente de «acumulación de fuerzas», subestimando estratégicamente la ofensiva golpista y reaccionaria, y al considerar que los métodos legales, pacíficos y parlamentarios, eran aún el único camino de «aproximación al poder» que se imponía en el Uruguay en ese período, el PC, que al nivel programático general definía la vía armada como la más probable para la revolución latinoamericana, en su política agitativa y propagandística de masas en Uruguay, se abstiene consecuentemente de implementar una táctica coherente con ese enunciado y crea grandes expectativas electorales y «democráticas» en los sectores que él influye o hegemoniza.

Como corolario lógico de esa línea política general —y no por una mayor o menor combatividad intrínseca de sus militantes—, decide canalizar sistemáticamente la combatividad obrera, estudiantil y popular hacia formas de lucha que, más allá de las apariencias, de hecho tendían a aislar los distintos conflictos entre sí y a dificultar la acumulación ofensiva de las fuerzas movilizadas en una perspectiva de lucha por el poder y de freno al golpe gorila. Su concepción errónea de la etapa específica en que había entrado la lucha de clases en el Uruguay le hace adoptar una política concreta que, a la postre, se demostró como un grave factor de desarme político e ideológico, en particular de los sectores de trabajadores más conscientes y decididos.

un reconocimiento sólo formal de los peligros

La grave crisis económica, política y social que atravesaba el Uruguay había sido agudizada por la gran capacidad de lucha y la convergencia unificadora de amplios sectores populares, además del accionar político-militar de los grupos que habían iniciado una práctica guerrillera. La ofensiva represiva de los sectores burgueses aliados con

el imperialismo no había podido dismantelar las organizaciones políticas, militares, sindicales y sociales del pueblo. Pero la gran amenaza de una ofensiva represiva y golpista, dirigida a aniquilar esas fuerzas, estaba planteada más que nunca. El ensanchamiento de las tareas atribuidas a los organismos policiales y paramilitares y, progresivamente a las FFAA, eran una luz roja que se combinaba inocultablemente con las propias dificultades políticas y económicas de los grupos hegemónicos por el pachequismo y apoyados abiertamente por el imperialismo para sostener una dominación estable.

En ese contexto, y en plenas medidas de seguridad, es la propia reacción la que levanta la bandera de la «escalada cívica», como si no fueran ellos mismos los que estaban enterrando ineluctablemente el viejo Uruguay de la democracia representativa.

La conformación del Frente Amplio a fines de 1970 recoge ese desafío electoral y canaliza el grueso de las esperanzas y expectativas de cambio, creadas en las masas trabajadoras y otras capas populares, en 4 años de duras luchas. El propio MLN aún en la plenitud de sus fuerzas y de su prestigio político, coordina y participa de hecho en su seno a través de organizaciones legales que le son afines.

El debilitamiento y corrupción de los partidos tradicionales, la receptividad y participación de amplias masas en las luchas reivindicativas en el marco de la CNT, la esperanza de los sectores simpatizantes con el MLN de que éste fuera el reaseguro de una victoria electoral, el fuerte impacto de la victoria de la Unidad Popular en Chile y la incorporación de sectores políticos de centro al Frente Amplio, concitaron grandes expectativas y dieron la sensación de aparente justeza de la línea política del reformismo. Sus principales dirigentes canalizaron las fuerzas populares en una batalla electoral, que planteaban táctica y estratégicamente como decisiva para el avance de la revolución uruguaya. No en vano una consigna central en ese momento era: «Con el Frente Amplio el pueblo al poder».

Este fue el planteo del Frente Amplio, de la Democracia Cristiana, de Rodríguez Camusso, de Michelini, del Partido Socialista, pero también del Partido Comunista, no sólo en su propaganda de masas sino en las resoluciones del XX Congreso a fines de 1970 y en los trabajos teóricos de Rodney Arismendi, recogidos en su libro «Lenin y la Revolución en América Latina».

El PC decía sí en algunos documentos. Que sería «un grave error si creyéramos que la nueva correlación de

fuerzas que se perfila en el continente nos habilita a pensar en un desarrollo apacible de los procesos revolucionarios. Ni el imperialismo yanqui, ni las oligarquías aceptarán sin intentonas criminales las victorias populares.» Y agregaba, analizando la política pachequista: «No estamos... ante un accidente político, ni solamente ante los desbordes o avideces de un gobernante; tampoco ante sus 'pensados planes' a largo plazo que desembocarán fatalmente en el golpe de Estado triunfal, como argüían algunos, desde la derecha del movimiento popular o desde ciertos grupos infantilistas (...); la agravación de la situación uruguaya, su inexorable deterioro económico, sus tensiones políticas y la aguda lucha de clases, tienen por fundamento la maduración de la crisis de toda la estructura económico-social... (lo que lleva) a agudizar todas las contradicciones, al enfrentamiento creciente del pueblo con la oligarquía, al incremento de las tendencias antidemocráticas y golpistas en los sectores más reaccionarios de la clase dominante...» (R. Arismendi en su informe al XX Congreso del PCU.)

A pesar de este reconocimiento formal de los peligros que se avecinaban, el PC y el Frente Amplio centraron todo el esfuerzo en la lucha legal por imponer electoralmente un programa antioligárquico y antiimperialista en el marco del sistema político tradicional. En ese marco sostenían que los pasos unitarios y organizativos, ya dados por las masas en lo sindical y social, y que debían profundizarse políticamente en el seno del Frente Amplio, lograrían llevarlo adelante por sí solos en ese período histórico concreto. Ninguna consigna política, ningún paso organizativo preparan efectivamente la proclamada necesidad de responder a la contrarrevolución «en todos los terrenos».

Los sostenedores de esta línea política —y en primer lugar el PC— creen que el Frente Amplio «constituirá una poderosa tercera fuerza capaz de representar una alternativa de poder y de provocar un cambio en la correlación política del país (...) para infligir una aplastante derrota al gobierno y a los reeleccionistas, para abrir al pueblo el camino del poder y de cambios avanzados en la vida nacional» (Tesis, XX Congreso del PCU). Contra las amenazas de golpe de Estado o de nuevas escaladas represivas (con o sin victoria del Frente Amplio) sólo se responde afirmando que: «las masas responderán al intento de golpe reaccionario con la huelga general revolucionaria y lo derrotarán».

La historia posterior demostró dolorosamente que ni el foquismo del MLN (con toda su fuerza y su prestigio), ni el camino de la aproximación electoral (con la esperanza y la capacidad unificadora que encarnaba), ni la combinación de ambas, permitirían llevar adelante en esta etapa un lucha en ofensiva para derrotar la remodelación burguesa y el avance del golpismo, e imponer soluciones populares a la crisis.

Con respecto a nuestra actuación en ese período, nos autocriticamos la carencia de una acción política global alternativa, de un programa táctico adecuado y una política de alianzas ajustada a la situación. Autocriticamos nuestra desviación sindicalista y una mezcla incorrecta de la crítica justa al «electoralismo», con prevenciones principistas respecto a la utilización del terreno electoral. También fue insuficiente la polémica táctica con el reformismo y con el foquismo en el plano político global y no sólo en el ámbito sindical.

Por eso asumimos nuestra cuota de responsabilidad en los errores políticos graves del movimiento popular en ese período, y consideramos la derrota de esa experiencia como una derrota de todo el pueblo. Si hoy abrimos ese y otros debates necesarios en el campo del pueblo, es porque si los eludiéramos los errores nuestros y los de las otras fuerzas populares amenazarían inexorablemente con repetirse, no sólo en esta fase de la lucha para derrocar la dictadura sino también en las etapas venideras.

enero de 1972: planes represivos para una nueva etapa

Para evaluar correctamente la evolución posterior de la lucha de clases en nuestro país hasta la entronización de la dictadura cívico-militar y los graves golpes que logra asestar a todas las organizaciones populares sin excepción, es entonces imprescindible comprender los efectos negativos que tuvieron sobre las masas y los cuadros políticos el peso del foquismo y el reformismo que hegemonizaron al movimiento popular durante los seis años previos a 1972.

Una vez realizadas las elecciones de noviembre de 1971 los grandes problemas del país seguían planteados en términos dramáticos y el conjunto de la crisis se había agravado y permitía presagiar un período de definiciones y de enfrentamientos agudos y globales de clase, cada día más inevitables.

La lucha electoral bajo medidas de seguridad, provocaciones contra el pueblo y maniobras fraudulentas, dejaron como saldo un presidente pachequista elegido con el 22 por 100 de los votos, una conciencia agudizada en las fracciones burguesas más reaccionarias y proimperialistas de la creciente fuerza amenazante de la izquierda y de la imposibilidad de aplicar el plan de reestructura capitalista sin quebrar «por cualquier medio» las organizaciones sindicales, políticas y militares que actuaban en el campo del pueblo. A su vez el Frente Amplio salió seriamente debilitado, sobre todo al nivel de sus bases, fruto del carácter marcadamente triunfalista de su prédica y agitación pre-electoral.

Una vez más los dos polos predominantes en ese período en la conducción política popular, MLN y PC, empujaban las luchas en una dirección que los hechos posteriores demostraron equivocada.

Así veía nuestro partido la coyuntura en enero de 1972: «La 'escalada cívica' ha cerrado su ciclo. Las elecciones con represión se han consumado y los sectores conservadores y reaccionarios que prohijaban la llamada 'apertura electoral' consiguieron extraer de las urnas un presidente que se postula como continuador directo de la dictadura constitucional de Pacheco. Y, mientras empieza el teje maneje con Jorge Batlle y Etchegoyen, buscando recomponer el respaldo parlamentario que permitió al gobierno anterior consumir su política despótica, en los medios más especializados se preparan los planes represivos para la nueva etapa.»

«(...) Entonces tratan de madrugar », aprovechando el desconcierto de quienes en la izquierda apostaron todas sus cartas a un resultado electoral que, como era previsible, no gratificó esas excesivas esperanzas. Intentan capitalizar en su beneficio el error de quienes, aceptando como significativos de una realidad de fondo esos resultados electorales, tienden a reincidir en el aislamiento de masas para aplicarse unilateralmente a la lucha en otros niveles, arriesgando precipitar condiciones que dificultan la vinculación del movimiento revolucionario con las masas.

«(...) Tomar conciencia de la necesidad de volcar rápidamente a la lucha la fuerza potencial acumulada en función de una perspectiva electoralista, sin ignorar que todo lo obrado a partir de esa perspectiva puede ser nada o muy poco si no se cambia rápidamente de rumbo hacia una actividad combativa de masas, enraizada en las preocupaciones y necesidades que la gente tiene. Partiendo de la base de que lo que se necesita es actuar a todos los

niveles en forma armónica y a largo plazo. Aceptando que en un proceso de lucha prolongada hay y habrá necesariamente avances y retrocesos, victorias parciales y derrotas parciales.» (Folleto del 26-1-72.)

respuesta y derrota del foquismo

En cierta manera el MLN —expresión de capas medias radicalizadas y de sectores obreros con disposición combativa— se encontraba aprisionado por la lógica de toda guerrilla urbana de tipo foquista.

A diferencia de lo sucedido con las guerrillas de tipo básicamente rural, en ese momento nuestro partido sostuvo que la guerrilla del MLN no estaba en condiciones de «elevarse a su forma superior, a la constitución de un ejército con características de ejército regular capaz de decidir en el medio urbano, a través de una guerra regular, la victoria militar». Los frustrados intentos de implantar también grupos operativos pequeños en el campo, y los preparativos previos al desencadenamiento de la «guerra» con objetivos de hostigamiento militar más directo, hacen pensar que en los primeros meses de 1972 el MLN encaraba como posible pasar a una etapa de esas características.

A esa altura parece claro que el MLN, empujado por la propia lógica del foquismo, que necesita siempre más acciones y más espectacularidad que arrastren simpatías, sintió la necesidad de pasar a formas de ofensiva militar que relanzaran el duelo foco-gobierno.

Su desvinculación del momento y la evolución real del movimiento de masas —político y sindical— y una clara subestimación de la capacidad de respuesta del régimen, llevaron al rápido fracaso de esas operaciones y a la propia desintegración de su organización.

Habiendo desestimado permanentemente la construcción teórica, como guía para la acción y la labor político organizativa entre la masas obreras y populares, cualidades esenciales de un partido, y careciendo de ese modo de instrumentos de dirección política efectivos de los sectores simpatizantes, el MLN se embarcó en una ofensiva desligada del momento político y la real correlación de fuerza. La ofensiva del 72 objetivamente tuvo un efecto negativo y desacumulador para la lucha revolucionaria, en particular dentro de la clase obrera y de sus sectores más avanzados.

Las operaciones de Soca y Paysandú, y sobre todo las

de abril y mayo de 1972, pretendían dar un salto en calidad en la confrontación, pero objetivamente sirvieron de elemento catalizador para que fuera la ofensiva política reaccionaria —y dentro de ella las FFAA— las que dieran un paso adelante decisivo.

No obstante, como ya lo dijimos en 1972, hoy seguimos pensando que la derrota del MLN es «una grave derrota para la revolución uruguaya. Es una importante batalla perdida. No es, no puede ser, ni será, el fin de la guerra. No es, no puede ser, por supuesto, el fin de la lucha de clases. Esta existe y existirá bajo formas distintas, con niveles distintos en cada momento, en cada etapa, hasta que el sistema se derrumbe. (...) La derrota de hoy no es tampoco el fin de la lucha armada. (...) Lo que no debe perdurar es la concepción errónea que ha predominado hasta ahora en esa materia. Lo que está en crisis —confiemos que definitivamente— es la concepción foquista. Ante tantos compañeros del MLN asesinados, torturados bestialmente, presos, ante toda esa construcción levantada en años, por el esfuerzo de tantos que se jugaron por la revolución, y que hoy parece irse derrumbando, no podemos sentir satisfacción por el hecho de que se cumpla puntualmente lo que previmos hace años. En la medida en que caen por la revolución, esos muertos son nuestros muertos, esos torturados son nuestros torturados. Tan nuestros como los compañeros de nuestra organización que hoy, ahora mismo, están soportando las salvajes torturas, están jugando su vida defendiendo los principios, la vida y la línea de nuestra organización.» (Opinión crítica sobre la experiencia foquista en nuestro país, agosto de 1972.)

se desata la escalada

La declaración del Estado de Guerra Interno y la Ley de Seguridad del Estado (votadas por los dos partidos tradicionales) se constituyeron en instrumentos no sólo contra la acción guerrillera, sino contra todo el movimiento obrero y popular. Ese objetivo estratégico lo tenía planteado claramente la clase dominante desde 1968 y así lo había denunciado nuestro partido y su expresión de masas en ese momento, la Resistencia Obrero Estudiantil (ROE). El Estado de Guerra Interno y la Ley de Seguridad del Estado eran un nuevo instrumento táctico contra todo el pueblo y no sólo contra el MLN, la OPR 33, etc. Por eso nosotros levantamos la consigna «Esta guerra es contra el

pueblo, hoy nos toca y la enfrentamos». En esa óptica, el 23 de agosto del 72, en el teatro Artigas, organizamos el importante acto unitario en que participaron todas las fuerzas de Tendencia y en el que fueron oradores Enrique Erro, Zelmar Michelini, Héctor Rodríguez, Gerardo Gatti, Hugo Cores y un representante del 26 de marzo, y donde se denunció la ofensiva golpista y antipopular en marcha.



FUNSA ocupada exigiendo la libertad de los presos por luchar.

Pero durante todo este trágico año, previo al golpe de febrero de 1973, tanto el FA como particularmente el PC, llevan adelante una táctica enmarcada en la consigna de «Pacificación para el cambio y cambios para la paz».

En ese marco se contiene el nivel de combatividad y de ofensivas tácticas del movimiento obrero y popular, y se busca sistemáticamente un terreno de negociación con las FFAA y con las fuerzas políticas liberales burguesas, propuesta que éstas rechazan obstinadamente.

Ante los miles de presos, y la aplicación generalizada de la tortura por parte de las FFAA en su conjunto, el PC, el PS, el PDC se niegan a comprometer a fondo el movimiento popular en la lucha contra todas las torturas y todos los procesamientos hechos por la Justicia Militar, levantando la consigna restrictiva de «Libertad para los presos sin proceso». Tratando de ganar espacio, únicamente para el trabajo legal, y oscureciendo, de hecho, ante las masas el objetivo antipopular global que impulsaba esa etapa de la represión, se legitimaban indirectamente los instrumentos y métodos represivos contra todas las organizaciones populares armadas y sus simpatizantes, y

se desarmaba a los trabajadores y al pueblo, para el enfrentamiento global e inevitable que se daría entre las FFAA y el conjunto del movimiento popular, en breve plazo.

Ya en 1971, a pocos días de las elecciones, el PC afirmaba que «hay que esperar una dura batalla y un ataque cruel y criminal del enemigo» y que se intensificarían también las tendencias de las «... fuerzas más represivas a 'resolver' la situación, mediante la dictadura de corte fascista». (Discurso de Rodney Arismendi ante el C.C. del P.C.U. el 5-12-71; resumen publicado por **El Popular**.)

Sin embargo, durante todo el período que va de abril de 1972 hasta junio de 1973, el FA, el PC y los sectores que él influye estratégicamente, no consideran que la conducta salvajemente represiva de las FFAA, con mandato legal de las fuerzas políticas burguesas, representaba un jalón significativo en ese avance hacia la dictadura de corte fascista, ni siquiera las consignas que impulsaban en el movimiento popular planteaban con claridad que las FFAA estuvieran hegemonizadas por los sectores más reaccionarios y que su avance hacia el poder se hacía en un contexto que amenazaba no sólo con terminar con el sistema político tradicional, sino que estaba orientado a liquidar las conquistas políticas y sindicales de los trabajadores y las amplias masas populares movilizadas.

Una vez paralizada la acción del MLN, y ante el hecho consumado del avance de los aparatos represivos en el sistema político, era necesario prepararse para enfrentamientos más duros en todos los terrenos. Por supuesto que era necesario profundizar y ampliar aún más las acciones de masas y la lucha legal, mientras existía ese espacio, aunque ésta fuera disminuyendo rápidamente.

Nuestra organización mantuvo ese criterio y, a pesar de los duros golpes represivos que sufrió, participó activamente en todas las movilizaciones de ese período, tanto en el campo obrero, como estudiantil y barrial.

diferentes posturas ante la irrupción militar

Una diferencia central con la táctica mayoritaria en el campo popular en ese momento residía en que denunciábamos el carácter ilusorio de los planteos «moralizadores y nacionalistas» de militares, que organizaban al mismo

tiempo la tortura generalizada a los revolucionarios y a los luchadores sociales, y preparaban el golpe de Estado.

No debemos olvidar que ya en ese período eran los Trabal, los Alvarez, los Cordero, los Gavazzo, los que con una mano planificaban y ejecutaban las torturas y con la otra denunciaban los delitos económicos y defendían las banderas «nacionalistas». Los mismos oficiales que negociaban y «confundían» a los militantes del MLN presos, serían los que impulsarían más adelante los comunicados «4 y 7», y posteriormente la represión contra la Huelga General, el desmantelamiento de los partidos de izquierda, el cierre de la CNT y la intervención de la Universidad. Por eso considerábamos y seguimos considerando que trabajar por la «unidad más amplia de todos los orientales, civiles y militares, religiosos o ateos, para imponer una salida democrática», era un objetivo correcto pero creaba confusión si no se denunciaba, al mismo tiempo, la conducta mayoritaria de las FFAA como cuerpo, y si no se preparaba, con seriedad y sin aventurerismo, para el enfrentamiento en todos los terrenos de la inminente ofensiva aniquiladora de la reacción. La dictadura terrorista, con pretensiones fascistas, ya se había puesto en marcha y el pueblo debía prepararse para enfrentarla. La profunda crisis económica, política e ideológica que enfrentaban las clases dominantes y el avance de las fuerzas populares —a pesar de la derrota del MLN— obligaban a la burguesía a realizar intentos desesperados por mantener la dominación de clase.

«Cerrar el paso al fascismo sigue estando en el centro de la preocupación popular» decía el PC, en septiembre de 1972, lo que era justo. Confiar como táctica de lucha sólo en las movilizaciones y acciones legales, por más amplias que fueran, era ya a esa altura una forma objetiva de debilitar políticamente a los trabajadores y a las fuerzas democráticas, frente a una de las hipótesis posibles: el golpe reaccionario instrumentado por las FFAA, transformadas en el instrumento salvador de la burguesía, políticamente impotente para mantener su dominación.

Por eso nuestro partido impulsa en ese período una intensa movilización, en la que se combina la lucha por salarios y libertades, con la defensa de todos los presos políticos, la prédica y la práctica de formas de lucha que combinen la acción legal e ilegal, pacífica y violenta. Coordinando con otras fuerzas de la Tendencia y la Corriente, a partir del 4 de agosto de 1972, debimos enfrentar ataques duros y desleales de las direcciones mayoritarias que intentaron presentarnos como provocadores extra-

ños a la clase obrera. La maniobra fracasó, pero la hegemonía de esas posiciones fue preparando los errores cometidos en febrero de 1973, y la debilidad posterior del campo popular durante la huelga general de junio y julio.

Una vez más nuestras propias limitaciones teórico-políticas, nuestros errores en instrumentar la acumulación política global (de nuestros planteos y nuestra acción), mediante la consolidación del partido revolucionario, las carencias de nuestro planteo político-militar, que se analizarán en el capítulo 4, nos impiden actuar eficazmente para revertir la situación interna del movimiento popular, y nos hacen corresponsables de los retrocesos y la debilidad posterior con que éste enfrentará la ofensiva dictatorial de 1973 y los años siguientes.

Como decíamos en una de las Tesis aprobadas en el Congreso de 1975: «En el marco del telón de fondo de una crisis económica implacable, es la resistencia obrera y popular la que está en la base de las crisis políticas que en octubre de 1972, febrero y junio de 1973, conmovieron la estructura institucional del país. Al impedir a los sectores dominantes alcanzar plenamente sus objetivos, la resistencia popular llevó al régimen a quebrar sus propias leyes de juego, al mismo tiempo que hizo aflorar las contradicciones entre los mandos militares y los políticos burgueses.» «A medida que avanza el proceso de deterioro económico y político del sistema, se fue fisurando la imagen y la relación entre grandes sectores de la oficialidad y sectores civiles abiertamente incursores en la corrupción política y económica. Cada día más y más sectores de la oficialidad comenzaban a darse cuenta que dichos círculos de privilegio los impulsaban a la lucha contra la 'subversión' a riesgo de sus propias vidas y con deterioro de su imagen, pero cuando las FFAA eran denunciadas por torturas (...) esos sectores civiles pretendían seguir reteniendo sus privilegios. El primer puesto que ocupaban las FFAA en la 'defensa del orden' no estaba recompensado por el mismo puesto decisivo en la conducción política (...).»

«El universo ideológico del que forman parte, propio de la imagen burguesa del mundo, se alejaba cada vez más de la ideología burguesa típicamente liberal de los periodos anteriores. Los 'políticos civiles' y su corrupción, los 'círculos de intereses económicos', así como la 'sedición' y las 'ideas foráneas', fueron el objeto de la cruzada moralizadora y aseguradora del orden y el desarrollo que, según ellos sostenían, solamente 'las FFAA, por su pundonor y su disciplina, podían cumplir'.»

Poco a poco la mayoría de los oficiales —jóvenes y viejos— se fueron autoconvenciendo de la necesidad de «salvar a la Patria», y mientras por un lado atacaban la corrupción de los civiles y su demagogia, frente a los reclamos populares, por otro reprimían y torturaban a los luchadores sociales y a los trabajadores. Es cierto que en la preparación del golpe de Estado las opiniones de los mandos superiores y medios no eran uniformes. Junto a los conocidos gorilas del grupo Aguerondo y Cristi y los arribistas corruptos al estilo Chiappe Pose o Bolentini, deliberaban sectores que percibían algunos de los efectos nefastos para el país de la política pachequista y de Bordaberry, y otros grupos legalistas a ultranza, como los que expresaban el general Martínez y el contralmirante Zorri-lla, e incluso algunos oficiales atraídos por una ideología confusamente progresista.

Sin embargo —como lo señalamos consecuentemente y los hechos lo confirmaron posteriormente— el proceso de avance militar hacia el poder estaba sólidamente encuadrado dentro de una ideología impregnada de mesianismo institucional castrense, que no era progresista sino reaccionaria: era fundamentalmente incompatible con el respeto de las libertades públicas para los sindicatos y las fuerzas políticas y sociales populares y que, más allá de cierta demagogia populista y desarrollista, implicaba en perspectiva la eliminación de las conquistas duramente obtenidas por la lucha popular y más aún, una eliminación de la propia autonomía y existencia de los partidos de izquierda y las organizaciones sindicales.

Por eso, cuando el pronunciamiento de febrero de 1973 y ante los comunicados «4 y 7», refrendados por el acuerdo de Boisso Lanza, sostuvimos que tenía graves efectos desmovilizadores para el movimiento popular proclamar coincidencias objetivas entre algunos puntos de ese programa golpista y el programa de la CNT y el FA, pasando en silencio o menospreciando las graves diferencias «objetivas y subjetivas», con puntos centrales de los objetivos populares: restablecimiento de todas las libertades, libertad de los presos, cese de las torturas, respeto de los derechos sindicales, lucha contra la penetración imperialista, liquidación del capital monopolista, etc.

Es cierto que en ese momento el movimiento obrero y popular estaba a la defensiva —no sólo estratégica sino tácticamente—, en gran parte como resultado inevitable de los repliegues y errores a que lo habían empujado sus direcciones políticas y sindicales. Pero también es cierto que se debilitaba aún más la defensa de las libertades

populares y la apertura de un camino de avance en la lucha contra la burguesía proimperialista y sus fuerzas represivas, si se generaban expectativas e ilusiones exageradas en la supuesta alianza de «todos los orientales honestos, civiles y militares» o afirmando el 13 de febrero que «los hechos ocurridos en estos días han asestado un duro golpe a la política pachequista y el país atraviesa un momento que, mirando en la perspectiva histórica, tiene un signo positivo». (Declaración del Comité Central del PCU, el 13-2-73.)



Boisso Lanza, febrero de 1973: se sella el pacto golpista.

Opuestos a este planteo, decíamos en esos días que «para la clase obrera lo que vale no son las palabras, ni lo discursos, lo que valen son los hechos (...) lo fundamental es tener claro a qué clase pertenecen, a qué intereses de clase responden los integrantes civiles o militares del gobierno (...) lo que aprendimos en años de lucha no lo olvidaremos (...) y mucho hemos aprendido cuando ante los reclamos de los trabajadores se ha contestado con cuarteles, con torturas y asesinatos. Y esto en medio de grandes discursos sobre los intereses nacionales y el patriotismo (...). Por eso (...) si vemos las cosas con criterio de clase y no oportunista, no podemos tener ilusiones en lo que puedan hacer en bien del pueblo los comandos civiles o los comandos militares de la burguesía.» (Compañero, 20-2-73.)

Por eso nos opusimos con firmeza a que la CNT convocara a un «1 de mayo de fiesta», cuando la lucha independiente y firme de la clase obrera contra su enemigo de

clase y los instrumentos del Estado que ella maneja, estaban más a la orden del día que nunca, y cuando ya las FFAA habían expresado sin ninguna ambigüedad su rechazo a las convergencias proclamadas por la CNT (*).

COMPAÑERO

AÑO II Nº 310

Monseñón, martes 12 de febrero de 1973

PRECIO: 8 ¢



SOLO
EL PUEBLO
SALVARA AL
PUEBLO

La clase obrera y el pueblo no pueden alentar ninguna expectativa en que sus intereses vayan a ser defendidos por civiles o militares.

Para los trabajadores el dilema es de hierro.

O nos movilizamos por nuestros, presos, por nuestras libertades, por nuestro salario, y mediante la lucha, pesamos en el conjunto de la situación o asistimos pasivamente a un arreglo que se hará sobre nuestras cabezas.

Pág. 3, 7 y 8

(*) Si bien la CNT reconocía la identidad de sus objetivos con los expresados por las FFAA en sus comunicados 4 y 7, éstas entienden que los caminos preconizados por ambas instituciones son irreconciliables, ya que mientras la CNT recurre para lograr sus conquistas al arbitrio de paros y huelgas, con o sin ocupación de fábricas, que sólo conseguirán comprometer aún más la delicada situación económica y social del país, las FFAA se empeñan para sus fines en forjar la comunidad de todos los orientales en el trabajo, sacrificio y honestidad... (9 de abril de 1973; comunicado de las FFAA en respuesta al planteo de la CNT.)

Por eso nos opusimos a que se embanderara al movimiento popular no sólo en el conflicto secundario Bordaberry-FFAA, sino más globalmente en una actitud de seguimiento objetivo a la tendencia mayoritaria de los mandos militares, supuestamente nacionalistas y progresistas y presuntamente impedida de aplicar el «buen programa» por la acción del «puñado de oligarcas» que siguió rodeando a Bordaberry después del Boisso Lanza.

Era justo afirmar que la contradicción principal no era entre orden y subversión; era justo afirmar que la división principal no pasaba entre civiles y militares, sino entre los intereses de los trabajadores y de las grandes mayorías nacionales, frente a la política antinacional, explotadora y proimperialista de la clase dominante y su dictadura constitucional.

Lo erróneo y confusionista era suponer que esa política oligárquica sólo tenía como sustento y como defensores, a un «puñado» de civiles —en particular en el Poder Ejecutivo— y que las FFAA y su programa de los 4 y 7, estaban mayoritariamente enfrentadas a las líneas fundamentales de esa política.

Lo erróneo y confusionista era suponer que las declaraciones jerarquizando ciertas «coincidencias objetivas» —coincidencias jamás reconocidas por las FFAA— era el camino más adecuado para ahondar las contradicciones militares y arrastrar a un sector de los mandos hacia el campo de la lucha política de signo popular y avanzado.

Ya producido en ese momento el fracaso del foquismo urbano, la estrategia dominante en ese período —impulsada por el reformismo desde el Frente Amplio—, tampoco podía resolver los dos problemas capitales de todo proceso revolucionario: a) debilitar el aparato armado del Estado burgués, separando del mando reaccionario y alineando junto al pueblo a la mayor cantidad posible de soldados y oficiales de las FFAA; b) ir construyendo la fuerza militar propia que, bajo la dirección de la vanguardia política, defienda las conquistas ya alcanzadas por el pueblo y sea capaz de definir la lucha también en el nivel específicamente militar, cuando la confrontación de clase se condensa en ese nivel.

En medio de esa carencia política grave de todo el movimiento popular —que se debe reconocer sin ambigüedades— el análisis que hicieron nuestra organización, algún sector de la «Corriente» del Frente Amplio (como el senador Enrique Erro), y el semanario **Marcha**, de la tendencia principal hacia donde se dirigía el accionar de las FFAA en ese período, fue el más acertado y los hechos posteriores así lo demostraron.

huelga general frente al golpe de Estado

Cuando en la madrugada del 27 de junio de 1973 las FFAA, en acuerdo con Bordaberry, se deciden a cerrar el Parlamento, es claro que no se trata de liquidar el sistema político porque trabe la aplicación de una política más progresista y popular. Tampoco se trata de una medida impuesta a las FFAA y a los sectores cuatrisietistas por el poder de la «rosca encarnada en Bordaberry» (quien a esa altura era sólo un rehén voluntario para tratar de legitimar jurídicamente el golpe gorila y antipopular y estaba muy lejos de ser el enemigo táctico principal) y por la «traición de unos poquitos altos jefes del Ejército», según afirmaba la Comisión de Montevideo de la CNT en su Boletín núm. 6 del 6-7-73.

El golpe marca la culminación de la primera etapa del largo proceso —sin duda conflictivo y lleno de contradicciones secundarias— de instalación de una dictadura que pudiera aplicar la política de reajuste capitalista, y que sustituyera la corrompida e ineficiente élite político burguesa por los cuadros militares, actuando éstos en el marco de la institución FFAA y no como personalidades de extracción castrense.



desde la madrugada del 27 de junio, la clase obrera tomó las fabricas.

Las amplias masas obreras y de asalariados, que habían participado en las duras luchas de esos años lo entendieron inmediatamente y en un rápido y profundo movimiento, comenzaron desde la madrugada del golpe a

ocupar los lugares de trabajo. No para defender las instituciones vaciadas de contenido en los últimos años, ni un Parlamento que había votado todas las leyes represivas contra el pueblo. Tampoco, como decía el Comando central, nombrado para dirigir la huelga, para reclamar «la puesta en práctica de las coincidencias objetivas no concertadas de los comunicados 4 y 7, el programa del pueblo y de la CNT».

Las masas trabajadoras desbordaron rápidamente los titubeos de aquellos dirigentes que durante meses crearon expectativas en una división de la cúpula militar y sostenían en ese momento que las FFAA eran el instrumento involuntario de una decisión que les era impuesta desde afuera (*).



COMPAÑERO

Montevideo, lunes 9 de julio de 1973 Precio 3,00



**Las
banderas
de la libertad
flamean en manos de
la clase trabajadora**

(*) «No saldremos a la calle como enemigos de las FFAA sino para respaldar vuestros propios anhelos defraudados por la dictadura» les decía la CNT a los militares el 7 de julio, en su Boletín de Montevideo núm. 7.

Desde el primer momento nuestro partido apoyó con todas sus fuerzas ese movimiento de fondo de las masas y se opuso a toda interpretación que supusiera afirmar que el golpe no era «gorila y antipopular», ante el cual el Congreso de la CNT se había comprometido a lanzar la huelga general por tiempo indeterminado.

Pero una vez que, junto a la presión que venía de las fábricas, los grupos políticos alineados en la Tendencia apoyaron la consigna de la huelga general, se planteó con toda su crudeza la debilidad estratégica a la que se había conducido al movimiento popular en los años anteriores y, por lo tanto, la imposibilidad de imponer, ya en ese momento, la derrota del plan dictatorial en sus aspectos principales.

A la confusión creciente en amplios sectores por las expectativas sembradas en las FFAA, no sólo en febrero sino durante la propia huelga, se agregaban los efectos negativos de una caracterización errónea de la etapa de la lucha de clases, en que se afirmaba que el movimiento popular estaba a la ofensiva. Como ya dijimos, nuestro partido consideraba la etapa como de resistencia, en la cual la iniciativa la tenía la burguesía monopólica y pro-imperialista, y los mandos reaccionarios de las FFAA.

Durante años habíamos denunciado el callejón sin salida de las formas de «aproximación al poder» que el reformismo y el foquismo impulsaban. Una vez que la ofensiva del enemigo de clase y el enorme espíritu de lucha de los trabajadores se enfrentaban en la calle, condensando en forma dramática el destino político del país, nuestro partido asumió la única actitud política consecuente con sus compromisos: puso todas sus fuerzas para ganar esa batalla, tratando de fijarle objetivos tácticos adecuados a la situación, consciente de que ya no se podía retroceder. De la suerte de ese enfrentamiento dependía en gran parte el futuro de las fuerzas populares y revolucionarias por varios años.

ese saldo no era fatal

Por eso en plena huelga general decíamos en nuestra prensa: «Si la clase obrera es derrotada, el Uruguay será organizado por los brutos ensoberbecidos que hoy redactan los comunicados oficiales.»

«Si la huelga es derrotada, el hambre y la opresión serán llevados a límites inauditos. La lucha continuará pero en condiciones más difíciles.»

«Si la clase obrera es derrotada, si sus organizaciones de clase son divididas y aniquiladas, los límites de la legalidad serán impuestos al antojo de los sectores más reaccionarios de la burguesía.»

«Por eso la huelga debe afirmarse y profundizarse a cualquier precio.»

«El tema ahora es ganar la huelga: evitar que destrocen a las organizaciones sindicales y repriman toda forma de expresión popular. Esta tarea implica hoy darse todos los medios y concentrar todos los esfuerzos para ganar esta huelga; ganar esta huelga para impedir que en nuestro país se instaure una dictadura al estilo brasileño...» (Del folleto «Cara a cara con los enemigos de la libertad y el pueblo», 4-7-73.)

A pesar de la enorme decisión y combatividad de muchos sindicatos, del intenso apoyo solidario de los estudiantes y de las barriadas y del aislamiento político casi total de los golpistas, la ausencia de un empleo más agresivo de la fuerza, la fijación de un objetivo político inadecuado y las indecisiones tácticas de la dirección política y sindical mayoritaria, impidieron obtener resultados más positivos de ese gran movimiento de resistencia. El saldo de la ilegalización de la CNT y de los partidos de izquierda, la destitución de miles de trabajadores, la persecución de militantes y dirigentes, y la entronización sin tapujos de las FFAA en los puestos de mando del aparato estatal, no era un resultado fatal, por lo menos en la forma que adoptó en ese momento.

La convergencia política, producida durante la huelga entre el Frente Amplio y el Partido Nacional (en particular el sector liderado por Wilson Ferreira Aldunate), declarando su apoyo a la lucha de la CNT y levantando, por primera vez, la consigna de una nueva institucionalidad, aunque era positiva (fue apoyada por nosotros —tanto en la prensa propia como en entrevista de uno de nuestros dirigentes con el general Liber Seregni) llegaba demasiado tarde para tener el éxito del golpe. Al mismo tiempo tenía bases demasiado coyunturales como para constituir el fundamento de un frente antidictatorial durable, cosa que demostraron los hechos posteriores.

Mucho más efímeras fueron las manifestaciones opositoras al golpe de sectores políticos colorados, en particular de Jorge Batlle y su grupo, quienes apoyándose en la lucha obrera y popular esperaban durante algunos días que ésta frenara el desborde castrense y les restituyera el control político directo de la política económica reaccionaria.

experiencia central en la formación de la conciencia

Como decía nuestra prensa el 6 de agosto de 1973 en su editorial titulado «La clase obrera, columna vertebral de la resistencia popular»: «El golpe reaccionario del 27 de junio es un hecho decisivo en la lucha de clases en su nivel más importante: el nivel político.

»El golpe que empezó con la disolución del Parlamento, derivó a las pocas horas en un ataque frontal contra el movimiento obrero.

»En pocas horas la clase obrera se puso al frente de toda la resistencia a la dictadura. (...) La defensa de las libertades públicas e individuales, la defensa de los derechos de reunión, de información y de funcionamiento de los partidos políticos, todo quedó en manos de la lucha de la clase obrera. Durante los 15 días de huelga general la vida política del país giró en torno al enfrentamiento entre la dictadura y las fábricas ocupadas...»

Por otra parte, el fuerte componente de espontaneidad táctica en la paralización del trabajo, de la ocupación de los locales y la resistencia a la represión y a la campaña con intención desmoralizadora de la dictadura, expresó el alto grado de conciencia y combatividad, alcanzado por amplios sectores obreros y populares en años de lucha sindical y política.

Por eso en las resoluciones de nuestro Congreso de 1975 decíamos que: «La Huelga General, a pesar de culminar con la derrota de esa batalla, fue la acción política de masas más importante del pueblo uruguayo desde los tiempos de José Artigas. Fue una experiencia central para el pueblo y un mojón central en la formación de la conciencia política revolucionaria de la clase obrera.»

Pero ese reconocimiento de la importancia política de la Huelga General —sobre el cual todas las organizaciones populares hacen acuerdo— no basta. Para que ese punto alto en la lucha de masas sirva para dar un paso cualitativo en el proceso de la revolución uruguayana es necesario profundizar en las causas de su derrota. Es necesario reconocer que en ese momento se condensaron —en forma contradictoria— las virtudes y los defectos acumulados por el movimiento popular y sus vanguardias en los años anteriores.

En primer lugar, el éxito del golpe cívico-militar, la imposibilidad de alcanzar los objetivos de la huelga y sus

consecuencias, representan la derrota política de la estrategia y la táctica, impulsadas por las direcciones predominantes en el campo sindical y político, durante muchos años. Representa el desenlace previsible de una forma de conducir la lucha de clases que dejaba a las masas desarmadas política y militarmente, para enfrentar la ofensiva aniquiladora que el Estado burgués y el imperialismo estaban dispuestos a promover en ese período, no sólo en Uruguay sino también en Chile y Argentina.

En segundo lugar, en todo este período, y en las jornadas de junio-julio de 1973, se evidenció la debilidad política de las organizaciones agrupadas en la Tendencia y de las que, en 1967, habían firmado el Acuerdo de Epoca. Estas se vieron enfrentadas a una situación de ascenso sin precedentes de la lucha de clases, sin que ninguna hubiera resuelto (y en algunos casos sin siquiera haberse planteado) varios de los problemas fundamentales que una organización política revolucionaria debe resolver para lograr sus objetivos: en primer lugar el problema de las formas organizativas, adecuadas para la construcción del partido revolucionario; en segundo lugar el problema de la ideología y el programa del partido, haciendo converger los intereses de los trabajadores y de las capas medias, en una perspectiva revolucionaria que sea una verdadera alternativa nacional; y en tercer lugar los problemas de una estrategia que encuadre a las fuerzas sociales del pueblo según los métodos de lucha y la línea de alianzas adecuada a cada período.

crisis orgánica burguesa sin alternativa revolucionaria

Estábamos en un período de grave crisis orgánica de las clases dominantes, que carecían de un proyecto hegemónico y se veían enfrentadas a la disolución vertiginosa de sus instrumentos políticos tradicionales de dominación.

El proletariado, amplias capas asalariadas no obreras, el estudiantado, la pequeña burguesía intelectual y profesional, se embarcaron más y más en una experiencia de independencia política e ideológica, que traba los intentos reaccionarios y de corte desarrollista burgués, que trataron de imponerse en esos años. Importantes sectores de la burguesía media y de la pequeña burguesía propietaria, expresaban confusamente su descontento ante el papel de víctimas objetivas de la reestructuración económica, que imponía el imperialismo y el capitalismo monopólico

nacional, asociado a éste. La propia muerte del populismo burgués dejaba un saldo contradictorio en el seno del pueblo. Los trabajadores habían conquistado un fuerte sentido de dignidad clasista y demostraban en la lucha que no renunciaban a él.

El gran drama histórico residió en que: por un lado, las direcciones reformistas —incluyendo aquellas de real base obrera como el PC— no pueden romper, por su propia concepción de la lucha de clases, el chaleco de fuerza ideológico construido por la burguesía y sus aparatos jurídico-políticos, durante varias décadas. En medio de una grave crisis de todo el sistema político, entraron en la trampa de la «escalada cívica» (no por haber ido a las elecciones sino por las expectativas con las cuales concurren a esa instancia) y luego contribuyeron a confundir a las masas movilizadas, creando expectativas infundadas en los comunicados 4 y 7 y en el supuesto carácter progresista de sus impulsores.

Y por otro lado, las fuerzas de la Tendencia, incluyendo a nuestro partido, que expresan y canalizan esa rebelión popular y la voluntad de ruptura de los marcos impuestos por el Estado burgués y el reformismo, al proceso de lucha de clases, no logran superar las limitaciones y el atraso de la experiencia revolucionaria en el país y en el continente, y se muestran incapaces de conducir ese potencial acumulado hacia un proceso revolucionario.

Buena parte de los sectores populares movilizados son atraídos políticamente por la estrategia del Frente Amplio y el Partido Comunista (directamente influidos por las expectativas aún abiertas por la experiencia chilena), que se centraba en la posible «aproximación al gobierno y al poder» sin una ruptura del aparato del Estado burgués y excluían de hecho una política ofensiva de masas que rompiera el cerco de las fuerzas reaccionarias en todos los terrenos. La mayoría de los grupos de la Tendencia, tironeados y atraídos por esa línea política (sobre todo en 1971), si bien se plantean —con mayor o menor claridad según los casos— la necesidad de articular las luchas de resistencia y de avances parciales con una estrategia de destrucción y ruptura del Estado y sus aparatos represivos, no llegan a resolver los problemas centrales que permitirían vanguardizar y orientar la lucha de masas, fuera del vendaval electoralista que se vivía) y estructurar así una fuerza política revolucionaria con perspectiva de victoria.

Nuestro partido y la Resistencia Obrero Estudiantil (en su nivel específico de acción), tuvieron una intensa y sostenida participación en los 15 días de la huelga. Los

medios sociales 'y en particular sindicales' en los que teníamos más incidencia estuvieron a la vanguardia de la lucha y mantuvieron su combatividad hasta el último día de la huelga. En dos ocasiones nuestros dirigentes tuvieron que rechazar la burda maniobra de los militares, que querían utilizar nuestra condición de opositores a la conducción mayoritaria del conflicto para tratar de pactar con nosotros y dividir la CNT, echando mano al argumento de que nosotros «éramos patriotas como ellos».

1973: cuatro obstáculos para la conformación de un frente antidictatorial

En el plano político, ya durante la huelga y también posteriormente, levantamos la bandera de la creación de un Frente Nacional de Resistencia, a fin de agrupar a todas las fuerzas dispuestas a luchar contra la dictadura que permitiera converger políticamente a la gran mayoría de uruguayos opuestos al golpe cívico-militar y su proyecto antipopular y antinacional.

En medio de una lucha clandestina intensa contra el nuevo régimen, por la cual debimos pagar un alto precio en militantes muertos, presos y desaparecidos, hemos seguido impulsando hasta hoy esa propuesta, la que fue confirmada por nuestro Congreso en julio de 1975 y por nuestra Conferencia Nacional Extraordinaria de noviembre de 1977.

Si la concreción de ese amplio frente antidictatorial debió enfrentar tantos escollos en los años inmediatos posteriores al golpe de Estado, se debe fundamentalmente a tres factores básicos:

1) El cambio de actitud del Partido Nacional, que pasada la huelga da marcha atrás respecto a sus declaraciones anteriores y prefiere mantener durante varios años una actitud opositora pero expectante, sin movilizar sus bases y sin impulsar una política de frente antidictatorial con las fuerzas de izquierda.

2) El desfibramiento del Frente Amplio, como alternativa política concreta de las fuerzas populares, en la nueva fase abierta por el golpe, en el avance de la dictadura. En parte por la acción de la represión, pero sobre todo por su desorientación política y su incapacidad para definir claramente una línea de resistencia en el interior del país, que canalizara con eficacia a las fuerzas que habían aglutinado en años anteriores.

3) La desarticulación de hecho de varios grupos políticos de la izquierda. En algunos casos, como el MLN, la represión los golpeó masivamente y no lograron reconstituirse como fuerza política con una dirección capaz de movilizar y organizar la resistencia activa a la dictadura. Otros grupos menores dejaron prácticamente de funcionar y sus expresiones episódicas —sobre todo en el exterior— no constituyeron un aporte significativo en relación a las inmensas tareas que enfrentaba el movimiento de resistencia.

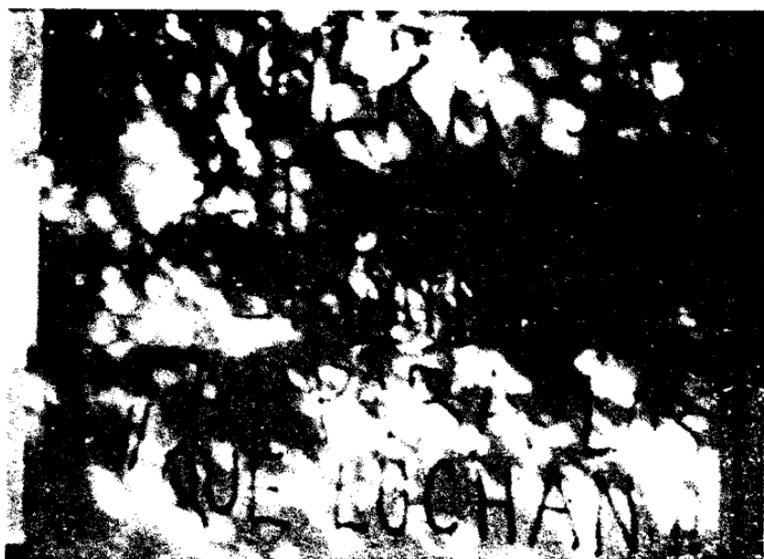
4) Las expectativas en una salida cívico-militar negociada, que mantuvo el Partido Comunista hasta por lo menos mediados de 1974, dificultaron los esfuerzos para crear un frente antidictatorial.

5) En el caso de la Democracia Cristiana —de naturaleza netamente distinta al anterior— estas expectativas tienen un carácter más estratégico y durable y se unen a una firme decisión política de «desensillar hasta que aclare» y no arriesgar su aparato y sus militantes en la lucha contra la dictadura.

En un plano más global, si la amplitud y la profundidad de la represión terrorista luego del golpe explican una parte de la desarticulación de las fuerzas populares a nivel social, ideológico y político, ésta se vio objetivamente favorecida por la paralización casi inmediata del Frente Amplio, que no logró adaptarse a las nuevas condiciones de la lucha de clases y dejó sin conducción efectiva a los sectores de masas que se reconocían en él.

Y como fenómeno social más profundo, en el período post-golpe se produjo un repliegue de la lucha activa de amplios sectores de las capas medias, que anteriormente habían avanzado en el camino de la unidad con la clase obrera y luchado activamente contra la dictadura constitucional. Ante la magnitud de la derrota y la frustración de las expectativas mantenidas por el Frente Amplio, esa desacumulación brusca en el campo popular, dejó a la clase obrera prácticamente sola en la resistencia activa a la dictadura. En una primera etapa aún estaba encuadrada la lucha por el trabajo clandestino de las direcciones sindicales y la CNT y posteriormente en forma más desarticulada y semi-espontánea, en muchos casos.

La gran mayoría de los movimientos y partidos de izquierda pasan a un receso de hecho; sobre todo desde mediados de 1974, momento en que la represión ya ha



logrado una parte importante de sus objetivos desorganizadores del campo popular.

Durante 1974 y 1975 nuestro partido va reorganizando sus fuerzas en la clandestinidad y mantiene con continuidad la prédica antidictatorial y de apoyo a las reivindicaciones de los trabajadores, a través de volantes, manifiestos y periódicos, en particular **En pocas palabras** y el **Boletín de la Resistencia**.

nuestro congreso de 1975 y el plan de acción posterior

Para nuestro partido toda la experiencia de lucha de masas en el período 1967-1973 y, en particular, la derrota de la Huelga General, fueron motivo de un intenso proceso de discusión y debate sobre su accionar en esos años.

Confirmado el acierto de varias de nuestras previsiones estratégicas fundamentales, importaba profundizar las carencias políticas, organizativas y teóricas que se habían manifestado en nuestro trabajo y que, ligadas a los errores del conjunto de las fuerzas de intención revolucionaria, formaban parte de las causas generales de esa derrota de la clase obrera y del campo del pueblo.

Manteniendo una activa labor de agitación y organización resistente y de propaganda antidictatorial, se decide convocar y preparar un congreso clandestino que hiciera un balance de lo actuado y definiera la estrategia general y el programa político a llevar adelante en toda la etapa de resistencia.

En un período de desorientación, desorganización o pasividad de la mayoría de los grupos políticos de izquierda, y estando el partido debilitado por los golpes represivos, el Congreso de 1975 representó un jalón importante en la maduración de nuestra organización y un salto cualitativo sobre los errores y carencias del período anterior.

En él se critica: la debilidad anterior de nuestro programa, nuestra prédica y nuestro accionar político global; la desproporción entre nuestro esfuerzo militante y la reducida acumulación e influencia estable entre las masas; la carencia de una política clara de alianzas y de un trabajo consecuente hacia las capas medias; el carácter exageradamente sindicalista de nuestros planteos y la presencia de desviaciones practicistas y metodologistas en nuestro accionar; por fin, el atraso en la resolución y colectivización de los principales problemas teórico-políticos que un partido revolucionario debía superar, para ofrecer una perspectiva de victoria a los trabajadores.

Definiendo como prioritaria la tarea de rearme del movimiento popular, teniendo éste como columna vertebral a la clase obrera, el Congreso asigna al partido la tarea de construir un centro político nacional capaz de promover, coordinar y dirigir las luchas de resistencia a la dictadura cívico-militar y de defender los intereses estratégicos de la clase obrera y sus aliados en la lucha por el socialismo en el Uruguay.

Haciendo un balance de la derrota popular ante el avance de la contrarrevolución y recogiendo su propia experiencia y la de otros partidos revolucionarios, el partido afirma la necesidad estratégica de combinar los métodos pacíficos y violentos, legales e ilegales, en la lucha antidictatorial y en el avance hacia una victoria definitiva sobre la burguesía uruguaya y sus aliados imperialistas.

Considerando que la caída de la dictadura es el objetivo inmediato y prioritario de las fuerzas populares, el Congreso reafirma la consigna que llama a trabajar por la constitución del más amplio frente nacional de resistencia y elabora un programa a levantar en la etapa de resistencia, abierto a los fines estratégicos de la clase obrera.

Previendo las maniobras de recauchutaje del régimen dictatorial, levanta la consigna de la formación de un Gobierno Provisorio con todas las fuerzas resistentes, y la convocatoria de una Asamblea Constituyente que sienta las bases de una nueva institucionalidad.

Por fin se define un importante Plan de Acción táctico para la etapa y se adopta el nombre de Partido por la Victoria del Pueblo, recogiendo y dando continuidad histórica a nuestra larga lucha en el seno de la clase obrera y el pueblo uruguayo.

Enriquecido con la experiencia de su trabajo en el seno de la clase obrera y de los sectores más combativos del pueblo uruguayo, fortalecido con la realización del Congreso, y consciente de su responsabilidad histórica, nuestro partido se propuso dar continuidad al proceso de lucha revolucionaria y resistente, y convocó a cientos de cuadros y militantes de distintas fuerzas, que se encontraban sin dirección política y sin marco organizado donde canalizar la voluntad de lucha.

Contando con ese caudal nuevo de militancia, nuestro partido realiza un importante esfuerzo organizativo y desarrolla las bases materiales que le permiten dar los primeros pasos de una fase de ofensiva táctica contra la dictadura.

Es el momento en que el régimen decide profundizar su ofensiva terrorista y asesta duros golpes al PC y a nuestros militantes, tanto en Uruguay como en Argentina. Es el momento de los comandos internacionales de la OCOA, del asesinato de Telba Juárez, Michelini, Gutiérrez Ruiz, Whitelaw y Barredo; del secuestro de nuestro secretario general Gerardo Gatti, de León Duarte y de gran cantidad de nuestros cuadros y militantes.

La impunidad relativa de ese terrorismo de Estado, el debilitamiento de otras fuerzas resistentes, el abstencionismo militante de fuerzas como la Democracia Cristiana, la actitud expectante de ese período del Partido Nacional, la desunión en el campo de la oposición y errores importantes en nuestra manera de encarar la lucha, configuran una situación en que nuestro esfuerzo queda exageradamente expuesto y aislado y otorga a los golpes represivos que recibíamos un carácter aun más grave.

De esa forma, 1977 fue para el PVP un año de pelea desigual contra la ofensiva dictatorial, un año de preservación de fuerzas, de intensa solidaridad con los compañeros presos y desaparecidos, y de afanosa denuncia de los crímenes de la dictadura.

Pero fue también un año de arduo y difícil balance autocrítico, de reconstitución de fuerzas en el seno de la clase obrera, de retome de la labor agitativa y de contra-información, de toma de iniciativas políticas unitarias, en el campo de la oposición, buscando dar nueva vida a los esfuerzos encaminados a la creación de un amplio frente antidictatorial.

cuarta parte

UNA AUTOCRITICA PARA AVANZAR

la continuidad revolucionaria del partido

En medio de la grave crisis del movimiento popular y de nuestro partido, comprendimos que era una exigencia imperiosa evitar la táctica del avestruz. Había que enfrentar con honestidad y seriedad revolucionarias el análisis de las principales carencias y errores que hicieron posible los avances contrarrevolucionarios de los últimos años. Esa es una tarea que debía y deben realizar todas las fuerzas populares, y como tal, nuestro partido comenzó con su propia autocrítica. Ese fue el sentido de nuestra reflexión, que culminó con la Conferencia Extraordinaria de noviembre de 1977 que aprobó tres documentos básicos y estrechamente relacionados entre sí por la misma lógica de análisis: **Balance autocrítico, Análisis de la situación nacional y Lineamientos generales de la táctica.**

En la tercera parte de este documento, presentamos las líneas generales de balance sobre el período de lucha de clases, abierto con la crisis de 1968. Hemos señalado a la vez, los errores y limitaciones de las concepciones de los grupos que actuaron con una actitud combativa e intención revolucionaria, expresando los sentimientos de amplísimos sectores del pueblo, ante la profundidad de la crisis y el avance de la ofensiva reaccionaria.

Ahora nos detendremos con más detalle en el análisis de los elementos rectores de nuestros propios errores, que están en la base del fracaso del plan de acción definido en el Congreso de 1975, e incluso anteriormente, en nuestras propias limitaciones políticas del período 1968-73. Se trataba de un balance impuesto por la gravedad de los golpes sufridos en el año 1976 y por la necesidad de aprender de nuestros errores para seguir avanzando. Nos motivaba además la impostergable explicación pública que el partido debía ofrecer no sólo a sus militantes sino también a sus círculos de influencia y al conjunto de luchadores de nuestro pueblo que vieron derrotado un intento serio y responsable de acumulación de fuerzas, para enfrentar organizadamente a la dictadura. Y que vieron además pos-

tergado un paso fundamental en la tarea de reconstrucción de la unidad política de los sectores de intención revolucionaria y de apertura hacia una perspectiva orgánica de masas, para asegurar avances sustanciales en la lucha por el socialismo.

Se trata de una tarea autocrítica que realizamos asumiendo todas nuestras responsabilidades, es decir, desde la óptica de un partido revolucionario, que debe sacar enseñanzas de sus derrotas y de las del conjunto del movimiento, para reconquistar su capacidad de apoyar, coordinar y orientar la lucha popular. Desde la óptica de un partido que asume la totalidad de sus compromisos con el pueblo, que no pretende mirar desde fuera los éxitos y derrotas de los demás y que mira más allá de sus propias necesidades organizativas. Que considera como propias las derrotas del conjunto del movimiento popular, así como las de los miles y miles de luchadores no organizados, protagonistas de múltiples luchas resistentes en los últimos años.

La autocrítica se hacía necesaria porque comprendimos que los aciertos de nuestra trayectoria, que nos han ganado el respeto de importantes sectores de nuestro pueblo, han convivido con errores políticos de fondo. Las consecuencias de esos errores no fueron solamente los golpes represivos que sufrimos en los últimos años; lo más dramático es su enorme importancia frente a las exigencias objetivas que planteaba el ascenso de la lucha de clases en nuestro país. Es por eso que asumimos nuestra parte de responsabilidad en la derrota transitoria del movimiento popular en estos últimos años. Y, en un mismo acto, continuamos nuestro compromiso con las luchas de nuestro pueblo, contra la dictadura, por el socialismo y la libertad, superando las voces derrotistas que se levantaron en algunos sectores en este periodo difícil.

Nuestra autocrítica y nuestro trabajo actual están profundamente consustanciados con el esfuerzo de cientos y cientos de militantes de nuestra organización, en todas las épocas, que con su seriedad y fervor revolucionario supieron ir forjando, como partido al servicio de los intereses fundamentales de la clase obrera y el pueblo trabajador. Sin el esfuerzo de ellos —en el acierto o en el error— este partido no existiría y nuestra voluntad de lucha hoy tendría muchísimas menos posibilidades de transformarse en el motor eficaz para el rearme del movimiento popular y de sus sectores de vanguardia.

TELBA JUAREZ

secuestrada por comandos conjuntos
de las fuerzas represivas del Río de la Plata.
Su cadáver acribillado a balazos,
aparece en el barrio de Barracas, Buenos Aires,
el 19 de abril de 1976





GILBERTO COGLHAN

asesinado en la tortura
en el cuartel de Peñarol, el 19 de diciembre de 1973.

- **OLIVAR CAUSADE**
se suicidó antes de que las Fuerzas Conjuntas logaran detenerle.
- **HEBER NIETO**
asesinado por la policía
cuando participaba en un piquete de solidaridad.
- **GERARDO DE AVILA**
murió a consecuencia de la brutales torturas recibidas.
- **WILMAR MARTINEZ DURA**
caído en un enfrentamiento en 1972.
- **IVAN MORALES**
el 22 de noviembre de 1974,
las Fuerzas Conjuntas entregan su cadáver
desfigurado por la tortura.
- **JACINTO FERREIRA Y JUAN CARLOS BERRIEL**
hasta el final en filas de la resistencia.

**Todos, compañeros de nuestro partido.
En ellos recordamos a todos los que en el Uruguay
han caído luchando por el socialismo y la libertad.**



ARY CABRERA



GUSTAVO INZAURREALDE



NELSON SANTANA



ELENA QUINTEROS

al igual que ellos, decenas de compañeros de nuestro partido han sido secuestrados en Uruguay, Paraguay y Argentina. En todo el mundo, la lucha por encontrarlos no se detendrá.



IVONNE TRIAS



SERGIO LOPEZ BURGOS



ALFREDO PAREJA



ASILU MACEIRO



SARA RITA MENDEZ



RICARDO GIL



RAUL CARIBONI



HECTOR ROMERO

son compañeras y compañeros de distintas generaciones, de diferentes extracciones sociales, de diversos orígenes políticos. Todos, volcaron sus esfuerzos en la construcción de nuestro partido. Hoy, en el campo de concentración en donde la dictadura los tenga presos, son ejemplo de dignidad, constancia y coraje.

Los avances realizados en este proceso de autocrítica y superación se basan en la experiencia teórica y práctica del movimiento obrero y revolucionario, en particular los últimos 15 años de lucha en América Latina, Asia y África. Son avances políticos que nuestra organización ha realizado, apoyándose en su historia de lucha obrera y popular y especialmente en sus aportes hacia la forja de un partido político, capaz de dar orientación y continuidad a la lucha contra la dictadura, contra el imperialismo y por los objetivos obreros y socialistas. Respeto profundo, pues, por nuestro pasado. Y más aun que el simple respeto, rescate irrenunciable de las virtudes acumuladas por nuestro partido en estos años de intensa entrega a la lucha por los intereses populares:

a) El esfuerzo consecuente y sin fisuras por unir en todo momento la lucha por los intereses inmediatos de los trabajadores, con el objetivo estratégico de la construcción del socialismo como única solución a la explotación y dominación de clase, que impone la burguesía y el imperialismo en nuestro país.

b) La permanente certeza de que en ese largo proceso revolucionario, la clase obrera debe ser la fuerza dirigente del amplio bloque de capas populares que van construyendo su propio poder, incluso en un país como el Uruguay donde los sectores de la pequeña burguesía y las diversas capas medias ocupan un lugar tan importante en la estructura social y en el sistema político.

c) La larga e intensa labor en el seno de la clase obrera, el apoyo o la dirección constante de sus luchas, la defensa permanente de su autonomía política y sindical y el largo esfuerzo por su unidad orgánica en la CNT.

d) La defensa teórica y práctica de la necesidad de la acción armada como herramienta imprescindible no solo de la autodefensa popular, sino como componente decisivo —más allá de sus formas tácticas cambiantes— en el proceso de eliminación definitiva de la dominación burguesa, incluso en un país de largá tradición de «democracia representativa» como el nuestro.

e) La voluntad constante de definir su propia práctica, y la de los sectores sociales que él influenciaba, con un contenido revolucionario en ruptura con las orientaciones reformistas facilitadas por el carácter del sistema político ideológico uruguayo y alimentadas por la línea política de las fuerzas mayoritarias en el seno del campo popular.

f) Haber sabido distinguir siempre la necesidad de la lucha político-ideológica contra el reformismo (burgués o de base obrera), de la necesaria acumulación de fuerzas en el seno del pueblo; aplicando la consigna de «unidad y lucha», polemizando ideológica y tácticamente, sin crear divisionismos paralizantes.

g) Haber levantado desde el comienzo los objetivos revolucionarios que, para el continente y nuestro país, puso al día la Revolución Cubana, impulsando constantemente la convergencia de las fuerzas que se inspiraban en esa experiencia victoriosa.

h) Haber avanzado pasos en el difícil camino de la construcción de un partido revolucionario socialista, planteándolo desde hace muchos años como instrumento imprescindible para la victoria popular, frente a las tendencias espontaneístas, sindicalistas y foquistas, que atraían grandes sectores de trabajadores y de la pequeña burguesía.

i) La defensa constante del protagonismo obrero y popular en el proceso de lucha contra el imperialismo y de construcción del socialismo, negándose a considerar como válida la ecuación que durante años muchos movimientos socialistas consideraban como intocable: «estalinismo = socialismo», con su secuela de burocratismo y represión contra el pueblo.

j) Y finalmente, el consecuente y sacrificado esfuerzo político por defender los intereses del pueblo y de la clase obrera en las más difíciles circunstancias, en particular durante los años más duros de la dictadura, cuando gran parte de las fuerzas políticas habían cesado su resistencia o estaban desarticuladas.

analizar a fondo algunas concepciones básicas

Estos elementos centrales de nuestra trayectoria habían sido recogidos en las resoluciones del Congreso de 1975, e inspiraban el plan de acción que allí se elaboró. Porque ese plan de acción fue derrotado su reflexión autocrítica debía partir de lo actuado por el partido durante y después del Congreso. En primer lugar porque éste representa un salto cualitativo en la resolución de una serie de carencias políticas, teóricas y organizativas, del estilo de forja interna y dirección, que se habían constatado en múltiples ocasiones anteriores. En segundo lugar,

porque los golpes políticos y militares que sufrimos en el 76 constituyen un resumen de los límites que enfrentaba el partido para superar los errores y carencias que él mismo constataba, y para abocarse certeramente a la resolución de las tareas imperiosas que planteaba el rearme en esos momentos.

Si tenemos en cuenta la calidad del esfuerzo realizado, la experiencia de los militantes que participaron en el Congreso, la percepción de la amenaza represiva, la exigencia manifiesta de actuar con perspectivas de largo plazo, era imposible contentarnos con la enumeración de una serie de errores conspirativos y organizativos. Esta lista debía hacerse, pero no bastaba. Lo principal era buscar una explicación globalizadora que ordenara jerarquizadamente los factores rectores que causan esos errores tácticos. Es a ese nivel de análisis —que no excluye la consideración de diversos factores coyunturales— que consideramos que las razones fundamentales de nuestra derrota de 1976 deben buscarse en algunas de las concepciones básicas del partido, y que ellas atañen a ciertos aspectos de la médula misma de su génesis y desarrollo teórico político, no sólo pues en el último período, sino en toda su trayectoria.

Ese intento de ir al fondo de nuestros errores se hace complejo, en la medida en que éstos existen y se desarrollaron durante muchos años, ligados a un conjunto de aciertos tácticos y estratégicos y una empeñada voluntad de lucha, que están en la base de nuestra continuidad histórica. En ese sentido sería equivocado pensar que buscar el hilo conductor de nuestras limitaciones y errores, significa poner todo en cuestión, renegar de los aspectos centrales que constituyen nuestro aporte histórico a la lucha revolucionaria de la clase obrera y el pueblo uruguayo.

En la crítica de lo actuado por el partido hasta 1976 es necesario referirse a ciertos elementos que condicionaban las propias posibilidades de superación exitosa de nuestras carencias en ese etapa, y en el plan de acción que luego se implementó. Nos referimos a las condiciones históricas concretas de ese período de la lucha de clases, en Uruguay y en el continente, y su influencia sobre buena parte del movimiento obrero y popular:

a) El importante retraso teórico-político de las organizaciones populares y de intención revolucionaria, que marchan muchas veces detrás de su propia práctica política.

b) Una percepción errónea (bastante generalizada en el seno de la izquierda) de las condiciones que hicieron posible la victoria y la afirmación de la Revolución Cubana. Por un lado la no visualización clara de la necesidad del partido, y de su rol específico en la conducción del proceso revolucionario. Esta confusión es uno de los aspectos de la debilidad teórica que está en la base de los graves errores cometidos por numerosos movimientos guerrilleros latinoamericanos. La negación del rol del partido ha ido casi siempre acompañada, en estos casos, por el menosprecio del trabajo político a realizar entre las masas, para elevar a través de su experiencia el nivel de conciencia y organización.

Estas circunstancias históricas concretas no pueden perderse de vista cuando se trata de comprender nuestros intentos de superar limitaciones y errores, constatados tempranamente. Tenemos presente el contexto para comprender su influencia, lo cual no significa ser indulgentes, o negarnos a ver que las causas centrales son nuestros propios errores.

los ejes de la autocrítica

En noviembre de 1977 realizamos una Conferencia Extraordinaria con los representantes de todos los frentes de trabajo. En un ámbito de discusión democrática, y de respeto a la organicidad y disciplina partidaria, consideramos que los ejes fundamentales que explican los errores y limitaciones de nuestro trabajo en los últimos años, y en particular en el plan del año 1976, fueron:

- Nuestra indefinición teórico-política, que en nombre de la evolución de una síntesis teórica propia, original, nos privó de hacer un uso fecundo y sistemático del método de análisis marxista. Como consecuencia importante, privó al conjunto de los militantes de dirección, intermedios y de base, de una utilización creadora de la teoría, a través de su aplicación permanente y organizada al conjunto de su práctica, en todos los sectores y frentes de trabajo
- El segundo elemento rector es la visión parcial, incompleta y en definitiva equivocada de la escena y el accionar político, en tanto pretendemos no

sólo defender los intereses inmediatos de los trabajadores, sino avanzar junto con las clases y capas potencialmente aliadas, hacia la derrota política definitiva de la dominación capitalista en nuestro país.

Ambos elementos rectores están profundamente interrelacionados. En el caso de nuestro partido, las limitaciones en el accionar político son en gran medida un elemento subordinado a las trabas e insuficiencias, muchas veces constatadas, aunque nunca resueltas en cuanto a la orientación teórico-política. Es así como, nacidos como organización a partir de la evolución de un grupo de compañeros de extracción anarquista (luego de un período de predominio mundial y regional de partidos socialdemócratas o burocrático-estalinistas autodefinidos marxistas) nuestra práctica de intención revolucionaria quedó por un largo tiempo marcada por elementos finalistas, practicistas e incluso de tipo obrerista, propios de esa corriente ideológica y de otros movimientos.

Fue sobre todo nuestra participación intensa y constante en las luchas de los trabajadores, contrastada por la dificultad para acumular cuadros e influencia estable y organizada de masas, en la perspectiva revolucionaria, la que nos hizo tomar conciencia repetidas veces de aquellas limitaciones e intentar resolverlas. Pero, en ese proceso de avances —regido por la experiencia práctica inmediata— el papel de la teoría revolucionaria y el uso sistemático del método de análisis marxista ocupaban en el partido un papel secundario y se desarrollaron de una forma que impidieron llevar adelante una autocrítica efectivamente rectificadora.

limitaciones en el plano teórico-político

Varias veces en su trayectoria, así como en el Congreso de 1975, el partido había reconocido sus desviaciones practicistas y su retraso en el plano teórico político. Pero los intentos hechos para superar esas carencias tenían un tope objetivo en la forma en cómo se las ligaba con las insuficiencias también apreciadas en la estrategia y la táctica, durante varios períodos de su largo accionar junto a las luchas populares. El no haber percibido el lazo profundo entre las limitaciones de su accionar político y

el retraso teórico-político, postergó objetivamente las posibilidades de reproducción cualitativa y cuantitativa del partido y por lo tanto su influencia en el curso de la lucha de clases.

Habiendo superado la tentación del espontaneísmo y el foquismo, la fuerte tradición empirista (sobrestimación de la experiencia práctica inmediata como fuente de conocimiento científico) impedía dar los pasos teóricos necesarios para elevar la justeza de nuestra práctica política. En ello incidió no solamente la voluntad de evitar el camino infecundo del mecanicismo y teoricismo de tantos grupos «marxistas» uruguayos y latinoamericanos, sino también la sobrevivencia (a menudo más implícita que explícita) de elementos teórico-políticos heredados de la corriente anarco-sindicalista, a pesar de que hacía muchos años que nuestra práctica y nuestro pensamiento teórico había roto con muchos ejes fundamentales de esa corriente. En ese sentido puede decirse que el tope al que se enfrentaba nuestro avance político no sólo provenía de la influencia del contexto histórico uruguayo y regional, sino también de la sobrevivencia más o menos explícita de diversos resabios de inspiración anarquista o anarco-sindicalista; la constante tendencia a recaer en alguna variante del sindicalismo; nuestra prédica a menudo excesivamente finalista y estrategista que expresa el retraso en levantar plataformas y propuestas políticas globales, para incidir en el proceso político concreto del país; el escaso trabajo político e ideológico entre las capas no proletarias del pueblo y en la búsqueda de una alianza social y política de la clase obrera con las otras capas explotadas; el uso de un tipo de acción violenta ligado a menudo más a las exigencias de conflictos sociales parciales que a las condiciones políticas globales del proceso de lucha de clases en curso.

Muchos de estos factores incidieron sobre los errores del plan de acción, implementado en 1976, mostrando en una coyuntura particular, de qué manera las limitaciones teórico-políticas inducían a una línea táctica errónea. De esa forma cometimos errores graves de evaluación del enemigo, nos vimos impedidos de instrumentar una táctica política precisa, que atacara sus puntos débiles y que adecuara la línea y las tareas del partido al carácter necesariamente prolongado de la lucha y a la lentitud de los avances posibles, durante ese período determinado.

El partido hace una constatación justa al afirmar que en el período más feroz de la dictadura las fuerzas revolucionarias debían legitimarse como las mejores comba-

tientes contra el régimen. Sin embargo, al concebir esa acción del partido como basado en sus propias fuerzas, y pretender por medio de la acción de su aparato producir una ruptura que abriera espacio a la rebeldía popular, estábamos limitando la preparación y desarrollo de la resistencia, básicamente a las posibilidades de éxito en el plano conspirativo del aparato del partido. En esa propuesta dejamos en un plano secundario las alianzas con otras fuerzas de la oposición, alianzas que debíamos buscar más intensamente, pese a las objetivas diferencias tácticas que teníamos con ellas, a la reticencia de muchas a accionar en esa coyuntura concreta, y al debilitamiento o desarticulación de una buena parte de las organizaciones populares que actuaban hasta 1978.

La larga reticencia a utilizar la teoría y el método marxistas retrasó objetivamente nuestro avance propiamente político y no sólo teórico. Conscientes de la importancia de preservar la independencia política del partido, y de salvaguardar su creatividad teórica, intentamos resolver esos problemas por un camino inadecuado. Nos vimos así llevados a llenar ese vacío teórico con un infructuoso intento de construir una síntesis teórica original: «Sistematizar las experiencias del movimiento obrero y popular de nuestro país, América y el mundo y los aportes ideológicos y teóricos ... tanto de aquellos, que de una forma u otra han influido en la trayectoria del partido, como los que aportan elementos útiles para la resolución de temas que el partido tiene hoy planteados.» (Extracto de la Tesis Teórico-Ideológica aprobada en el Congreso de 1975.)

Nuestro intenso activismo combativo, al no estar suficientemente orientado por una teoría adecuada y un análisis científico afinado de la sociedad uruguaya y el desarrollo concreto de la lucha de clases en todos sus niveles, nos dificultó encontrar el camino de una efectiva acumulación de fuerzas.

Es indudable que una parte del escepticismo del partido frente al uso del marxismo provenía de los efectos perniciosos, tanto del esquematismo estalinista como de la presencia en nuestro país de grupos intelectuales que transitaron el camino de la charlatanería inconducente, de la deformación dogmática del marxismo, del ultraizquierdismo, y del desarraigo de la lucha de clases en Uruguay.

Podrían algunos pensar que el hecho de referirnos explícitamente al pensamiento marxista y adoptar su método de análisis resolverá como por encanto nuestras limitaciones políticas y todas las dificultades para avanzar

hacia la revolución. Con ello cometen el error fundamental de confundir lo que es una condición necesaria con una condición suficiente. La conjunción siempre única de una práctica transformadora con el estudio científico del proceso social es algo que no se resuelve por decreto, ni abrazando una etiqueta. El trágico fracaso de tantos movimientos latinoamericanos de inspiración revolucionaria, y la situación hacia la cual han evolucionado algunos estados que se reclaman del marxismo, bastaría por sí sola para evitar caer en ese engaño.

Además de estos factores históricos, están los elementos propiamente teóricos, que indican que el marxismo —como toda disciplina científica— no puede sino estar en «crisis» y desarrollo permanente, pues debe reexaminar continuamente su análisis para ajustar la crítica y la transformación de una sociedad en permanente evolución. En realidad se trata de una tarea creadora, profundamente ligada a la práctica revolucionaria, que nada tiene que ver con la aplicación mecánica de una supuesta ortodoxia, la que por otra parte siempre fue cuestionada por los que han realizado verdaderos aportes a su desarrollo (Lenin, Mao, Rosa Luxemburgo, Gramsci, etc.).

El uso del método marxista es una necesidad que incluye en sí misma un gran desafío, que como todo desafío puede ser vencido o no. Mucho más cuando su función no es sólo la de explicar el curso de la lucha de clases sino: además de contribuir eficazmente a la victoria del movimiento obrero y el pueblo, contra la burguesía y su dominación de clase.

una opción para la resistencia y por el socialismo

Por el conjunto de elementos mencionados es que consideramos necesario autocriticar nuestra visión de la escena política y de nuestro accionar en ella, durante muchos años, como lo decíamos en otra parte de este documento. En los años de gran movilización de masas y agudización de la lucha de clases política, que se vivieron desde 1967 en adelante, las virtudes y defectos de nuestro accionar se manifestaron en forma amplificada. Profundamente inmersos en la ola de movilización de masas combativa contra la ofensiva reaccionaria, contribuimos en la medida de nuestras fuerzas a la construcción de ese gran movimiento social que impidió por largo tiempo la aplicación del reajuste reaccionario proimperialista, y dejó a la dic-

tadura huérfana de apoyo el día mismo de su implantación.

La acción de nuestro partido en la base obrera y estudiantil fue también factor importante en la lucha contra la confusión del campo popular, cuando —en el período de ascenso de las FFAA— las expectativas cortoplacistas o conciliadoras pretendían abrirse camino. Nuestro partido, que se expresaba a nivel de masas en la Resistencia Obrero Estudiantil, y que orientaba distintos sindicatos y agrupaciones, desplegó una intensa campaña propagandística contra los callejones sin salida a que conducían las estrategias foquista y reformista y los cantos de sirena del supuesto progresismo de los mandos militares.

Nuestro trabajo, como hemos afirmado antes, no estuvo exento de errores, muchos de los cuales eran comunes a otros grupos de intención revolucionaria que actuaban en ese período. Esta constatación no hace sino aumentar la responsabilidad y la urgencia con que debemos superar nuestras limitaciones y aportar decisivamente a la reconstrucción de la unidad política de los militantes y grupos con voluntad revolucionaria.

Somos conscientes de la importancia que representa para el desarrollo de la resistencia el hecho de que nuestro partido no haya podido ser aniquilado y siga trabajando incansablemente para que miles y miles de obreros, empleados, estudiantes, hoy desorganizados cuenten con una orientación política justa y un centro socialista y revolucionario donde acumular fuerzas y avanzar en la reconstrucción del movimiento popular. Con tesón y modestia seguimos en la lucha sin cuartel contra la dictadura y en el largo camino de la forja del poder popular, que ha de construir una solución socialista para nuestra patria.

Unidos a las aspiraciones más urgentes de nuestro pueblo, armados de un análisis global de las contradicciones y luchas políticas de clase que vive nuestro país, el PVP propone su programa para la resistencia y para la caída del régimen dictatorial, seguro de que en el camino, nos hemos de encontrar con todos los que luchan contra la dictadura y saben al mismo tiempo que la explotación y la dominación imperialista que la engendraron, sólo podrán ser eliminadas con la lucha unida y a fondo de las fuerzas capaces de abrir un camino socialista. Es pues necesario, reunirse en torno a un centro político, a soluciones de fondo a la crisis del país, a una estrategia de poder clara, capaz de acumular las inmensas reservas políticas y morales, la enorme voluntad liberadora, que anida bajo el chaleco terrorista impuesto por la dictadura.

La dictadura atraviesa una grave crisis política, pero no ha de caer por sus propias contradicciones. La justeza de una línea para enfrentarla no se define por decreto, sino por un análisis acertado de las causas de fondo que están tras esa crisis y la relación siempre cambiante entre las fuerzas que la sostienen y las que buscan derrocarla.

tercera parte

UN BALANCE DEL PERIODO 1968-1976

balance enmarcado en la experiencia de la Tendencia	77
las responsabilidades del reformismo	78
fundamentos de una crisis generalizada	79
1971: inviabilidad de una salida electoral	83
acumulación de fuerzas y vías hacia la revolución	86
un reconocimiento sólo formal de los peligros. enero de 1972: planes represivos para una nueva etapa	87
respuesta y derrota del foquismo	90
se desata la escalada	92
diferentes posturas ante la irrupción militar ...	93
huelga general frente al golpe de Estado	95
ese saldo no era fatal	102
experiencia central en la formación de la conciencia	104
crisis orgánica burguesa sin alternativa revolucionaria	106
1973: cuatro obstáculos para la conformación de un frente antidictatorial	107
nuestro congreso de 1975 y el plan de acción posterior	109
	111

cuarta parte

UNA AUTOCRITICA PARA AVANZAR

la continuidad revolucionaria del partido	117
analizar a fondo algunas concepciones básicas. los ejes de la autocrítica	125
limitaciones en el plano teórico-político	127
una opción para la resistencia y por el socialismo	128
	131

índice

nota preliminar	7
-----------------	---

primera parte

LA SITUACION ECONOMICA Y POLITICA DE LA DICTADURA

algunos aspectos del contexto mundial y regional	13
el modelo económico de la dictadura cívico-militar y sus resultados	19
crisis del modelo de dominación	30

segunda parte

PROPUESTAS TACTICAS GENERALES PARA LA ETAPA

la caída de la dictadura	45
la unidad resistente	47
objetivos a plantearse ahora	52
una plataforma mínima	53
enfrentar las maniobras de «lavado de cara» ...	54
los diferentes planos de la política de alianzas.	55
los grandes ejes del trabajo del partido en esta etapa	60
el terror estatal y el derecho a la rebelión popular	72

LIBRARY OF MICHIGAN